


A blurred, artistic photograph of a rainy street scene. In the foreground, a person is walking away from the camera, holding a dark umbrella. The background shows parked cars along a street lined with buildings. The overall atmosphere is misty and rainy, with water droplets visible in the air.

**ZONA
LIBRE**

La lluvia sabe por qué

María Fernanda Heredia

 Norma

El presente documento fue elaborado sin fines de lucro.

Ésta es una transcripción hecha por:

Looking the stars

- No me gustan los pájaros, mamá.
- ¡Son lindos! Mira las palomitas, Antonio.
- No me gustan porque se comen las migas de pan.
- Claro, ¡tienen que alimentarse!

Antonio vio las palomas picoteando en la plaza y enfadado añadió:

— Pero si se comen las migas de pan, alguien no va a encontrar el camino de regreso a casa.

Alba sonrió y lo entendió todo. Abrazó a su hijo pequeño y le dijo:

—No te preocupes. A ti no te ocurrirá lo que a los niños del cuento. Yo te enseñaré cómo hacer para que puedas volver siempre a casa. Te prometo que no te vas a perder.

—No es por eso, mamá.

— ¿Ah, no? ¿Entonces?

—Yo tengo miedo de que un día tú no sepas cómo regresar.

1.

Nadie cae con estilo cuando recibe un empujón.

Años atrás cuando Antonio tenía apenas 12, en su primer día de clases en el colegio al que acababa de cambiarse, recibió un empujón de su compañero y cayó a la piscina. Era la *broma* obligatoria de bienvenida para los nuevos. Cuando sacó la cabeza del agua vio a un montón de desconocidos riéndose de él. Los segundos iniciales fueron patéticos: los manotazos de ahogado, el agua en la nariz, el pelo en la cara y ese gesto de alelado que no entiende lo que está ocurriendo. Fue el profesor, también entre carcajadas, quien le extendió una mano para que saliera.

Cuando llegó a casa, su madre le recibió sonriente y con la pregunta habitual:

— ¿Me cuentas tu día con tres palabras?

Y, sin pensar, Antonio respondió:

— ¡Odio el colegio!

Al rato le confesó lo sucedido. Tenía los zapatos arruinados y la ropa húmeda. Las lágrimas de rabia le resbalaban por las mejillas mientras relataba cómo se habían burlado de él.

Alba, en lugar de consolar a su hijo por el mal rato, se agachó y le ordenó:

— Quiero que mañana mismo te inscribas en las clases extracurriculares de natación.

— ¡No quiero!

— Lo harás, Antonio. La próxima vez que caigas al agua que sólo se te arruinen los zapatos... no el orgullo. Y que las únicas manos que te saquen de ahí, sean las tuyas, ¿de acuerdo?

Un mes después de aquel suceso Alba partió para España, sin boleto de regreso, y Antonio volvió a sentir que se quedaba sin aire.

Desde pequeño se había acostumbrado a hacer maletas. Vivió hasta los 4 años en casa de los abuelos, luego se mudó al departamento que su madre y dos amigas compartían en el centro de la ciudad.

Y el siguiente destino fue el departamento de dos dormitorios que su madre logró comprar con sudor e hipoteca en la calle Lisboa. Fue entonces cuando vino el desastre y la maleta final para ambos.

La empresa en la que ella trabajaba amaneció un día cerrada sin ninguna explicación, el dueño había sacado del banco todo lo que quedaba y su última inversión de peso fue en un candado metálico con el que cerró las puertas.

Antonio tenía 12 años cuando hicieron las maletas juntos por última vez. Sólo que en esa oportunidad los rumbos serían distintos. Alba, su madre, no encontró más opción y decidió irse del país, probar suerte lejos, reventarse el alma en un lugar donde la vergüenza del fracaso tuviera testigos anónimos.

Él se quedaría en casa de Beatriz, su única tía, y su madre volaría a Madrid. El plazo para el reencuentro lo marcaba el dinero: cuando hubiera suficiente se reunirían de nuevo.

—Ya eres un hombrecito —le dijo su madre el día de la despedida, con esa palabra que sonaba a trampa, a no se te ocurra llorar, a no hagamos una escena porque entonces nos quebraremos los dos—. Eres fuerte y sé que entiendes que debo irme porque esto será lo mejor para ambos.

Antonio tenía los ojos enlagunados, pero había prometido que no lloraría.

—Prométeme que regresarás, ma.

—Te lo prometo.

Alba era una fiel militante de la alegría. Aunque a sus 29 años le habían caído encima varios aguaceros, ella siempre decía que la sonrisa era un buen salvavidas, que la ilusión era un motor más fuerte que el de un cohete espacial. No importaba cuán complicada se pusieran las cosas; ella se sacudía, volteaba a ver a su hijo, sonreía y le decía: "No es tan grave, vas a ver que salimos de ésta".

Pero aquel día, cuando se despedían, él se dio cuenta de que por primera vez su madre estaba fingiendo la sonrisa, los labios y la barbilla le temblaban, y la mirada era como una nube gris a punto de desplomarse.

— Anda, regálame un beso y una sonrisa — le dijo Alba.

Y Antonio tuvo que fingir también. Se mordió el labio inferior. Se dejó abrazar, se dejó besar, y luego vio al taxi partir.

No lloró. Ahí no. Era un hombrecito.

Esa misma tarde, con un nudo en la garganta, se lanzó al agua en la clase de natación, y durante diez minutos nadó con todas sus fuerzas, con todo su dolor. Cuando salió de la piscina un compañero le dijo: "Tienes los ojos rojos". Y Antonio mintió: "Es por el cloro".

El agua dejó de ser la razón de sus miedos y se convirtió en su desafío permanente para reaccionar cuando perdía el piso. A veces se exigía a sí mismo cruzar la piscina sin sacar la cabeza para tomar aire, llevaba sus pulmones al límite sólo para demostrarse cuánto era capaz de resistir. Otras veces lloraba en el agua, como cuando se llora bajo la ducha, y sus lágrimas escapaban sin que nadie pudiera descubrir su fragilidad.

2.

Veinte minutos antes de las cuatro Lucía se dispuso a salir.

Después de lo ocurrido, el único lugar al que podía ir sola, era al taller. Esa posibilidad de caminar en soledad era un alivio, pero esto no salvó a Lucía del discurso pronunciado por su madre:

—Lláname cuando llegues. Regresa apenas termine la clase. Si a las cinco y media no estás aquí, saldré a buscarte. ¿Entendido?

Lucía guardó un libro, un cuaderno y los hilos de colores en su bolso, se despidió de su hermana Bárbara y salió de la casa.

El taller no quedaba demasiado lejos, apenas quince minutos en el autobús de la línea 4 y una cuadra a pie. Se colocó los auriculares e introdujo el extremo del cable en su bolsillo sin conectarlo a ningún dispositivo. Así parecía que estaba escuchando música y nadie la importunaría. Los auriculares tenían eso de bueno, se convertían en una barrera; si alguien quería abordarla en el autobús con comentarios sobre el clima o esas preguntas trilladas de ligue antiguo: "Disculpa, ¿te conozco?" o "¿Tendrás la hora?", ella podría seguir leyendo su libro y hacer como si no hubiera escuchado nada.

Esos dos botones dentro de sus oídos eran una buena manera de decir "no me interrumpas, no te escucho, aléjate".

Llevaba dos semanas asistiendo al taller artesanal, casi el mismo tiempo desde que su vida había cambiado para siempre. Fue la única concesión que hicieron sus padres luego de lo ocurrido. Las salidas con amigas terminaron; las fiestas y reuniones quedaron prohibidas; su vida social, congelada.

Pero Lucía no protestó, no le quedaban fuerzas ni ganas ni amigos.

Lejos de lo que opinara su familia, el taller no tenía nada que ver ni con vocación ni con obligación; el taller era su espacio para no pensar, su pretexto para salir de casa y respirar. El colegio exigía la

práctica de un deporte o el aprendizaje de un oficio durante las tardes como complemento al plan de estudios, y parecía una buena opción. Sobre todo, considerando que Lucía no quería apuntarse a ninguna de las alternativas que su colegio ofrecía.

El día en que se inscribió, la encargada del taller, una señora gorda con pinta de chiflada llena de collares y pulseras sonoras, le preguntó qué curso elegiría. Los había de cerámica, de carpintería decorativa, de pintura de tela...

Lucía la miró con indiferencia y respondió:

—Me da igual.

La mujer le repitió con entusiasmo las opciones y quiso saber cuáles eran los gustos o intereses de la futura alumna, pero Lucía sólo repitió en voz bajita:

—Me da igual.

La mujer la miró con extrañeza, abrió un cuaderno caótico repleto de papelitos y garabatos, tomó nota de su nombre, dirección y teléfono; y luego la apuntó, por supuesto, en la clase que ella misma dictaba y que, casualmente, era la que no tenía ni un solo alumno: taller de *Joyas hippies*.

—No creo que mis padres acepten que yo aprenda eso —dijo Lucía cuando la vio escribir su nombre en el cuaderno.

La mujer suspiró con picardía y respondió:

—No te preocupes, querida, eso está previsto. El diploma que te entregaremos al final de curso dice: "Diseño de *bijouterie* y joyería étnica". ¿Verdad que suena importante?

Lucía sonrió y se sintió extraña. Le pareció que habían pasado siglos desde la última vez que había sonreído.

—Comenzaremos con el módulo de pulseras. ¿Te gustan los nudos? —le preguntó la instructora haciendo ruiditos de clin clan clin clan, mientras se movía.

—¿Perdón?

— ¡Por Dios, niña! ¿Sabes lo que es un nudo?

Lucía la miró y casi sin pensarlo respondió:

— Claro... mi vida es un nudo.

3.

Desde que Antonio llegó a vivir en casa de su tía cuatro años atrás, compartía habitación, armario y computador con Leo, su primo. Pese a la diferencia de edad —Antonio, 16 y Leo, 13— ambos convivían sin problemas.

Respetar los respectivos espacios y los eventuales ataques de "¡no quiero hablar, no me molestes, evapórate!" era parte de ese acuerdo tácito de convivencia. Las burlas y la ironía formaban parte de su manera de expresar cariño y confianza.

—Leo, ¿ya te han hablado en tu colegio de...?

—¿De qué?

—¿De todas las cosas que te van a pasar en la pubertad?

—¿Qué pregunta de tía abuela es esa, Antonio?

—Te lo digo en serio, ya tienes 13 y...

—¡No voy a hablar contigo de esto! Hace rato que ya sé todo lo que tengo que saber.

—¿Ah, sí? Entonces te has dado cuenta de que algunas partes de tu cuerpo han comenzado a crecer.

—¡Claro!

—Yo de estatura te veo igual, pero estoy impresionado por el tamaño de tus orejas. Desde éste ángulo se ven gigantescas. De cuerpo sigues siendo talla *small*, pero de orejas eres *extra large*. ¿Será normal?

—Si opinas de mis orejas yo voy a opinar de tu cabeza, Antonio, y ahí pierdes por goleada. Te voy a mostrar aquí en internet un pajarito que me recuerda a ti...

—¿Un pajarito que te recuerda a mí? Será un águila...

—No. Mira, se llama *cacatúa* y todo el reino animal se burla de él. Es como tú, ¡quiere medir diez centímetros más gracias al peinado!

—Ya, ya, no te piques, que yo sólo he comentado el tamaño astronómico de tus orejas. Hoy no mencionaré nada sobre tu cabeza de mandarina...

—Ya, gusano, y tú eres igual a un dedo gordo del pie. Un día de estos llamo a un programa de televisión, de esos en los que les gusta sacar a gente rara, y les diré que en mi casa vive *el Hombre-dedo gordo*. ¡Te vas a forrar de dinero, por feo!

—¡Dale, Leo! ¡Llama a ese programa! Cuando tenga la cámara adelante les pediré que enfoquen a mi querido primo, más conocido como *Sonrisa de tenedor*.

—¡Vas a ver, Antonio! En un año terminaré la ortodoncia y con mi sonrisa de revista te levantaré todas las novias. ¡No, perdón, corrijo! ¿Qué novias? ¡Si a ti no te miran ni las arañas, que tienen ocho ojos!

—A ti tampoco te mira nadie, renacuajo, porque con los destellos de tus dientes podrías dejarnos ciegos a todos.

Y así, si el aburrimiento lo permitía, ambos podían continuar durante horas burlándose uno del otro.

Aquella tarde, sentados ante la mesa del comedor y enfrascados en las tareas del colegio, escuchaban las gotas de lluvia que chocaban contra la ventana.

Leo mordió el lápiz, se quedó mirando a un lugar impreciso y dijo:

—¿Oye, cacatúa, te has enamorado alguna vez?

Antonio dejó de lado el cuaderno de Química, y sorprendido por la pregunta dijo:

—¡Ya era hora!

—Ya era hora de qué, sólo hice una pregunta.

— ¡Ya era hora de que se te despertaran las hormonas! Tienes 13, Leo y ya iba siendo tiempo de que te dieras cuenta de que en el mundo existe algo más que los video juegos sangrientos y las galletas Oreo.

— ¡Ya sabía! ¡Contigo no se puede hablar, Antonio! Te hago una pregunta simple y te lanzas a pensar tonterías. Déjalo ahí, déjalo ahí...

— No, Leo. "¿Te has enamorado alguna vez?" no es una pregunta simple.

— ¿Qué?

— Quiero decir que cualquiera sabe que esa pregunta hay que leerla entre líneas.

— Ya, no te hagas el filósofo y explícame.

Antonio siguió con su explicación:

— Mira, renacuajo, quien pregunta: "¿Te has enamorada alguna vez?" lo que en realidad quiere decir es: "Estoy enamorado hasta las patas y quiero saber si soy el único tonto que anda flotando por la estratosfera".

— ¡No es cierto!

— ¡Sí lo es! Anda, cuéntame quién es.

— ¡Que no, Antonio! ¡Que yo no estoy enamorado de nadie!

— ¿Compañera de salón? ¿Hermana de un amigo? ¿La vecina? ¿Amor imposible con artista de teleserie de Disney Channel? A tu edad no hay muchas más alternativas que esas; anda, dilo ya.

Leo se levantó rojo como un tomate, puso sus manos regordetas en su cintura, luego señaló a su primo con el dedo índice, y mirándolo con los ojos entrecerrados, le dijo:

— ¡Eres un canalla!

— ¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —gritó Antonio riendo, luego agarró un cojín del sofá de la sala y se lo lanzó a su primo mientras le decía — : ¡Confiesa, galán, confiesa quién es!

Leo devolvió el cojinazo, pero Antonio lo esquivó, y ese misil de un kilo de algodón fue a dar a la repisa donde, entre un millón de cosas sin sentido, destacaba una placa de cristal con alguna inscripción.

La placa se deslizó y en cámara lenta la vieron caer y estrellarse contra el piso. Cualquier cosa que llevaba escrito en la superficie había desaparecido para siempre.

Antonio y Leo se quedaron de piedra. Ojos y boca desbordados. El tiempo, congelado.

Entonces apareció en la sala Norberto. Un rápido vistazo fue suficiente para intuir lo que había ocurrido; miró a ambos con furia y sin pensarlo dos veces caminó en dirección a Antonio.

—Papá, espera... —dijo Leo nervioso, pero la mirada fulminante de Norberto le selló los labios.

Sin disimular la furia, el hombre se acercó a Antonio y le lanzó una bofetada tan fuerte que le hizo perder el equilibrio y tuvo que sujetarse de la mesa del comedor para no caer.

—¿Te das cuenta de lo que has hecho, imbécil?! —preguntó sin que le importará la respuesta.

—Perdona, yo...

Leo, angustiado, quiso intervenir para explicar a su padre que había sido él, y no su primo, quien había lanzado el cojín, pero nuevamente su padre lo mando a callar y se dirigió a Antonio:

—¡Sigue haciendo méritos y conseguirás que te eche de esta casa a patadas! ¿Me has entendido?

Avanzó unos pasos sin despegar su vista del muchacho hasta tenerlo a distancia del aliento y levantando el labio superior, con gesto de desprecio, le dijo:

—Arrimado...

4.

La tecla *enviar* es como el gatillo de un revólver.

Nunca se llegó a saber quién la presiono. Fueron todas. No fue ninguna.

Se habían reunido en casa de Renata aprovechando que sus padres tenían la boda de una prima y llegarían de la fiesta al día siguiente.

Vera, Cecilia, Renata y Lucía habían logrado, al fin, juntarse en una noche de pijamas para chicas. Llevaban tiempo planificando, pero siempre había un impedimento: un resfrío inesperado, un examen, una fiesta o un castigo.

Llegado el día, tomaron como pretexto la celebración de los 16 años que todas habían cumplido entre septiembre y enero. El programa no era demasiado creativo: pijamas, bolsas de dormir, cepillos de dientes, celulares y una botella de vodka que Vera sacó, sigilosamente, de sus casa.

La idea original había sido pasar la noche en una carpa, en el jardín, pero el clima no siempre está del lado de los buenos planes, y esa noche cayó un aguacero tan fuerte que la carpa naufragó como el *Titanic*.

A las diez de la noche tumbadas en la alfombra de la habitación, las cuatro amigas hablaban de sus asuntos y se reían de casi cualquier cosa.

Renata sacó de su mochila una libreta y propuso llenar sus páginas con ciertas confesiones que volverían a leer un año más tarde. Tendría gracia revisar doce meses después cuánto de aquello permanecía en sus vidas.

—Por ejemplo —dijo Renata para convencerlas—, cada una va a nombrar a tres chicos guapos del colegio. A ver si dentro de un año siguen siendo guapos y no les han salido granos o no les ha crecido la nariz.

—¿Tres chicos guapos? —preguntó irónica Cecilia— Lo estás poniendo difícil, en nuestro colegio con suerte llegamos a un guapo y medio.

—¡Sí! —añadió Vera—, quizá deberías modificar la categoría: "Enumera a tres chicos que no asusten" o "Enumera a tres chicos del colegio que no pertenezcan a la familia de los insectos".

Las páginas empezaron a llenarse entre risas casi infantiles: ¿Quién es el más guapo (o el menos feo)? ¿A quién le darías un beso que lo deje sin aire? ¿A quién le dejarías sin aire... pero sin el beso? ¿Quién se merece una liposucción en el cerebro? ¿Con quién te escaparías a una isla desierta? Si fueras un fantasma, ¿a qué profesor te le aparecerías en el asiento trasero de su auto? ¿A qué chica del colegio le donarías la parte de tu cuerpo que más odias?

Entre todas, Lucía era la más silenciosa. Tenía el rostro de una niña con pecas en la nariz. Llevaba el cabello largo y rizado, atado con una cinta. Todo en ella era sutil. Parecía que se relacionaba con el mundo de puntillas, sin aspavientos. Sus amigas la animaban a que venciera esa timidez, y entre bromas le advertían de todas las calamidades que le caerían encima si no se soltaba un poco: "Está científicamente comprobado que las tímidas viven quince años menos que el resto". "Según estudios realizados en Harvard, si a los 16 años no has vencido la timidez tienes un altísimo riesgo de volverte peluda". "Dos de cada tres tímidas se casan con políticos".

Ante esto Lucía sólo sonreía y prometía a sus amigas: un día de estos les doy la sorpresa.

Entre todas la más atrevida era Cecilia, que siempre parecía estar a punto de comerse el mundo de un solo bocado. En medio de la reunión Cecilia desafió a Lucía para que le respondiera una pregunta personal. La miró con cierta malicia y le dijo:

—Lu, todas sabemos que a ti te gusta Álvaro, ¿estarías dispuesta a enviarle una foto provocativa?

Lucía movió la cabeza, sorprendida por la pregunta.

—A mí no me gusta Álvaro.

— ¡Yaaaaa! — gritaron todas — ¡Te encanta!

De nada sirvió que Lucía intentará disuadirlas; con su negativa sólo consiguió que Álvaro Herreros se convirtiera en el principal tema de conversación, y para que dejaran de machacar e insistir terminó admitiendo, con sonrisa tímida, que sí, que un poquito sí le gustaba.

— ¡¿Y?! — preguntaron a coro.

— ¡Y nada! No hemos pasado del *hola* y el *adiós*.

Cecilia agarró el celular de Lucía, movió sus dedos por la pantalla y dijo:

— ¡Ajá! ¿Y por qué tienes su número telefónico si no han pasado del *hola* y *adiós*? ¡Es el primero de la lista!

— Ah... bueno, será el primero porque su nombre empieza con A. Y tengo su número porque el año anterior ambos estábamos en el equipo de atletismo, y el entrenador nos pidió a todos que compartiéramos contactos por si había cambios en los horarios de entrenamiento.

— ¿Y nunca ha pasado nada? ¿Un guiño, un roce en la mano, una mirada diferente? — preguntó Renata, que era la romántica del grupo.

A Lucía le hubiese gustado responder que sí, que entre ella y Álvaro se habían enviado señales de que estaban interesados el uno por el otro. Llevaba tiempo sumando ganas de enamorarse y de que alguien se enamorara de ella.

— No, qué va. Ya saben que Álvaro es uno de los chicos guapos y populares del colegio. De seguro le gusta alguien más. Es posible que tenga novia... o novias.

— ¡No tiene a nadie! ¡Te lo firmo! ¡Tendrías que ser más lanzada, Lu! — le dijo Cecilia —. Créeme, yo tengo años de experiencia y sé reconocer a los tipos con pinta de "soy un súper galán" pero que a la hora de la hora no tienen ni un perro que les ladre.

— ¿Y qué puede hacer? —preguntó Renata buscando, quizá, una clave para sus propias dudas.

—Deberías enfrentarlo en el recreo, ponerlo contra la pared y decirle así, de plano: "Álvaro, me gustas"; y antes de que él reaccione plantarle un beso en la boca que lo deje sin aliento, ¡hazme caso!

—¡Sí, sí, buena idea! —dijeron todas entre risas nerviosas.

Lucía sacudió la cabeza de sólo imaginarlo. Se estaba sintiendo incómoda, no estaba acostumbrada a ser el centro de atención.

—No creo que pueda hacer eso... de verdad, me caería muerta en ese mismo momento. En el fondo soy muy cobarde.

—¡Un momento! ¡Yo tengo la solución! —dijo Vera con picardía mientras sacaba de su bolso la botella de vodka—, me han dicho que éste es un remedio contra la cobardía. ¿Probamos?

Era media noche cuando aprovecharon para relajarse y brindar con vodka.

Con celular en mano todas iban registrando en fotografías divertidas lo que sería el recuerdo de "la noche de los 16".

—Entonces qué, ¿te atreves o no a enviarle una foto sensual a Álvaro Herreros? —preguntó Cecilia.

—¡Estás loca!

—¡Dale, Lu! —gritaron todas— ¡Como vampiresa! ¡Quizás es el empujón que él necesita para decidirse!

—¡Que no, que no!

Cecilia apuntó con el celular y con gesto divertido propuso a Lucía una sesión de fotos.

—Será sólo para nosotras; no te preocupes, Lu. Te prometo que nadie más las verá.

Las demás la animaban con tanta energía que sin entender cómo, Lucía terminó cediendo. Lo único que quería era quitárselas de encima, dejar de ser el centro de atención y que Cecilia no la

presionara más. Cecilia, quién sabe si por error o deliberadamente, tomo el celular de la propia Lucía y comenzó a fotografiarla entre risas.

Al cabo de un momento, cuando todas miraban las fotos en sus teléfonos, Lucía entro al baño para ponerse su pijama. En ese instante, Vera, que ya llevaba tres vasos de vodka dentro y la botella en la mano, abrió la puerta y con actitud traviesa gritó:

— ¡Te pillamos!

De un tirón le bajó la parte superior de la pijama, que se sostenía apenas con dos tiritas, y en un segundo Lucía quedó desnuda.

En ese preciso instante Cecilia capturó la imagen con el celular y, entre carcajadas, las amigas se acercaron a ver el resultado de la sesión.

— ¡No se te ocurra enviar la foto! —suplicó Lucía acomodándose nuevamente la pijama, y temiendo que la travesura se le escapara de las manos.

Todas se amontonaron en torno al celular, que comenzó a brincar de mano en mano sin que Lucía pudiera recuperarlo.

— ¡Por favor, mi teléfono, por favor!

Gritos, carcajadas y confusión.

— ¡Devuélvanme mi teléfono!

El número de Álvaro Herreros era el primero en la lista de contactos y alguien, en medio del caos, presionó la tecla *Enviar*.

Fueron todas.

No fue ninguna.

Cuando Lucía recuperó su celular lo único que vio en la pantalla fue un cuadro de texto que decía: "Mensaje enviado".

La tecla *Enviar* es como el gatillo de un revólver.

Y Lucía sintió como si un balazo retumbara en su cabeza.

5.

Esa tarde, durante el entrenamiento, Antonio no pudo evitar recordar el rostro de Norberto. En su mente estaban frescas aún las imágenes del día anterior: Su ojos vidriosos, su gesto de desprecio, su arrogancia, su boca pronunciando en cámara lenta la palabra *arrimado*.

Antonio se lanzó a la piscina y en cada brazada, en cada golpe contra el agua, quiso imaginar que en realidad lo estaba golpeando a él. Tomó aire y lo contuvo hasta cruzar nadando con fuerza todo el largo de la piscina, golpe a golpe.

Dio la vuelta y se impulsó con los pies mientras su cabeza latía con furia.

Cinco largos, veinte, cien

Norberto era su motor para el odio. Norberto era el eterno recuerdo de ese niño que años atrás lo había empujado a la piscina y lo había hecho sentir como un gusano. "Nunca más —se repetía Antonio mientras nadaba—, nunca más te burlaras de mí". Y aunque se sentía exhausto no quería dejar de nadar.

No quería salir de ese espacio que era el único en el que podía quedar a mano con sus frustraciones.

—¡Bien, Antonio! —le felicitó el entrenador—. Estás mejorando tu marca. Atraviesas un buen momento.

Se sumergió en el agua hasta que el oxígeno se agotó y al salir repitió agitado:

—¡Ja! Un buen momento...

Cuando se preparaba para volver a casa en su patineta, un mensaje de su mamá se anunció en el teléfono:

—Mis tres palabras del día: *jefa, bruja, nostalgia*. ¿Las tuyas?

Antonio contesto:

— *Tareas, piscina, pizza.*

— ¡Hijo! Casi siempre hay comida basura en tus tres palabras.

— Y en las tuyas siempre hay nostalgia, ma.

— Es verdad. Deberíamos dejar de comer eso. Demasiada nostalgia y demasiada pizza hacen daño. ¿Todo bien contigo?

— Sí, ma. Todo bien.

— Estoy agotada, mañana te escribiré.

— Descansa.

Llegó a casa pasada las seis de la tarde. Entró sin hacer ruido, no quería encontrarse con el marido de su tía.

Cuando abrió la puerta de la habitación vio ahí a Leo y a Beatriz. Ella sostenía en una mano un vaso de agua y en la otra una aspirina; estaba sentada en el pie de la cama de Antonio, y al verlo llegar suspiró y sin preámbulos le dijo:

— Tienes que entenderlo.

— ¿A quién, tía?

— ¡A Norber! Supe lo que pasó ayer.

— Ah...

— Él es un hombre magnífico y es el jefe de éste hogar. Estos días está especialmente nervioso porque el trabajo lo tiene agobiado.

Antonio asintió sin pronunciar palabra.

— ¡No fue justo lo que hizo, mamá! — interrumpió Leo —. Antonio no tuvo la culpa de que esa cosa se rompiera y papá reaccionó como si fuera el fin del mundo.

La mujer tragó la aspirina y continuó hablando mientras se sacaba los zapatos de tacón y aliviaba sus pies carnosos:

— ¡Esa es la clave! ¿Alguno de ustedes sabe qué es esa *cosa* que se rompió?

Antonio y Leo se miraron sin saber qué responder.

— Para su información, esa *cosa* que se rompió era la placa que Norberto recibió cuando hace seis años ganó la mención de honor en el Noveno Concurso de Cuento sobre Especies Andinas en Peligro de Extinción, del Banco de la Cordillera.

Leo levantó las cejas sin entender toda a la perorata, mientras que Antonio recordó que años atrás ese banco había quebrado y desaparecido... igual que la placa.

— ¡Es un premio muy importante! — continuó Beatriz.

— No es un premio, mamá, es una mención. Y una mención es como un premio de consolación, como en la tele, cuando en lugar de ganarte el viaje a Europa te dan un ventilador.

— ¡Bueno, lo que sea! Pero tienen que entender a Norberto, es un escritor y los artistas son muy sensibles. Quiero pedirte, Antonio, que mañana mismo hables con él y le pidas disculpas.

— ¡Pero Antonio no hizo nada, mamá! Fue mi papá quien lo golpeo.

— Tú te callas, Leonardo. Confió en que harás lo que te he pedido, Antonio, para evitar más problemas en la familia. Ah... hay pizza en la cocina.

Beatriz se retiró a descansar aduciendo dolor de cabeza y los dos muchachos se quedaron solos en su cuarto.

Leo mostró un gesto de vergüenza, como quien se disculpa por los errores ajenos, y sólo dijo:

— A veces no entiendo a mis papás.

— Ya. Lo raro sería que los entendieras... ahí sí que tendríamos que llevarte a un terapeuta.

Leo sonrió.

— Sí, tienes razón.

Looking the stars

— ¿Conoces a alguien de tu edad que diga: "¡Qué bien comprendo a mis papás, tienen toda la razón cuando dicen que estudie y no salga con mis amigos!"?

—No.

—¿Tienes algún compañero que diga: "Mis papás tienen razón, esta ciudad está llena de delincuentes; nunca más volveré a salir por la noche a una fiesta"?

—No.

—¡Pues ya está, Leo! Lo normal es no entenderlos. Te he ahorrado la consulta al psicólogo. Mejor duérmete ya y no le des más vueltas a éste tema; yo ya lo olvidé, de verdad.

Pero no lo olvido.

Porque Antonio no olvida fácilmente los golpes, y esa no era la primera vez que el esposo de su tía le ponía una mano encima. Ni era la primera vez que lo humillaba llamándolo *arrimado*.

Norberto era un escritor que había publicado un libro diez años atrás. Había inventado un género que, según él, sería todo un éxito de ventas: la poesía de autoayuda. El libro no había logrado vender más de diecisiete ejemplares, según el último reporte que le había entregado la editorial. Por eso, Norberto maldecía al mundo que no valoraba su talento, maldecía a los editores que no publicaban sus nuevas obras, maldecía a los periodistas que no lo sacaban en las portadas de revistas o periódicos culturales, maldecía a los lectores que no compraban su libro, y maldecía a los demás escritores que no lo invitaban a sus reuniones o congresos.

Norberto maldecía y rumiaba su fracaso día a día.

A veces Leo y Antonio lo escuchaban leer en voz alta en la sala de la casa con teatralización incluida, una nueva y horrorosa, "creación poética de autoayuda":

*Cuanto me desgasta el sufrimiento,
el desamor es hoy mi condena.*

Looking the stars

*Mejor me levanto y recupero el aliento,
y a la vida apporto mi granito de arena.*

Otras veces se levantaba feliz del escritorio y decía: "Escuchen éste poema, va a ser un éxito porque es para las divorciadas con bajo autoestima que lo están pasando mal":

*Ya no me amaba, ¿eso no lo dudo!,
sus manos evitaban mi forma rolliza.
Pero yo sabré diseñar mi futuro
¡y juro que recuperaré la sonrisa!*

Antonio y Leo lo escuchaban con una extraña mezcla de risa y vergüenza. Y cuando él les pedía opinión o comentarios, ellos sólo atinaban a responder:

— ¡Está genial!

Norberto se había fabricado su imagen de intelectual: de contextura delgada, no era ni alto ni bajo. Tenía el cabello ralo, negro, liso y grasoso, atado en una coleta. Llevaba anteojos de marco grueso, barba de tres días, chaleco de lana y un tatuaje de Paulo Coelho en el hombro. Fumaba pipa y siempre andaba buscando cerillas por toda la casa. Un día leyó que varios escritores famosos tuvieron como mascota un gato, y de inmediato abrió la puerta de su casa a un gato callejero y sarnoso que pasaba por ahí. Le quitó las pulgas y lo bautizó con el nombre de *Quijote*. Pero su nueva e intelectual mascota resultó estar más loca que el propio Quijote de Cervantes y en dos días destruyó cojines, alfombras, cortinas, almohadas y sillones.

Además repartió arañazos a todos los habitantes de la casa. Y, para cerrar con broche de oro vomitó una sustancia espesa y blancuzca sobre el teclado de la computadora de Norberto. Hasta ahí llegó la afición felina del escritor.

Looking the stars

Desde siempre había vivido del sueldo de su esposa, Beatriz, que era contadora en una fábrica de zapatos. Y aunque los ingresos de ella eran los que le solucionaban las necesidades a él, Norberto no perdía la ocasión para cuestionar a su mujer por no poder conseguir algo mejor.

Su hoja de vida sólo mencionaba en letras negritas el libro que había publicado y la mención de honor en el Noveno Concurso de Cuento sobre Especies Andinas en Peligro de Extinción, del Banco de la Cordillera. A veces hacía un trabajo *freelance* para un agencia de publicidad que lo contrataba para que redactará cuñas de radio para los partidos de fútbol. La última mención que había escrito era una que decía: "El comentario del gol llega a ustedes gracias al gentil auspicio de Talco El Oloroso, para que, de sus pies, usted se sienta orgulloso".

Su mujer lo amaba y admiraba. Ella estaba convencida de que se había casado con el clon de Shakespeare. Lo contemplaba extasiada, segura de que algún día se enfundaría en un traje negro de etiqueta, para asistir a la entrega del premio Nobel de literatura a su marido.

Norberto con demasiada frecuencia, la miraba con fastidio y se burlaba de su sobrepeso o de su exceso de maquillaje. Hacía comparaciones groseras, disfrazándolas de cariño: "Ven aquí, mi ballenita" o "Estás muy guapa, pareces un payaso de circo".

Pero ella hacía oídos sordos y se daba por satisfecha con tener un marido en casa. Un marido *artista*.

Cuando Antonio pensaba en Norberto sentía rabia y rencor. Quería devolverle, una a una, sus bofetadas, sobre todo los golpes de desprecio.

Tenía registrado en su memoria aquellos momentos en que Norberto, envenenado, le recordaba que esa no era su casa, que esa cama no le pertenecía, que se llenaba el estómago gracias a su benevolencia, y lo amenazaba siempre con la misma frase: "Un día de estos me cansaré y te sacaré de aquí a patadas".

Parecía que Norberto olvidaba que cada mes llegaba puntualmente una transferencia desde España para sufragar sus gastos.

Norberto sembraba minas emocionalmente para que Antonio explotara. Lo desafiaba permanentemente.

Un día el chico llegó de la natación y lo encontró mirando una foto. Era una imagen de cuando Alba y Beatriz —su madre y su tía— eran muy jóvenes; Alba tendría 14 y Beatriz 20. Norberto levantó la foto y con una sonrisa perversa le dijo:

—¿Sabes?, siempre me pareció que estaba buenísima... no te imaginas las veces que soñé con ella, y no sabes todo lo que ocurría en esos sueños...

Antonio soltó su mochila al piso y lleno de furia le preguntó:

—¿Con quién soñabas?

Norberto volvió a sonreír y le respondió:

—Eso lo dejo a tu imaginación.

La amenaza no cesaba, los detonantes se escondían detrás de palabras aparentemente inocentes, de una canción, de una foto o de un recuerdo. Antonio sólo podía estar alerta para no poner el pie y el alma en el lugar equivocado, porque el riesgo de explosión era inmenso.

"Ya llegará el día —pensaba cuando por fin ponía la cabeza en la almohada ajena—, llegará ese día en que cruce la puerta y desaparezca para siempre".

Con los ojos cerrados lanzaba un suspiro y entonces concluía: "Ese día te las cobraré todas, Norberto".

6.

Se sentía como un insecto atrapado en un charco de aceite, con las alas pesadas y la mirada turbia. Se movía con dificultad mientras el resto observaba su agonía. Ningún esfuerzo era suficiente para entender lo que ocurría, le costaba hasta respirar.

Acostumbrada a pasar inadvertida, ahora Lucía estaba en el centro de las miradas y no podía escapar.

La foto estaba ligeramente desenfocada, pero no había duda, era ella, y cualquiera la reconocería. Era un primer plano, de frente, con iluminación blanca, fantasmal. Con el cabello largo y rizado, y con un gesto de traviesa alegría, dejaba ver su torso desnudo. En un costado del encuadre se veía algo que parecía ser una botella de licor.

La fotografía había corrido como pólvora y con la misma capacidad destructiva. Antes de que terminara el fin de semana, esa imagen había logrado viajar de pantalla en pantalla afilando las miradas y convirtiendo en veneno la saliva de cientos, acaso miles, de curiosos.

Llamadas pérdidas. Mensajes que iban desde el insulto hasta el morbo, desde la curiosidad malsana hasta la burla. Redes sociales, portales de fotos, mensajes electrónicos... Lucía estaba en todas partes, y al mismo tiempo Lucía estaba en su cama, con su almohada cubriendo su cabeza mientras pronunciaba en voz baja y desgarrada: "Esto no puede estar sucediendo, esto no puede estar sucediendo, esto no puede estar sucediendo...".

En un primer momento no se atrevió a decir nada a sus padres. "Los milagros a veces ocurren", se dijo a sí misma con la lejana esperanza de que el incendio se apagara espontáneamente, de que esa persona que hubiera recibido el mensaje tuviera la sensatez, la solidaridad, ¿la piedad?, de eliminar la imagen.

El sábado por la mañana, cuando había llamada a su mamá para que la recogiera de la casa de Renata, le había dicho que se sentía mal, que había comido algo que le había provocado dolor de estómago y que había vomitado durante la noche. "No habrás bebido, ¿no?", preguntó su madre cuando pasó por ella, como si no fuera lo peor que podía haber sucedido en esa reunión.

Llegó a su cuarto y se encerró. Su teléfono no paraba de vibrar. Alguien tocó la puerta y Lucía gritó: "¡No me siento bien, voy a dormir un poco!". Pero ese alguien insistió. Cuando abrió, vio a su hermana Bárbara, de 12 años, que con ojos de angustia le mostraba el computador portátil, a toda pantalla, la foto que había llegado a su correo.

Avergonzada Lucía sintió que las lágrimas se le desbordaban. La rabia y el miedo también.

Cuando era niña y tenía algún problema, cruzaba la calle a la casa en la que vivía la abuela. Entraba a la cocina y se abrazaba de su cintura sollozando. La abuela se agachaba, se limpiaba las manos con un trapo y le decía: "Quienquiera que haya provocado esto, se las tendrá que ver conmigo". Lucía creía en esas palabras, en esa voz que lo apaciguaba todo, en esa presencia más grande y poderosa que la de cualquier superhéroe. "Ya nadie podrá hacerme daño, la abuela está de mi lado".

Pero la abuela se había ido para siempre unos años atrás. La casa se había quedado vacía y ya no existía ningún lugar en el mundo adonde Lucía pudiera correr en busca de sus manos cálidas. Su salvavidas, su chaleco blindado, su armadura, su abuela ya no estaba más.

De vez en cuando volvía, mágica, con el viento. Voz que escapaba de la muerte, para sostener la vida de Lucía. Las palabras de la abuela llegaban como un susurro y luego, sutilmente, se desvanecían.

Luego de mostrarle la imagen que circulaba a través del correo electrónico, Bárbara no hizo preguntas, sólo apagó la

computadora, cerró la puerta y sin hacer ruido se quedó, durante toda la tarde, junto a Lucía, acariciándole el cabello húmedo por el llanto.

El lunes a las siete y media de la mañana cruzaron juntas la puerta del colegio. "Dame la mano", le dijo Bárbara. Y por un segundo Lucía sintió que esa mano de niña, esa mano buena, la sostenía para que no cayera al abismo.

Lucía llevaba el cabello suelto, intentando que los mechones rizados le taparan el rostro y sirvieran de escudo ante las miradas. Cuando caminaba no se atrevía a mirar de frente, sus ojos se dirigían a los pies propios, a los ajenos. Descubrió entonces que los pies son, quizá, la parte del cuerpo que menos censura a los demás. No tienen la osadía de los ojos, la capacidad destructiva de la boca, el poder para juzgar que tienen las manos.

—¿Estarás bien? —le preguntó Bárbara cuando tuvieron que separarse.

—Sí, no te preocupes, estoy tranquila —mintió Lucía.

—Si necesitas ayuda, si alguien te dice algo... ya sabes que tengo buena puntería lanzando zapatos o cualquier cosa.

Lucía intento sonreír, como un gesto de gratitud y despedida, pero fue imposible. Sus labios se rehusaron. Su alma también. Tomo aire y se prometió a sí misma que resistiría.

El primer obstáculo fue un chico de último año, compañero de Álvaro, que estaba junto a la cancha de futbol con tres amigos, y al verla pasar le dijo:

"Hola, Lucía, quería darte mi número telefónico para que me incluyas entre tus contactos y me envíes la foto de la semana". Luego con una mueca de ironía, le mostró su celular... en el fondo de pantalla aparecía la foto, la maldita foto.

Ella no respondió. Le habría gustado tener palabras, reaccionar, que su mano se estrellará con fuerza contra la mejilla de ese imbécil, pero se sintió inmovilizada por el terror y sólo atino a acelerar el paso y huir.

Entró al salón de clases y, sin fijar la vista en nada ni en nadie, pasó directamente a su mesa. Renata, Vera y Cecilia se acercaron de inmediato a bombardearla de preguntas: *¿Hablaron con Álvaro Herreros? ¿Hadicho algo semiserio?*

¿Qué te dijeron tus papás?

¿Sabías que la foto está en todas partes?

¿Sabes lo que está diciéndote?

—No quiero hablar —dijo Lucía en voz baja, mientras las tres juraban por sus vidas que ninguna había presionado la tecla *Enviar*.

—No quiero hablar —repitió. Pero ellas volvieron a bombardearla con preguntas y comentarios.

—¡No quiero hablar! ¡No quiero hablar! —volvió a decir, casi gritando, y eso ocasionó que sus amigas se dieran vuelta enfadadas.

—Sólo queríamos ayudar... pero si quieres estar sola es tu problema. Luego no te quejes, ¿eh?

Durante la mañana las miradas curiosas y las risitas burlonas continuaron llegando con la violencia de dardos envenenados; Lucía no logró esquivar ninguna, las recibió sin coraza que la protegiera.

Un avión de papel llegó a su mesa con una caricatura grotesca de una mujer desnuda. El mensaje que lo acompañaba decía: "La próxima vez que te fotografíes desnuda yo me ofrezco como fotógrafo... te puedo sugerir ciertas posturas".

Dos veces pidió permiso para ir al baño cuando se sintió al límite y con las lágrimas desobedientes dispuestas a salir como ríos. Eran lágrimas de vergüenza, de tristeza y también de rabia.

Como en un mal sueño se sentía desnuda, mucho más que en la fotografía.

En el recreo no puedo evitar a Álvaro Herreros que, convertido en héroe por un día, exhibía su sonrisa de macho por los patios. Tres chicas de último año se cruzaron por su camino y una de ellas, señalándole los pechos, le dijo con ironía: "Debiste haber esperado a agrandártelos, antes de enviar la foto". Pero Lucía no se sintió capaz de responder.

Cuando el timbre del recreo sonó y ella pretendió regresar a clases, tuvo que subir las escaleras que conducían al salón. Allí se percató de que había un grupo de seis o siete chicos de último año interrumpiendo el paso. Todos la observaron con atención, se apartaron para dejarla subir e hicieron total silencio. El ambiente se tornó tenso. Lucía habría querido dar marcha atrás, pero no pudo. Avanzó contra esa barrera de miradas, dispuesta a atravesarla al precio que fuera.

Y lo hizo. Pero más de una mano grosera decidió tocarla con la cómplice cobardía del tumulto.

Lucía se detuvo y los miró con rabia. Ellos sólo sonrieron. El único del grupo que se atrevió a hablar, dijo entre dientes: "Tú te lo buscaste, ahora no te hagas la ofendida".

Parecía que todos en el colegio se sentían con la libertad de tocar y ofender su cuerpo, su alma, su historia personal, su vida.

Entró a su salón como el náufrago que al fin logra sujetarse del madero que le permite flotar. Pero tan pronto se sentó en su sitio, se fijó en el centro de la pizarra, alguien había colgado un burlo afiche que simulaba la portada de una revista *Playboy*. En el centro de la imagen estaba su foto. Alrededor de la pizarra había unos cuantos compañeros que celebraban la *ingeniosa broma* creada con mala onda y Photoshop.

Lucía perdió la paciencia, se levantó indignada y se abalanzó contra la pizarra. Rompió en pedazos el afiche mientras gritaba que la dejaran en paz. Pero uno de los compañeros le alerto entre

risas que había decenas de esos afiches listos para ser colocado en todas partes.

Ella miró el reloj y se dio cuenta de que aún faltaban más de dos horas antes de que terminara la jornada. Su ánimo estaba destruido, supo que no resistiría.

Agarró su mochila ante la mirada atónita de sus compañeros y salió como un vendaval.

Dispuesta a todo, bajo las escaleras y caminó hacia el edificio principal del colegio. La recepcionista le dijo que no podía abrirle el portón porque las normas lo prohibían. Pero, Lucía presa del agobio, la miró a los ojos y con toda la fuerza que le quedaba se acercó tanto como pudo y le dijo:

—Si no me abres la puerta ahora mismo, la tumbaré, pero no me voy a quedar ni un minuto más. ¿Has entendido? ¡Yo me largo!

La recepcionista, asustada, volvió a negarse y trató de tranquilizarla, pero sólo logró irritar más sus nervios.

— ¡Me largo! ¡Te digo que me largo! ¡Ábreme!

Lucía encontró el botón que accionaba el mecanismo del portón y lo abrió.

Un retazo de luz entró e iluminó el lugar. Ella avanzó y cruzó la puerta. Cuando sintió el viento en la cara, le pareció escuchar una voz a lo lejos.

Muy lejos, una voz muy conocida que le decía:

— ¡Corre, pequeña, corre!

Tenía que ser la abuela.

7.

—Claro que me enamore una vez, pero me equivoque —le respondió Antonio a su primo Leo, cuando una noche retomaron la charla abandonada tras el incidente del cojinazo.

—¿En qué te equivocaste? —preguntó leo con curiosidad, sentado en su cama.

—Hace algunos meses me enamoré de la chica más linda del colegio.

—¿Y? Lo raro habría sido que te hubieras enamorado justo de la que tenía tres ojos, ¿no? O de la más peluda.

—No seas burro, Leo, me refiero a que cuando te enamoras de la chica más linda tienes demasiada competencia y conquistarla es tan sencillo como subir el Himalaya.

—¿Y qué pasó?

—¡Nada! No llegue ni a octavos de final.

—¿Por qué?

—Porque con tanta competencia, entre los interesados siempre hay uno que es más guapo, uno que es más simpático, uno que es más inteligente, uno que baila mejor, uno que escribe poemas de amor...

—¿Y tú para que eres bueno?

Antonio se quedó pensando durante unos segundos y entonces dijo:

—No lo sé... creo que para nada.

—¡Bien! ¡Por primera vez estamos de acuerdo en algo! Eres un bueno para nada.

—¡Calla, basura! Pero... en realidad creo que no soy bueno para nada.

—Ya, ya, Cenicienta, deja de sufrir. Tiene que haber algo... ¡Ya sé! ¡Eres bueno para nadar!

—Sí, pero no creo que estar en el agua con una gorra de látex y lentes de marciano sea algo que enloquezca a las chicas.

—Sí, en eso tienes razón. A veeeer... ¡ya sé! ¡Eres bueno para el choripán, te quedan rebuenísimos!

—¡Me estás deprimiendo, Leo!

—¿Por qué?! Hace un momento tenías el autoestima de un gusano y ahora te he ayudado a encontrar dos cosas que haces bien: nadar y choripanes.

—A ver, Leo, ¿te imaginas a la chica más linda del colegio confesándole a su mejor amiga que el hombre sus sueños tiene que ser lindo, simpático, fiel y debe hacer buenos choripanes?

Leo se quedó pensando por unos segundos y luego respondió:

—Tienes razón, Antonio. O cambias los choripanes por una buena colonia y la natación por una cirugía estética... o estás condenado a estar más solo que la una. Aunque...

— ¿Qué?

—Creo que hay algo que sabes hacer muy bien.

—¡Si me dices alguna babosada te arranco los pelos de la nariz!

—No, no, hablo en serio. Antonio, creo que eres bueno para escuchar. Me escuchas a mí, escuchas a mi mamá cuando habla de lo maravilloso que es mi papá, y escuchas a mi papá cuando habla de lo maravilloso que es él y solamente él.

—Ah, soy bueno para escuchar. ¡Chicas, ya me pueden llamar "el Orejas de oro"! ¡Qué partidazo soy!

—¡Qué tonto eres, Antonio! A las chicas les encantan que les escuchen sus conversaciones aburridas. El hombre que triunfa con las mujeres es el que sabe usar bien sus orejas.

—Claro, supongo que lo dices desde tu vasta experiencia de galán... considerando que la única chica que has besado es la del afiche de cerveza que está pegado en la puerta del armario.

— ¡No la he besado!

— Ya, ya, Leo, que te he visto.

— Bueno, no me cambies de tema, que a las chicas les encanta que les escuchen sus conversaciones cursis. Tengo un compañero que es más feo que un guante de box, pero todas las chicas del colegio siempre andan con él y dice que es *the best* sólo porque pone cara de interés cuando ellas le cuentan que se le rompió un uña o que tienen un terrible dilema: cortarse el cabello o dejárselo largo.

— Bueno, ya, te creo. Y ahora que yo te he contado la verdad, es tu turno... ¿de quién te has enamorado?

En ese momento Beatriz entró a la habitación y dijo con seriedad:

— Chicos, por favor, ¿podrían hacer silencio? Norber tiene migraña. Apaguen la luz. Norber no soporta ni el vuelo de una mosca.

Beatriz se despidió y la última frase que en esa habitación se escuchó fue la de Antonio a su primo Leo:

— ¡Te salvaste otra vez, renacuajo, mañana me lo cuentas!

Pero Antonio no tenía sueño. Se quedó mirando el techo un momento hasta que la imagen de su madre vino a su mente. Hacía más de dos semanas que sólo se comunicaba con mensajes de teléfono. Las llamadas se tornaban cada vez más difíciles. Conectarse y hablar a través del computador se había vuelto imposible por culpa de Norberto.

En casa había dos computadores, uno muy viejo que se conectaba a Internet con muchas dificultades y otro computador, uno portátil, que Beatriz había comprado poco tiempo atrás, cuando Alba pudo enviar el dinero necesario. Antonio había insistido

mucho a su mamá en que necesitaba un computador para las tareas y para sus llamadas con video, y cuando ella finalmente logró juntar el dinero necesario se lo envió a su hermana para que se lo comprara.

Cuando el aparato llegó de la tienda y lo sacaron de la caja, antes de que Antonio pudiera tocarlo Norberto se apoderó de él con el pretexto de que "los chicos se acomodan mejor con el que tienen, yo me quedé con el nuevo para mis cosas". Antonio lo miró con odio, pero no dijo nada. Espero que su tía dijera algo, pero fue en vano, Beatriz también se quedó callada.

Fue Leo, como siempre, quien tomó la palabra y dijo:

—Pero, papá, ese computador es de Antonio. Mi mamá lo ha comprado con el dinero que envió mi tía desde...

Norberto lo miró con rabia y entonces Beatriz movió sus brazos y dijo:

—A mí me parece que Norberto ha tenido una gran idea. De seguro que a Antonio no le molesta, ¿verdad? Chicos vengan conmigo a la cocina para preparar la cena.

Ahí a solas, Beatriz se acercó a su sobrino y en voz bajita le dijo:

—Compréndelo, por favor, es lo justo, un escritor necesita un computador para su trabajo; tú puedes seguir usando el otro con tu primo. Norber ha sido siempre muy especial contigo, tú sabes cuánto te quiere, creo que deberías ser generoso con tu tío. Ah y no se lo comentes a tu madre, ¿sí?

Y Antonio no tuvo opción.

Con el computador viejo, el conectarse para hablar con su madre era una misión casi imposible. Las siete horas de diferencia no ayudaban. Alba trabajaba de lunes a domingo y las llamadas se dilataban de una semana a otra, o las hacían cuando ella estaba medio dormida. No sólo fallaba la conexión... a veces también fallaban las fuerzas.

Pese a todo, cada vez que se veían en la pantalla, con las voces entrecortadas, la sonrisa de su madre significaba la inyección de algo poderoso, algo que, aunque duraba apenas unos segundos, en Antonio se traducía como la certeza de que no estaba solo.

El objetivo que se plantearon cuatro años atrás de que "cuando el dinero lo permita nos volveremos a reunir" seguía vigente, pero las cosas eran difíciles que ya ninguno se atrevía a poner fecha.

Muchas veces los compañeros en el colegio le habían preguntado cuándo volvería su mamá. Él repetía las promesas que Alba le hacía y contestaba: "Me ha dicho que para mi cumpleaños. En navidad. En las vacaciones de verano. Quiere que vaya una semana en abril. Ya me enviará el boleto de avión. El próximo año seguro". Hasta que un día se dio cuenta de que esas respuestas con planes siempre postergados dolían más que un "no sé, no tengo idea de cuando la volveré a ver".

Por eso buscaban cualquier espacio, un mensaje electrónico, un sms, cualquier cosa que les permitiera transmitir un "estoy aquí".

Ambos desafiaban al tiempo y al espacio para seguir construyendo una cotidianidad que los hiciera sentir cerca. Su clave de "¿me cuentas tu día con tres palabras?" era sagrada.

Esas tres palabras eran la síntesis de la vida.

A veces Antonio habría querido usar ese espacio para decir tres frases con palabras honestas:

Odio a Norberto.

Quiero que regreses.

No aguanto más.

Habría querido contarle a su madre que desde que ella se había ido la soledad era como una enorme roca sobre su cabeza. Pero prefería callar y así evitarle el dolor.

Antonio y Alba se decían a través de la pantalla sólo cosas buenas, ambos sabían que las preocupaciones y los dolores de las personas a las que se ama se llevan peor a la distancia. Cuando Alba le

preguntaba sobre su relación entre Beatriz y Norberto, Antonio mentía que todo iba bien. Y cuando él le preguntaba cómo le iba en su trabajo, Alba mentía que estaba muy a gusto.

Así, con esas dos mentiras, ambos seguían estirando el presente con la esperanza de que el dinero suficiente llegara y volviera a reunirlos.

En esas charlas intentaban reír, reír mucho. Alba decía que el humor ayudaba a masajear los músculos endurecidos del alma. Desde siempre el lenguaje de la sonrisa los había identificado como madre e hijo, como cómplices y como compañeros.

A veces Alba le decía: "Tú sabes que te quiero, ¿no?". Y él respondía que sí. "No te lo digo siempre, Antonio, porque ya sabes que no me gustan los sentimentalismos. Y a fin de cuentas, prefiero que me veas como una madre guerrera y no como una madre gallina".

—Sí, madre guerrera, lo sé, hasta mañana...

Luego el cerraba los ojos y pensaba que en más de una ocasión le habría gustado esconderse debajo del ala de una madre gallina, sentir ese calor que se parece a la protección, y que su madre le dijera al oído que no estaba solo y que todo iba a estar bien.

8.

Un día, cuando Lucía era niña, encontró en la puerta de la casa de la abuela a un perro callejero. No tenía muy buena pinta, estaba sucio, flaco y con algunas marcas de heridas de posibles peleas, pero además en su pelo había una sobrepoblación de pulgas y otros insectos que, de seguro, aún no habían sido descubiertos por los científicos contemporáneos.

No era demasiado grande y tenía ese gesto amistoso de los perros que no tienen nada que perder. Al ver a Lucía movió la cola, entornó los ojos para parecer más simpático y ladró como quien saluda a una vieja amiga, y con eso se aseguró de que Lucía cayera rendida a sus patas.

En media hora estaba bañado y tenía la barriga llena de leche y pan dulce. Además se había ganado una cinta como collar y un nombre: Fredo.

La negociación con la abuela fue bastante rápida: Lucía sólo tuvo que prometer que cada mañana, antes de ir al colegio, limpiaría todas las desgracias que Fredo depositara en el jardín, y los sábados se encargaría de pasearlo y jugar con él. Además la abuela la obligo a firmar (aunque Lucía aún no había aprendido a escribir) un documento en que la nieta se hacía responsable de todos los hijos, deseados o no, que Fredo tuviera, por si los vecinos hacían algún reclamo.

—Me vas a perdonar, pequeña —le dijo la abuela—, pero a mi edad, luego de dos maridos, sé reconocer de una mirada a los donjuanes que van por ahí de conquistadores, y Fredo es uno de ellos.

El pacto quedó sellado, la abuela sonrió, Lucía sonrió y Fredo ladró contento.

Pero dos días después el perro desapareció. La única forma de que hubiera escapado era saltando la barda del jardín. Las

posibilidades de que alguien se lo hubiera robado eran nulas: ¿quién habría querido llevarse a un perro que aún tenía el aspecto de un vagabundo?

Lucía y la abuela lo buscaron toda la tarde y no lo encontraron. Un vecino dijo que lo había visto caminando rumbo al parque. Otro dijo que le había parecido ver a un perro en la avenida principal. Pero lo cierto es que nunca apareció.

—¿Por qué se fue? —preguntó entre lágrimas Lucía esa noche—. Aquí tenía todo lo que necesitaba.

La abuela le acarició la cabeza y le contestó:

—Quizá se fue porque aunque tú y yo le hemos caído muy bien, y la leche con pan dulce le ha parecido buenísima... a Fredo le gusta más la libertad.

—La libertad no puede ser más bonita que tu casa, abuela.

La abuela suspiró y agregó:

—La libertad, Lucía, es más bonita que todas las casas, porque no tiene bardas.

En esa ocasión, sin entender totalmente el significado de las palabras, Lucía pensó que algún día haría lo mismo que Fredo: daría un salto y se iría a descubrir que rayos era la libertad.

Era cerca de medio día cuando escapó del colegio. Corrió con todas sus fuerzas y no tuvo tiempo para pensar en el miedo. Se subió al primer autobús que se cruzó por su camino y durante horas estuvo dando vueltas por la ciudad.

Algo había terminado para siempre luego del incidente de la fotografía. Algo se había roto en su alma. Era como si en lugar de la tecla *Enviar*, alguien hubiera presionado la tecla *Borrar*... Lucía ya no existía. O sí existía, pero de una forma distorsionada y oscura.

Looking the stars

Tenía 16 años pero de pronto sintió que tenía 100. Era una anciana cansada y adolorida.

Tenía 16 años y sentía que acababa de llegar al mundo; era una recién nacida asustada, cegada por la luz, que no comprendía nada.

No era la sensación de desnudez lo que la atormentaba, sino la certeza de que todo el mundo se sentía en libertad de observarla, de tocarla, de lastimarla.

Durante un largo rato estuvo sentada con la frente apoyada en la ventana del autobús, mirando sin mirar. Calles, humo, señales, gente, ruido, policías, ladrones, vendedores ambulantes, caos, sirenas, locos... Se dio cuenta de que su vida se parecía tanto a la ciudad en hora pico: ambas estaban a punto de estallar.

Lucía no sabía adónde se dirigía, pero tampoco le importaba demasiado. La cantidad de dinero que llevaba en el bolso era mínima —una burla para cualquier fugitivo— y las rutas de los autobuses son siempre circulares; eso quería decir que más tarde o más temprano llegaría al mismo punto del que había salido.

"Hasta para escapar soy un desastre", se dijo a sí misma.

Sacó un libro y se puso a escribir en él. No eligió un cuaderno de páginas limpias, no, por alguna razón eligió un libro y se puso a escribir fuera de los márgenes, en esos reducidos espacios blancos donde su letra se veía caótica y apretada.

Luego decidió escribir encima las letras. *Confusión sobre confusión: me miran. soy un insecto. es muy fácil destruir. ¿alguien se acuerda de mí? ¡soy yo, Lucía! no quiero volver. no volveré. me han visto desnuda. cómo ha podido pasar esto. ¿dónde están mis amigas? ¿dónde está Lucía? es más fácil destruir. fácil. fácil. chica fácil me gritó alguien. chica fácil de destruir digo yo. quiero dormir. quiero dormir y olvidar. quiero acabar con esto. ¿éste autobús me puede llevar a otro mundo?*

La vida se escribe sobre páginas que ya fueron escritas por alguien más.

En los costados del libro escribió su nombre, *LUCÍA*, para que no quedara duda de que esa historia y ese caos eran suyos.

Se bajó y caminó durante largo rato. Llegó, sin saber cómo, a una avenida muy transitada. Subió a un puente peatonal, que de tan viejo tenía los hierros llenos de herrumbre. Se colocó en la mitad del puente y desde ahí vio a los autos que avanzaban a gran velocidad. Uno tras otro.

Lucía apoyó las manos en la baranda que le llegaba a la cintura, miró hacia abajo y se sintió hipnotizada.

Recordó la mirada burlona de Álvaro Herreros, las palabras hirientes del resto, el afiche en mitad del pizarrón...

Las lágrimas se le escaparon y las vio caer al vacío. Quizá se evaporaron o aterrizaron en el parabrisas de algún auto y viajaron a lugares imaginables.

Y entonces se dio cuenta de que su cuerpo era demasiado frágil para soportar el peso que llevaba. Si las lágrimas podían escapar, ella también lo haría. Quiso volar con ellas. Evaporarse. Llegar a un lugar muy lejano.

Recordó a Fredo, el perro que saltó la barda en busca de un futuro libre. "Saltar, saltar la barda". Cerró los ojos, sintió el viento en la cara, dejó caer unas últimas lágrimas, puso los pies en puntillas, respiró hondo, y...

—Deja que se vayan, Lucía —dijo la abuela desde algún lugar.

—¿Quiénes?

—¡Las lágrimas! A veces parece que son tantas que sientes que te vas a ahogar en ellas, pero no es así.

—¿Crees que un día dejaran de salir?

—¡Claro! —Respondió la abuela con una sonrisa dulce—. Las lágrimas no se quedan demasiado tiempo, cumplen con su trabajo y luego siguen su camino.

— ¿Y qué trabajo cumplen?

— ¡Son agua, Lucía! Limpian, aclaran... Como la lluvia. Todo se ve distinto después de la lluvia.

En ese momento una gota grande de lluvia cayó en medio de su cabeza y Lucía se dio cuenta de que la abuela se había ido. Las nubes estaban grises, el cielo rugía y la tormenta se anunciaba.

Bajó del puente con las piernas temblorosas y en la siguiente parada tomó el autobús. No sabía adónde iba y tampoco le importaba. Se dejó llevar.

Sin imaginar cuánto tiempo había transcurrido desde que dejó el colegio, miró la hora. Eran más de las cinco. "Mis padres me van a matar", pensó sin demasiada preocupación. Ya nada podía ser peor. Se levantó, se abrió espacio entre la gente que abarrotaba el autobús y se bajó. Afortunadamente no estaba lejos de su casa.

Llovía en la ciudad pero Lucía no parecía reparar en ello. Caminó despacio sin esquivar los charcos. Su vida estaba ya lo suficientemente embarrada de fango como para evitar un tropezón inofensivo. Parecía que el clima había ahuyentado a la gente porque todo se veía solitario. De pronto escuchó unos pasos que la seguían. Volteó discretamente y vio a un hombre con una chaqueta negra con capucha.

Aceleró el paso y el hombre hizo lo mismo.

Asustada, comenzó a correr y él corrió detrás de ella.

— ¡Espera! —ordenó él.

Pero Lucía no obedeció y llegó jadeando a su casa. Sacó la llave que llevaba en la mochila y los nervios hicieron que el llavero se deslizará de sus manos y cayera al piso.

El hombre de la capucha lo recogió y sólo dijo:

— Tranquila.

— ¡Déjeme en paz! —gritó Lucía.

—No te asustes. ¿Ésta es tu casa?

—¡Lárguese de aquí!

El hombre tenía un aspecto inquietante, la capucha le tapaba la mitad del rostro y estaba todo cubierto de lodo. Lucía tocó el timbre desesperada y gritó en el intercomunicador: "¡Soy yo!". En ese momento la puerta de la casa se abrió. El hombre asustado, dio dos pasos hacia atrás y antes de irse dijo:

—Lo siento.

Lucía entró a su casa y cerró la puerta violentamente, tenía los ojos hinchados de tanto llorar.

Bárbara apareció en la sala y la abrazó entre sollozos.

—¡Afuera había un hombre! —dijo Lucía.

—¿Quién era?

—¡No lo sé! Pero me alegra que hayas salido a tiempo.

—¿Dónde te habías metido? ¡Tienes el celular apagado! Pensé que te había pasado algo malo.

—Lo siento, no me di cuenta, estoy bien, necesitaba pensar, eso es todo. Voy a mi cuarto.

Pero eso no fue posible.

Sus padres salieron de la cocina y a Lucía le bastó un segundo para descifrar sus miradas: lo sabían *todo*.

Un *todo* lleno de imprecisiones.

De conclusiones oscuras.

De imágenes astilladas.

Un *todo* que olía a reproche, a decepción, y a vergüenza.

—Puedo explicarlo —dijo ella.

Y aunque sus padres le dieron la oportunidad, su versión resultó tan absurda y su manera de explicarla fue tan nerviosa y contradictoria, que no le creyeron ni una palabra.

9.

La noche llegó temprano. Y llegó tramposa. Se hizo la serena mostrando la luna de perfil. Parecía una noche inofensiva.

— ¿Qué te paso, cacatúa? — preguntó Leo riendo cuando vio entrar a Antonio.

— No me molestes.

— Estás hecho un asco.

— No me digas nada.... Me quedé sin patineta.

— ¿Te la robaron? ¿La perdiste?

— Se rompió, ha sido horrible.

— Bueno, ya era hora, esa patineta tenía cien años, Antonio.

— Sí, en eso tienes razón, era del mismo modelo que las que usaban los antiguos egipcios. Pero igual... ha sido horrible.

— ¿Crees que puedas vivir sin ella?

— Lo intentaré. Pero, por lo pronto, necesito que hagamos un minuto de silencio por su memoria.

— ...

En ese momento llegó Beatriz del trabajo, interrumpió el minuto de silencio y, para mala suerte, anunció que tenía ganas de cocinar.

Leo y Antonio intentaron disuadirla, pero sus planes fracasaron y la entusiasta Beatriz se puso sus pantuflas y entró a su cocina atándose el delantal.

— Hoy les prepararé una de mis especialidades: pollo *teriyaki* con ensalada fresca y puré de papas.

Así, en titular de letras azules, la propuesta sonaba bien. El problema estaba en que Beatriz, más allá de cualquier menú

pomposo, era un desastre en la cocina y todo lo que ella preparaba siempre sabía a castigo.

A las ocho en punto se sentaron a la mesa. Leo y Antonio llenaron sus vasos con agua, por si era necesario empujar el pollo *teriyaki* desde la lengua al esófago.

Con tono dulzón, Beatriz hizo el último llamado necesario:

—Norbeeeeer...

Al rato apareció Norberto con su gesto de suficiencia. Llevaba en la mano la pipa y, como siempre, buscaba impaciente unas cerillas.

—No fumes ahora, Norber, que ya vamos a comer. Hice algo que te gusta mucho... —dijo ella mientras colocaba las fuentes en la mesa.

—¿Algo que me gusta mucho? ¿Qué será? ¿Cerrar la boca? ¿Desaparecer de mi vista? ¿Multiplicarte por cero? —respondió él con la acidez que le caracterizaba.

Antonio lo miró con odio.

Leo tomó un sorbo de agua.

Beatriz ignoró la grosería, como siempre, quizás esa indiferencia era su mecanismo de defensa, o la decisión voluntariamente aceptada de pagar todas las facturas que la vida le lanzaba a cambio de tener un marido —ese marido— en casa.

Leo se daba cuenta de todo, pero no tenía ni la fuerza vital ni las palabras necesarias para callar a su padre o para sacudir a su madre. Él simplemente cambiaba de tema como quien echa tierra sobre la basura para que no se vea.

—Hoy se metió un ratón a mi salón de clases, fue muy divertido...

Como era de esperar el pollo *teriyaki* estaba amargo, el puré de papas estaba salado y la ensalada estaba tan mustia que parecía de la semana anterior. Pero las papilas de Beatriz debían estar atrofiadas porque ella se felicitaba a sí misma: "¡Hay que ver lo bueno que me ha quedado!".

A Leo y a Antonio la cena les resultó interminable, masticaban lentamente y parecía que la pierna de pollo crecía segundo a segundo. Leo se volteó y le dijo discretamente a su primo:

— A mí me tocó la pierna de mamut, ¿y a ti?

— Yo pedí el ala... y me tocó ala de cóndor. No terminare nunca.

Beatriz se levantó en busca de las aspirinas que guardaba en un cajón de la cocina y le dijo a Antonio:

— Por cierto, ¿has hablado con tu mamá? ¿Te ha llamado?

— No, tía, no hemos hablado. Apenas unos mensajes al teléfono. ¿Pasa algo?

— Nada grave, sólo que ya van tres meses que no me deposita el dinero para tus gastos y... bueno, estoy un poco preocupada.

— Ah, lo siento, no sabía, es que...

— ¡¿Tres meses?! — interrumpió Norberto levantando la voz.

— Ya, Norber, no te preocupes, mañana intentaré hablar con ella y se resolverá todo; sólo quería saber si había enviado un mensaje con Antonio, dejemos aquí éste asunto.

Pero Norberto no se tranquilizó, qué va, Beatriz apenas le había dado el empujoncito que necesitaba para cerrar la noche con gloria. Aclaró la voz y dijo:

— ¿Sabes que voy a participar en un concurso de cuentos que organiza el gobierno provincial? Creo que tengo una buena historia.

— Qué bien, pa — dijo Leo, aliviado por el cambio de tema.

— ¿Y de qué se trata el cuento? — preguntó Beatriz contemplándolo con veneración, como si fuera un monumento nacional.

— Es sobre una mujer que se va a buscar una mejor vida en un país lejano.

Antonio lo miró de reojo y presintió que en esas palabras había un aguijón venenoso.

Norberto se metió un palillo en la boca y siguió hablando con una risita retorcida:

—La protagonista es una mujer relativamente joven, madre soltera. Es una mujer atractiva. Se separa de su hijo pequeño y se va a... Estados Unidos convencida de que podrá conseguir un buen trabajo.

—¿Y lo consigue? —preguntó Beatriz con inocencia.

—Sí, claro que lo consigue —respondió Norberto con una risita espesa—, un empresario se da cuenta rápidamente de que esa mujer tiene unas buenas... cómo decirlo... —abrió las manos y dibujó con ellas una silueta llena de curvas, y continuó—: esa mujer tiene unas muuuuy buenas... condiciones para triunfar.

—¡Qué bien!

Leo, incómodo ante lo que estaba diciendo su padre, se levantó y dijo que debía ir a su cuarto a terminar su tarea, y pidió a Antonio que lo acompañara. Pero Norberto lo impidió. Con una mirada les dejó saber que no les permitiría abandonar el comedor, y ambos regresaron a la mesa.

Antonio sentía que el corazón le bombeaba a mil por hora, pero evitaba mirar a los ojos a Norberto. Sabía que lo estaba desafiando y no quería caer en su provocación. Con el tenedor revolvía un pedazo de tomate que había quedado en su plato y hacía como si no escuchara.

—¿Y a qué se dedica? —preguntó Beatriz.

—¿Quién?

—¡La protagonista de tu cuento!

—A ver, Beatriz, piensa un poquito —contestó Norberto—, es una mujer joven, atractiva, con un cuerpo que no está nada mal, madre soltera, que le gusta sentirse observada y deseada por los hombres, y que además se ha quedado sin trabajo en su país: ¿a qué crees que puede dedicarse?

Antonio se levantó, soltó con violencia el tenedor en el plato y dijo:

Looking the stars

—Con permiso, me retiro, gracias por la cena, tía.

Con los puños apretados intentaba contener su furia, los pensamientos se arremolinaban, estaba al límite.

Norberto se puso de pie en un segundo, se atravesó en su camino y ambos quedaron frente a frente. Antonio había crecido lo suficiente y equiparaba en estatura al marido de su tía.

El muchacho lo miraba con odio. Norberto sonreía mostrando sus dientes amarillentos teñidos por el tabaco y el café. En el comedor había tanta tensión que hasta la respiración se tornaba difícil.

—No te vayas, Antonio —le dijo utilizando un fingido tono conciliador—, te vas a perder la mejor parte del cuento.

—Quédate sólo un momento más —le pidió Beatriz suavemente.

—¿No te gustaría escuchar sobre la escena en que la protagonista habla por teléfono con su hijito y le miente que es asistente en un supermercado, cuando en realidad baila en un club nocturno, contoneándose desnuda en un tubo? El pobre hijo es tan inocente que nunca imagina que su madre es una...

No terminó la frase. Se sacó un palillo que paseaba por su labio, pasó su lengua por el paladar y sonrió feliz de crear la máxima tensión de la noche.

—Dale, acaba lo que ibas a decir... —le incitó Antonio dispuesto a reventarle la cara de un puñetazo.

—No, el final del cuento es una sorpresa. Ya se enterarán. ¿Crees que tengo posibilidades de ganar el concurso?

Antonio lo miró lentamente de arriba abajo, como si diseccionara por partes a un gusano. Miró su pelo grasiento, sus anteojos de intelectual prefabricado, su barba descuidada, su aspecto decadente... Miró a ese hombre y luego miró a su primo Leo.

No podría. No podría hacerle eso a su primo.

Antonio respiró e intentó tranquilizar su sangre enfurecida, fabricó una sonrisa sólo con la intención de molestar a Norberto y dijo:

—¿Me preguntas si creo que tienes posibilidades de ganar el concurso? Yo pienso que sí —lo miró minuciosamente desde la cabeza grasienta hasta los zapatos empolvados y concluyó—: Cualquiera que te viera se daría cuenta de que tienes toda la pinta de un triunfador.

10.

En la primera semana luego de lo ocurrido, Lucía trataba de escapar de las miradas. Sentía que todas ellas hurgaban en su intimidad. Los ojos de los demás eran balas que, casi siempre, daban en el objetivo.

Había eliminado todas las fotos de su teléfono, del archivo del computador y de los portarretratos que tenía en su cuarto. No más fotos. No más.

Alguna vez había escuchado en una clase que los indígenas no se dejaban fotografiar convencidos de que el ojo de la cámara les robaría el alma. Ahora Lucía sentí que en esa creencia había mucho de verdad. A ella le habían robado el alma. Y mucho más.

Aquella tarde, caminó al taller, se colocó los audífonos que le servía para ahuyentar conversaciones no deseadas, y paraguas en mano avanzó hasta la parada del autobús.

Apoyó la frente en la ventana e intentó no pensar. Prefirió mirar las gotas de agua que resbalaban por el cristal. En uno de los asientos delanteros había alguien que la observaba. Más allá, otros ojos examinándola. Cómo le habría gustado tener la fuerza para levantarse y gritar: "¡Sí, soy yo la de la foto! ¡¿Hasta cuándo vas a seguir mirando, imbécil?!". Pero no tenía esa fuerza ni lograría nada bueno reaccionando de esa manera.

Sacó un libro e hizo como si leyera. Siempre la primera línea. Sólo la primera línea. Leía sin leer.

Diez minutos después se bajó del autobús y, mientras caminaba hacia su primera clase al taller municipal, recordó que era la única alumna en la clase de *Joyas hippies*. "Seguro que no hay más alumnos porque es la clase más aburrida", se dijo a sí misma. Pero analizándolo mejor, para lo que ella estaba buscando — silencio y soledad — esa clase era la más indicada.

La profesora, que a la vez era la directora del centro, la coordinadora de talleres, la encargada de las fotocopias, la responsable de cambiar los focos quemados y la dueña de la cafetera eléctrica, se llamaba Delfina. Era una mujer hiperactiva de voz amable. Por su aspecto debía tener alrededor de 50 años. Vestía trajes holgados con estampados geométricos, y zapatos de tela con bordados y piedritas de colores.

Era un sonajero ambulante. Cuando caminaba, las cuentas de sus pulseras, collares y pendientes sonaban como los móviles hechos con caracolas.

—¡A mí no me contratarían jamás en *CSI*! —Decía entre risas—. Nunca podría ser una investigadora *secreta*. Mi capacidad para pasar inadvertida es idéntica a la de la sirena de los bomberos.

Delfina, tras esa imagen robusta, de espectáculo pirotécnico, era una mujer de gestos amigables. El primer día le mostró las instalaciones. Se trataba de una antigua casona con columnas y balcones de madera. La sala, que sería su punto de encuentro, era un cuarto amplio con mesas de trabajo, piso de madera y ventanas altísimas. En las repisas había mucho desorden: materiales, libros, hojas sueltas, trabajos de los alumnos de otros talleres, flores de tela, retazos de madera, platos de cerámica, pinceles resecos...

—Sólo hay dos normas —le dijo a Lucía cuando inició la clase—: que seas puntual, que no me trates de usted y que no uses el celular en clase.

—Son tres.

—¿Tres, qué?

—Que, usted, tú, acabas de decir que sólo hay dos normas y luego has enumerado tres.

—Ah... es verdad. Bueno, es que en realidad son cuatro: que si no vas a venir me avises al menos una hora antes. Y la quinta: en ésta clase está prohibido hablar de política, de fútbol y de cualquier noticia truculenta de aquellas tipo: "¿Supiste que a una señora le robaron el bolso en un centro comercial y le arrancaron un brazo, y

luego le sacaron un riñón para venderlo por Internet y le clonaron la tarjeta y ahora tiene una deuda más grande que la de Italia?".

—Ok, cumpliré con las normas.

—Insisto en lo del teléfono celular porque...

—No hay problema. No uso teléfono celular.

—¿Qué dices?! —preguntó Delfina tocándole los brazos para cerciorarse de que Lucía no fuera una aparición—. ¿Eres adolescente y no utilizas el teléfono móvil? ¿Acaso eres una extraterrestre? ¿Tus padres pertenecen a alguna secta contraria a la modernidad?

—No.

—¿Tienes alergia a la radiación electromagnética? ¿Estás cumpliendo algún tipo de condena brutal y te han prohibido el teléfono?

—No.

—¿Entonces?

—Nada. Es sólo que no me gusta. Tengo uno, pero sólo lo uso cuando me llama mi mamá o cuando yo necesito llamarla.

—Vaya... me sorprendes, Lucía. Algún día la ciencia estudiará tu caso.

Se sentaron y colocaron sobre la mesa los hilos y algunas muestras que servirían como guía.

—¿Alguna vez has hecho pulseras de nudos?

—Nunca.

—Bueno, esto es como la vida...

—¿Perdón?

—En la vida no vas a poder evitar los nudos; el secreto está en saber qué haces con ellos, dónde los colocas y qué sentido les das. Es a través de los nudos que vamos tejiendo la vida.

Los hilos de colores estaban dispuestos en una pequeña almohadilla sujetos con un gancho, y Delfina iba anudándolos muy despacio, pasando de una hebra a otra, para que Lucía aprendiera a hacerlo.

—No aprietes demasiado, esa es la primera regla.

—Claro, porque luego, si me equivoco, no podré arreglarlo.

—¡Error!

—¿Por qué?

—Un nudo siempre se puede desatar. Es posible que tome más o menos tiempo, incluso que puedas sentir dolor en el intento por desatarlo... pero con paciencia no hay nudo que sea imposible.

Lucía se quedó en silencio por unos segundos y luego dijo:

—¿Entonces por qué no debo apretar demasiado?

—¡Porque hasta un nudo necesita respirar! A veces, sin querer, lo vamos apretando más y más. Déjalo respirar y verás que se ve y se siente mucho mejor.

Para su primer trabajo Lucía había elegido el negro, el gris y el marrón. Dos hilos de cada color, seis en total. La pulsera salió delgadita y con franjas homogéneas de cada tono. Se veía insignificante.

—¡No está mal! —le dijo Delfina para animarla—. Hay unos nudos más apretados que otros y quizá los colores son un poco tristes, pero para ser la primera te ha quedado muy bien.

Lucía vio la pulsera como si ese objeto fuera el reflejo de su propia vida, y dijo:

—Tienes razón... nudos apretados, colores tristes. Supongo que por ahora no puede ser de otra manera. ¿Me ayudas a ponérmela?

—¡No te la pongas! La primera siempre sale con errores. Luego, cuando la compares con las que seguirás haciendo, ésta te parecerá horrible. Vamos a hacer otra...

—Quiero ponérmela... en serio.

— ¿Por qué?

— Porque esta pulsera se parece a mí.

Delfina la miró, sonrió y con mucha delicadeza se la colocó; y luego dijo:

— La clase dura una hora, si tú prefieres podemos charlar mientras hacemos el trabajo, o podemos quedarnos calladas como un funeral. Si quieres café ahí tengo una cafetera, vasitos de cartón y siempre hay galletas. Por si quieres escuchar música tengo una radio vieja, pero te advierto que la única emisora que sintoniza es una que se llama *La Sabrosona*.

Lucía respondió:

— Gracias, prefiero el silencio.

Así paso el primer día.

Y el segundo.

El tercero y el cuarto también, apenas con las palabras necesarias para seguir una instrucción o corregir un error.

Pero al final del quinto día, cuando Lucía terminó una nueva pulsera, rompió el silencio, se levantó y dijo:

— Mira, Delfina...

— ¡Ya era hora! ¡Cinco colores y ninguno es el negro! Está genial, ven y te la pongo.

— No —dijo Lucía—, no es para mí. Le hice pensando en mi hermana Bárbara. Ella es así.

11.

Bendito charco.

Cuando aquella tarde, de regreso del entrenamiento, Antonio resbaló en su patineta y cayó en medio del charco de agua y lodo, maldijo su suerte. La patineta se deslizó varios metros por la avenida, justo en el preciso momento en que el camión de la basura avanzaba lentamente, y Antonio la vio confundirse entre las ruedas del mastodonte. El milagro no se dio (o eso fue lo que él pensó).

Triste, furioso y mojado vio su patineta convertida en pedazos irreconocibles en medio de la vía, y sintió que sin ella a su vida le faltarían las alas.

"Sí hoy sortearan un millón de cucarachas, yo me las ganaría todas", se dijo a sí mismo convencido de que atravesaba su época de mala racha.

En el bolsillo del pantalón encontró las monedas suficientes para regresar a casa en autobús. Eran más de las cinco y en la parada había demasiada gente, todos apiñados debajo de la sombrilla para esquivar la llovizna.

Antonio se sacudió el lodo, se abotonó la chaqueta estirándola al máximo para que le cubriera las manchas del pantalón y se colocó la capucha. Subió al autobús y se dio cuenta de que a esa hora estaba repleto de gente cansada y malhumorada. De hecho la única persona con energía era el cantante de reguetón que sonaba en la radio elegida por el conductor: "Se siente, se siente, se siente, en la disco se siente caliente...".

Antonio buscó espacio en el tubo para colocar su mano y sujetarse. Pero a esa hora, diez centímetros de tubo libre era una utopía.

El autobús abarrotado le pareció, de pronto, una réplica del mundo en versión reducida: demasiada gente, demasiada indiferencia, demasiada soledad. Todos sacudidos por los

movimientos de una nave extraña que no pueden controlar, acelerando y frenando a raya, con la sensación de falta de aire, y a ratos con ganas de gritarle al conductor: "¡Detenga ésta cosa que me bajo!".

Su cabeza pensaba atropelladamente en la patineta, en la basura que era Norberto, en los doce días que no veía a su madre por la pantalla, en la tarea de Química que no entendía, en el pantalón mojado y manchado, en la chica del colegio que ya era pasado, y otra vez en la patineta.

Parecía que todos sus sentidos estaban anestesiados y entregados a la tromba de sus pensamientos, pero por suerte sus ojos se rebelaron y se encontraron con los de ella.

Vio en su mejilla un surco húmedo que marcaba el camino de una lágrima.

Antonio la miró sin que ella reparara en su curiosidad.

Vio la manga de su blusa que le cubría hasta la mitad de la mano y que servía para secar su tristeza. O su rabia. O su decepción. Las lágrimas tienen tantas razones...

Y en ese momento Antonio bendijo el charco, el tropiezo y la patineta en pedazos.

Clavó sus ojos en ella y pensó que no era el tubo el que lo sujetaba aquella tarde, sino su mirada.

Ella tenía en sus manos un libro, a ratos se quedaba mirando por la ventana a la calle y luego volvía a la página y leía.

La magia no está en un conejo dentro de un sombrero o en un pañuelo que se convierte en ramillete de flores. La magia está a veces en un camión que te rompe la patineta y te obliga a subir en un autobús donde el corazón sentirá que le salen alas.

Al cabo de ocho o diez minutos ella se levantó presurosa, se dirigió entre personas apretujadas hacia la puerta y descendió.

Antonio hizo lo mismo, aunque esa no era su parada. De hecho hacia siete cuadras que debía haberse bajado.

Ella camino sin eludir el charco y sin dejar de llorar.

Fueron precisamente esas lágrimas las que hicieron que Antonio se decidiera a seguirla. Por algún motivo —instinto tal vez— quiso sentir la certeza de que ella llegara a algún lugar en el que estuviera a salvo. "¿A salvo de qué?", se preguntó a sí mismo, y le bastó con responderse: "A salvo del mundo".

A veces los seres solitarios se identifican con el silencio entre sí. Basta un gesto. Los ojos de quienes están extraviados, como tantas veces se encontró Antonio lejos de su madre, se reconocen a gritos.

"No fue un flechazo —se repetiría Antonio varias veces a lo largo de su vida—, fue algo mucho más grande". Fue la certeza de haber descubierto que lo que mueve la vida a veces no tiene explicaciones.

Caminó a cierta distancia para que ella no se sintiera perturbada. Pero no logró pasar inadvertido.

Ella volteó y descubrió que la seguía. Apretó el paso, y él hizo lo mismo para tratar de alcanzarla. Hubiera querido decirle que no tuviera miedo, que no quería hacerle daño, que sólo pretendía acompañarla hasta que llegara a su destino... pero ella arrancó a correr.

Corrió detrás de ella y, cuando finalmente llegaron a la que quizás era su casa, todo tomó un aire extraño, ella estaba asustada y le gritó que se alejara. Entró y luego dio un portazo. Él desapareció rápidamente.

Camino a casa, Antonio pasó junto a un escaparate y se miró en el ventanal: "Claro... con esta pinta cualquiera saldría corriendo", se dijo en voz bajita. Estaba lleno de lodo, tenía una chaqueta impermeable que le cubría media cara y que lo hacía verse más grueso, y además llevaba una capucha. Su apariencia resultaba intimidante.

"Soy todo un príncipe azul...", se dijo a sí mismo con ironía.

Cuando llegó a casa la historia no mejoró... la tía Beatriz les comunicó que quería cocinar su horrendo pollo *teriyaki*, y Norberto decidió que durante la cena les contaría un cuento de una mujer migrante, un cuento demasiado crudo y amargo... como el pollo *teriyaki*.

Esa noche antes de acostarse a dormir, Leo se sentó en la cama de su primo Antonio y, tratando de disipar el mal momento que habían pasado en la cena, le preguntó:

— Bueno, aparte del fallecimiento de tu patineta, del pollo *delicioso* de mi mamá y de la *simpatía* literaria de mi papá, ¿qué tal estuvo tu día?

Antonio sonrió, sacudió el pelo de su primo Leo y respondió:

— Bien, todo bien.

— ¿Alguna chica se fijó en tus orejas?

Ambos rieron. Antonio respiró y dijo:

— No, Leo, nadie se ha enamorado de mis orejas... pero he descubierto unos ojos.

12.

Los mensajes no llevaban firma. Lucía se los encontraba en todas partes: dentro de sus cuadernos, sobre su mesa, en el baño del colegio, en su casillero. El sentido era siempre el mismo: frases obscenas y dibujos ofensivos.

Al principio ella los leía, luego optó por destruirlos tan pronto llegaban a sus manos, y así pensó que el autor o los autores terminarían cansándose y la dejarían en paz.

Sólo en una ocasión se le ocurrió abrir su correo electrónico y su cuenta de Facebook, pero la cantidad y la violencia de los mensajes que ahí encontró fue tan aplastante que se sintió abrumada. No respondió a nadie, no dio explicaciones; simplemente optó por el silencio.

Una mañana Álvaro Herreros se cruzó en su camino a la hora del recreo cuando ella se dirigía a su refugio: la biblioteca.

Lucía intentó esquivarlo pero fue imposible:

— ¿Qué quieres? — dijo ella, asustada.

— Tranquila, Lucía, no te pongas así; sé por lo que estás pasando y quiero ayudarte.

— No necesito tu ayuda, gracias.

— Lo digo en serio, confía en mí...

Por un segundo Lucía creyó ver en Álvaro una chispa de solidaridad. Él le extendió una mano, ella lo miró sin saber qué hacer y de inmediato escapó sin darle respuesta.

Cuando semanas atrás la bomba había estallado: los padres de Lucía habían acudido de inmediato al llamado de la directora del colegio y habían escuchado perplejos la versión que había creado cuidadosamente la institución.

El Ministerio de Educación estaba atento a los casos de hostigamiento escolar y de difusión de imágenes de menores en la red, y cualquier problema podría costarle al colegio una sanción e incluso la destitución de sus autoridades, por falta de prevención. En plena campaña electoral, el ministro había aparecido en cadena de radio y televisión hablando con palabras elegantes y difíciles, y exigiendo a los colegios que asumieran la responsabilidad de "precautelar la integridad física, psicológica y emocional de sus estudiantes, eliminando cualquier semilla de acoso escolar que pudiera caer en terreno fértil y atentar contra niños y jóvenes que son el futuro de éste país".

Por lo tanto la versión final, que fue tomada por cierta en el colegio, responsabilizaba a Lucía de todo lo ocurrido. El hecho de que la foto hubiera sido enviada desde su propio celular anulaba cualquier sospecha respecto de sus amigas o de terceras personas. Era Lucía la única culpable. Ella se había fotografiado a sí misma con el torso desnudo, e irresponsablemente había difundido la imagen, consciente de sus consecuencias. Eso y punto. Así quedaría registrado.

— ¡A los 16 años una sabe exactamente lo que está haciendo! — dijo la directora, enérgica, y luego lanzó la pelota —. Yo lamento lo que ustedes como padres están pasando, supongo que deben estar cuestionándose su papel como guía de sus hijas, pero quiero que sepan que nosotros no los juzgamos, queremos apoyarlos en todo lo que sea posible.

— Gracias, gracias... — decía el padre de Lucía opacado y nervioso, mientras se hundía avergonzado en el sillón de la sala de juntas. Su esposa sólo atinaba a secarse las lágrimas con un pañuelo de papel.

— Los padres de familia del curso de su hija están preocupados, y es natural. Nadie quiere que el mal ejemplo se contagie. Los padres del joven que recibió el mensaje dicen que jamás vieron a Lucía entre el grupo de amigos de su hijo; además, él les aseguró que no son ni amigos, ni compañeros, ni novios. Por lo tanto ellos exigen que el colegio exima de cualquier responsabilidad a su hijo.

Looking the stars

Les hemos prometido que así será y que sabremos manejar el asunto.

—Claro, claro, entiendo —dijo el padre.

—Incluso debo decirle, señor Faicón, que algunos papás y representantes nos han solicitado que retiremos la matrícula a Lucía, para el próximo año escolar.

—Pero...

—No. No se preocupen. El Consejo General de nuestra institución ha decidido hacer una excepción y tanto Lucía como su otra hija, Bárbara, podrán permanecer como alumnas y no se les retirara la matrícula. Espero que sepan valorar éste gesto de solidaridad que nuestro colegio les está demostrando.

—Gracias, señora directora... —sollozó la madre, convencida del favor que le estaban haciendo.

—Pero para ello necesitamos una pequeña colaboración de parte de Lucía...

—La que sea, ¡cualquier cosa! —respondió el padre.

Y así Lucía fue obligada a escribir una carta que se publicaría en la red interna, en la que sin entrar en demasiados detalles ella se disculparía por su conducta inadecuada ante sus compañeros, ante el colegio y ante los padres de familia. La propia directora se ofreció a redactar el borrador de la carta. Además se le exigió que pidiera disculpas, en presencia de la directora, a Álvaro Herreros, por haberlo involucrado en un asunto tan desagradable. Y así todos quedarían contentos. Sobre todo el Consejo General, que salvaría el pellejo de las autoridades, y libraría de una multa y de un escándalo mayor al colegio.

En casa no hubo oídos para escuchar la versión de Lucía. Ella suplicó a sus padres que la cambiaran a otro colegio; estaba segura de que no resistiría mucho tiempo las miradas y los comentarios de la gente, y de que tarde o temprano perdería sus fuerzas. Pero esa gracia no le fue concedida y el castigo comenzó precisamente

por ahí, con esa extraña pedagogía que exige bajar la cabeza y soportar la lluvia de pedradas... "para que aprendas".

Era la primera vez que se producía una ruptura tan dolorosa entre Lucía y sus padres.

Por eso, en el taller, cuando Delfina vio a su alumna apretar los nudos sin controlar la fuerza, supo de inmediato que algo la estaba asfixiando.

—Más suave, Lucía —le decía discretamente—, deja que la pulsera respire.

—Sí, tienes razón. Es que me cuesta...

Las clases eran silenciosas. Tanto que a veces parecía que en ese salón no había nadie.

—¿En qué piensas? —le preguntó a Lucía en una ocasión, sólo para saber si podía tirar del hilo e intentar dialogar con su alumna.

—En nada.

—¿No piensas en nada?

—No... Para eso precisamente he venido, porque no quiero pensar.

—De acuerdo, entonces no te hago más preguntas.

—Gracias.

Esa tarde Lucía tomó, como siempre, el autobús de regreso a casa. Le esperaban quince o veinte minutos de recorrido. El frío y la hora pico lo complicaba todo.

Lucía subió a uno en el que no se podía poner un pie, y además los paraguas de los pasajeros goteaban y dejaban el piso resbaloso y lleno de mugre. Se colocó cerca de la puerta y miró sin mirar hacia afuera. El instinto le había enseñado, a golpes, que debía aprender a abstraerse, a tomar distancia de la realidad. Esa desconexión le permitía ver sin ver, alejarse del entorno sombrío, y con los ojos abiertos inventar otro mundo. Estaba en ese autobús atestado pero también en ninguna parte.

Los frenazos y el tráfico hacían que el trayecto se volviera pesado. Lucía se preguntó entonces qué pasaría si un día entero, durante sus veinticuatro horas, tomara un autobús tras otro. ¿Hasta dónde llegaría? ¿Y si no fueran veinticuatro horas en autobús, sino siete días? ¿Tras una semana de viaje podría cambiar de paisaje, de país, de destino? ¿Cuál es el lugar más lejano al que se puede llegar en autobús? ¿Podrá llevarme un autobús a otra vida?

Un frenazo violento interrumpió sus pensamientos y Lucía estuvo a punto de caer. Por suerte alcanzó a sujetarse del tubo que estaba junto a la puerta. Pero en medio del sobresalto alguien más busco sostenerse del mismo tubo. Y las dos manos se encontraron, chocaron y se apretaron la una sobre la otra.

Fueron sólo dos segundos, o tres.

Al recuperar el equilibrio, las manos se separaron con rapidez —y con vergüenza, quizá—, mientras dos voces pronunciaban al mismo tiempo: "¡Perdón!".

Y ella miró al dueño de esas manos.

Y él la miró.

Pero Lucía odiaba las miradas. Tenía miedo de los ojos que se posaban en ella porque sentía que la desnudaban.

Volteó su rostro como un gesto mecánico, se bajó del autobús y sólo quiso olvidar el incidente.

Es lo que pasa con el miedo... fabrica fantasmas incluso en un par de ojos negros inofensivos.

13.

—¿Y a ti qué te pasa? Tienes cara de tonto —dijo Leo a su primo cuando ambos se preparaban para dormir.

—No me pasa nada. Y sobre la cara de tonto... ¡ahora entiendo porque todo el mundo me dice: "Eres igual a tu primo Leo"!

—Ya, ya, si te parecieras a mí estarías rodeado de admiradoras.

—Sí, claro, lo dice el galán que para aprender a besar está tomando el curso con una naranja... ¡que te vi el otro día practicando!

—¡Deja de espiarme! Y no estaba practicando... sólo me gusta alimentarme sanamente.

—Sí, claro y con los ojos cerrados...

—Bueno, no me cambies de tema, desde que llegaste de la estación estás... no sé, como si flotaras en el aire... pareces sacado de una película de princesitas. ¡Cuéntame, Antonio-Cenicienta!

—Bueno, sí. He vuelto a ver a esa chica, aquella de la que te hablé, la del autobús.

—¿Dónde?

—¡En el autobús otra vez!

—Ah, ¿y qué pasó? ¿Le pediste su número? ¿Sabes al menos cómo se llama?

—Se llama Lucía.

—¿Hablaste con ella?

—No. Sé su nombre porque siempre lleva un libro que tiene escrito *LUCÍA* en el costado.

—¿Y cuándo hablarás con ella?

—No lo sé, estoy esperando el momento preciso.

—¿Qué?! "Estoy esperando el momento preciso", en una persona normal quiere decir tres o cuatro días. Pero en tu caso, que tienes la misma agilidad de movimientos que un caracol subiendo a un poste, "estoy esperando el momento preciso" puede durar dos siglos. Ya te veo dentro de setenta años en el mismo autobús, intentando pedirle el número a una viejita llena de bisnietos.

—Ya, no te burles.

—¿Es linda, Antonio?

—Sí.

—Has puesto cara de borrego, ¿estás enamorado?

—Ahhh... no lo sé. *Enamorado* es una palabra demasiado complicada, Leo. Sólo sé que no he dejado de pensar en ella.

—¡Estás frito! ¡Tómale una foto con el celular! ¡Quiero conocerla!

—¡No sé si pueda!

—Claro que puedes. Todo el mundo puede. Una foto no es gran cosa, sólo tienes que ser un poco discreto. Prométeme que lo harás.

—De acuerdo —respondió Antonio algo cansado—, te lo prometo.

En ese momento escucharon las voces exaltadas de Beatriz y de su marido. Él gritaba y ella sollozaba. Leo abrió la puerta del dormitorio y Antonio se colocó detrás de su primo.

—Déjalos —dijo Antonio intentando tranquilizar a su primo—, será como siempre, discutirán un rato y luego se quedarán dormidos.

—No, Antonio. Tú sabes que eso no es todo, ya sabes cómo se pones mi papá.

—Bueno, pero hace mucho que él no...

Ambos conocían bien a Norberto. Sabían de lo que era capaz cuando la ira se le desbordaba. Beatriz no sólo usaba capas de maquillaje para disimular la edad, a veces también tenía que disimular la violencia.

Antonio intentó cambiar de tema y poner música para evitar que su primo escuchara la pelea de sus padres, pero fue imposible. Los gritos continuaron y de pronto la puerta de la habitación se abrió. Rápidamente Antonio y Leo volvieron a la cama, como si nada.

Norberto entró como un trueno, se dirigió a la cama donde Antonio estaba sentado y gritó:

— ¡¿De quién es ésta casa?!

— ¿Qué te pasa, Norberto? — dijo Antonio.

— Respóndeme ahora mismo, ¿de quién es ésta casa?

— Tuya.

— Bien, ¿y de quién es esta lámpara? — levantó la lámpara de mesa y luego la dejó caer violentamente.

— Tuya.

— Ah, muy bien...

— Basta, Norberto, por favor — dijo Beatriz secándose las lágrimas y persiguiendo de cerca a su marido —, vamos adentro y deja a los chicos en paz.

— ¡¿De quién es esta almohada, Antonio?! ¡Respóndeme!

Antonio se levantó, mientras Leo miraba la escena desde su cama, con el rostro pálido y las manos temblorosas.

— Todo es tuyo y de mi tía.

— ¡Eso! ¡Eso es lo que yo quería escuchar, Antonio! Y me alegra que lo tengas tan claro, porque todo, todo lo que hay en ésta casa me pertenece a mí y a mi familia; y tú me lo debes. Dicho de otro modo, tú aquí no tienes nada, vives porque me da la gana de aceptarte en ésta casa, y el día que me canse, ¡te sacaré de aquí con tus trapos a la maldita calle! — Agarró una camiseta y unos calcetines de Antonio que estaban sobre una silla y se los lanzó a la cara —. ¿Has entendido?

Y no, Antonio no entendía nada de lo que estaba ocurriendo, y aunque en ese momento volvió sentir que la rabia se apoderaba de

él, la mirada aterrorizada de su primo Leo le hizo recuperar algo de calma.

Norberto se dio vuelta, colocó sus manos en la cintura y miró de frente a su mujer con esa risita de burla que usualmente le dedicaba:

—¿Lo ves, Beatriz? Antonio sí lo entiende. Ahora sólo falta que lo entiendas tú...

Ella se sonó la nariz, se secó las lágrimas y luego dijo:

—Discúlpame, Norber... tienes razón. He sido injusta contigo. Chicos vuelvan a la cama.

La puerta se cerró.

Leo y Antonio se quedaron en silencio.

La atmosfera del cuarto se sentía tan pesada como una losa. Antonio suspiró y dijo:

—¡Te juro que no entendí nada!

—Yo sí —respondió Leo—, pero me da vergüenza explicártelo...

—Anda, dímelo por favor. Porque de lo contrario estaré dando vueltas en la cama toda la noche, con el estómago hecho polvo.

—Es por tu dinero.

—¿Mi dinero? ¡Es verdad! ¡Mi mamá! No se lo he preguntado. Tres meses sin enviar el dinero. Mañana mismo...

—No, Antonio, espera, no lo entiendes. Ésta tarde cuando aún no habías vuelto de la natación, discutieron. Mi mamá llegó de la oficina y le dijo que por la mañana había hablado con mi tía... o sea, con tu mamá, por lo del dinero y eso...

—¿Y?

—Y tu mamá le dijo que hace tres meses mi papá la llamó por teléfono y le dijo que a partir de esa fecha la transferencia la tendría que hacer a su cuenta, porque él es quien maneja el dinero en casa.

—Y eso quiere decir que...

—Que mi papá se ha estado gastando el dinero que mi tía envía para ti. Y mi mamá no lo sabía.

—Vaya...

—Y mi mamá dice que no tiene para pagar la mensualidad de tu colegio, ni las clases de natación.

—Ya. Ya entendí. Y tu padre sugiere *cordialmente* que ya es hora de que me vaya de ésta casa.

—No le hagas caso, Antonio, ya lo conoces. Mi papá es...

—¿Es qué?

Leo se quedó pensando unos segundos, y con la voz entrecortada respondió:

—Creo que mi papá es alguien a quien no quiero parecerme nunca.

14.

Hay mentiras que nacen, se alimentan y se vuelven obesas. Hay mentiras tan grandes que ocupan demasiado espacio e impiden que pase la luz. Y el oxígeno.

Cecilia, Vera y Renata tomaron distancia de Lucía. Al principio quisieron apoyarla; pero cuando la directora del colegio las enfrentó para saber quién era la culpable de lo ocurrido, ellas percibieron el riesgo y eligieron el silencio. No se delataron, no se culparon, sólo callaron.

Y callar la verdad siempre ayuda a engordar la mentira.

Lucía aceptó el silencio de sus amigas. Pero *aceptar* no significa *perdonar*.

Álvaro Herreros tampoco admitió que él hubiera reenviado masivamente la fotografía. "Sólo la envié desde mi teléfono a mi correo electrónico... luego no sé qué pasó. Alguien debió haber *hackeado* mi cuenta".

La psicóloga del colegio, que era precisamente la hermana menor de la directora, afinó su gesto de benevolencia y en la primera charla con Lucía le dijo con fingido tono maternal:

—Puedes confiar en mí, sólo quiero ayudarte.

—Yo no hice nada. Yo no soy la culpable.

—No te estoy culpando, Lucía, sólo quiero que charlemos. He dejado pasar unas semanas para que te encuentres menos presionada. Te haré unas pruebas y hablaremos como dos buenas amigas. Quiero saber un poquito de tu familia, de tus padres, me hablaras de si tienes novio y esas cosas. Ya sabes... como dos buenas amigas, quiero que compartas conmigo tus secretos.

—Yo no quiero hablar. Sólo quiero olvidar lo que ha pasado. No creo que esto sea necesario.

—Sí lo es, Lucía. Debo entregar un informe psicológico para adjuntarlo a tu expediente y para eso necesito tu colaboración. No tienes que sentirte incómoda, ya te he dicho que será un diálogo entre amigas. Yo sólo quiero tu bienestar. Para eso estoy aquí.

La psicóloga entornó las cejas y tomó de las dos manos a Lucía tratando de granjearse su confianza.

—Lo primero que te pediré es que escribas en una cuartilla o dos todo lo que pienses o sientas con respecto a tus padres. Sí, todo; comencemos con tu papá, puedes poner una sola palabra, como *rabia*, *decepción*, *desprecio*, o puedes usar frases cortas, como *odio que se me acerque* o *no me gusta cómo me mira*. Además, quiero que me comentes qué tipo de problemas se suscitan en tu casa, peleas, discusiones. Escribe aquí sobre tu madre, si sientes que ella hace algo mal, si piensas que es demasiado nerviosa, explosiva, depresiva, si sientes que ella atenta contra tu felicidad.

Lucía escuchó esas palabras, *desprecio*, *odio*, *no me gusta cómo me mira...*, y sintió que la pegajosa telaraña en la que había caído era mucho más tupida de lo que había imaginado. El disfraz bondadoso y comprensivo de la psicóloga era demasiado evidente, incluso para Lucía que hasta hacía poco tiempo había demostrado su habitual tendencia a creer en la buena fe de las personas. Vio en esa mujer de voz dulzona a un ave carroñera revoloteando a la espera de encontrar cualquier pellejo en el cuerpo herido de Lucía, para tirar y comenzar a despedazar. Había que encontrar culpables para salvar al colegio. Esos culpables ya habían sido elegidos: Lucía y su familia. El informe utilizaría palabras complicadas y términos técnicos para confirmarlo.

Lucía tomó el papel de la mesa, se levantó y sólo dijo:

—Deme unos días, por favor, quiero pensarlo muy bien y responder con detalle.

Se dio media vuelta, y sin dejar que la psicóloga hiciera el menor ademán para retenerla salió como un relámpago.

Al llegar al salón encontró un mensaje en su cuaderno. No era un mensaje que pudiera romper porque estaba escrito en la portada con letras gruesas en tinta negra:

NO ENGAÑAS A NADIE CON TU CARA DE MOSCA MUERTA.
BÚSCAME, TE CONVIENE HABLAR CONMIGO. A. H.

Sin pensarlo, Lucía lanzó el cuaderno al piso y sintió que le fallaban las fuerzas. ¿Cuánto tiempo más seguirían martirizándola?

La maestra que acababa de ingresar al salón, vio el cuaderno en la mitad del pasillo y lo recogió.

—¿Y esto? —preguntó al echar un vistazo a la cubierta.

Lucía, con los ojos a punto de desbordársele, respondió:

—No lo sé, alguien que ha...

—¿Alguien? ¿O tú misma?

—¿Perdón?

—Mira, Lucía, no voy a meter mis narices en esto. Pero me he enterado de lo que has hecho, eso de enviar tu foto y querer culpar a los demás... Ahora no sigas con éste juego, porque ya nadie te cree. Si quieres llamar la atención, hay formas más inteligentes y dignas para hacerlo.

Lucía calló. No tenía sentido decir nada más. La batalla estaba perdida.

Al salir del colegio prefirió ir caminando. "Dile a mamá que la psicóloga me ha pedido que pase por su despacho", le dijo a su hermana, Bárbara, y espero a que el patio quedará vacío. Sólo entonces tomó su bolso y caminó rumbo a cualquier parte.

Una cuadra más allá, y para su mala suerte, estaba Álvaro Herreros acompañado por dos amigos. Lucía cruzó la acera y ellos hicieron lo mismo. Escapar le resultó imposible, los tres la cercaron y la condujeron a un costado del colegio, donde la circulación de vehículos y gente era mínima.

—Tranquila, Lucía, sólo quiero ayudarte —dijo Herrero mientras sus amigos le cerraban el paso—. Ya te dije que te conviene hablar conmigo. Sé por lo que estás pasando y creo que tengo una buena idea para que recuperes la tranquilidad... ¿Hablamos?

15.

La tía Beatriz hablo en el colegio para pedir que la esperaran hasta que pudiera ponerse al día con las mensualidades retrasadas. Inventó como pretexto ante el director un problema de salud: "Es mi marido, ¿sabe?, él es un importante escritor y por su postura al trabajar tiene serios problemas de columna. Se ha tenido que operar y usted ya se imaginara los gastos... para qué le digo".

El director cedió a regañadientes, y puso un plazo; quizás intuyó que todo era mentira (lo de "importante escritor" y lo de la operación de la columna). Pero para hacer sentir su poder excluyó la natación de su *comprendida* decisión. Antonio quedaría fuera de los entrenamientos hasta que volviera a pagar.

Beatriz miró a su sobrino aquella tarde, ya de vuelta en casa y sentados en la cocina, le dijo:

—Por favor, no se lo digas a tu madre. Tendrás que ser paciente porque no podré darte dinero para tus gastos.

—Sí, tía. No te preocupes.

—Y no se te ocurra mirar con malos ojos a Norberto, ¿eh? Que he estado analizando la situación y él tiene razón. Ha sido muy generoso contigo, ¡te lo ha dado todo! ¡Lo mismo que ha Leo! Deberías estar agradecido y calladito —al decir la última palabra hizo el ademán de sellar sus labios como si de una cremallera imaginaria se tratara.

— ...

—Que yo no te saco en cara nada, Antonio, pero es bueno recordar a quiénes le debemos lo que somos y lo que tenemos. Y tú le debes mucho a Norberto. Es un ejemplo para ti. Es el padre que nunca tuviste. Porque ese irresponsable que fue tu padre... bueno, se echó a correr tan pronto supo que venías en camino. ¡Vaya padre que te consiguió mi hermana! Hasta las sandalias de la playa le duraron más que el marido.

— Mejor no hablemos de eso, tía...

— Y yo se lo dije a Alba. ¡Ese hombre no te conviene! Pero tu madre siempre ha sido una cabeza dura. Siempre ha hecho lo que le ha dado la gana. Ha sido una irresponsable y ha vivido como si la vida fuera una parranda...

Antonio sintió que la sangre le subía a la cabeza. No podía resistir que ofendieran a su madre.

— Eso no es cierto, tía. Mi madre no es una irresponsable.

— ¡Claro que lo es! ¡A mí me lo vas a decir! A mí, que siempre he tenido que apagarle los incendios.

— Ella trabaja muy duro, lo ha hecho siempre.

— Sí, claro... Si trabajara tan duro ya habría ahorrado el dinero para venir por ti. Pero han pasado cuatro años y nada, y es que ella está muy tranquila y cómoda en su casa en Madrid, mientras yo tengo que vérmelas. Y no te lo estoy sacando en cara, ¿eh?, pero así para cualquiera es fácil tener un hijo: lo tienes, lo abandonas y que lo cuide la primera tonta que aparezca. Y yo, francamente, yo estoy cansada de ser esa tonta. ¡Estoy harta, har-ta!

— Lo siento...

— Sí, Antonio, me imagino que no te gusta escuchar esto, pero es así. Y yo te quiero mucho porque eres mi sobrino, pero es que sólo tengo problemas, problemas y problemas. No tengo un día en paz. Hay días, como éste, en que lo único que quiero es que me dejen tranquila, sólo quiero ¡mandarlo todo al mismísimo demonio!

Antonio no pudo más. Se dio media vuelta, agarró su mochila y dijo:

— Mándalo entonces...

Y salió corriendo.

Lo último que escuchó gritar a su tía fue:

— ¡No me dejes con la palabra en la boca!

Cruzó la puerta que daba a la calle, sintió el viento helado, pero no se detuvo. Corrió con todas sus fuerzas mientras la lluvia le golpeaba la frente.

Corrió, y habría querido no detenerse nunca.

¡Cuánto echó de menos la patineta! En ella había podido volar.

Cuando las fuerzas lo vencieron avanzó a paso lento. Recordó el cuento de Hansel y Gretel, ese que le había leído tantas veces su mamá, antes de dormir, cuando era niño. Recordó la angustia que le provocaba saber que los pájaros del bosque se habían comido las migas de pan que servían para que los niños reconocieran el camino de vuelta a casa.

Pensó en ese cuento y por primera vez en su vida quiso que todas las aves del mundo borrarán su camino. Que nada ni nadie le permitiera volver a casa. Quiso olvidar su historia, su soledad, su dependencia. Quiso olvidar ese lugar en el que tantas veces le habían repetido que nada ahí le pertenecía.

Decidió enumerar las razones que lo obligarían a volver y no encontró ninguna. No le importaba la ropa, ni los libros del colegio, ni la computadora, ni nada.

—Nada me ata. Nadie me espera —dijo casi aliviado por la sensación de libertad que esa certeza le daba, y entonces un nombre vino a su mente:

Leo.

Leo, cabeza de mandarina.

Leo, sonrisa de tenedor.

Leo, renacuajo.

—Mi primo Leo —pronunció en voz bajita, convencido de lo mucho que ese nombre significaba para él.

En ese momento el timbre de mensaje de su teléfono sonó. Era su madre que le pedía las tres palabras que contaran su día. Antonio no pensó demasiado. Como ya lo había hecho otra vez, mintió casi mecánicamente: *colegio, amigos, piscina*.

Looking the stars

Y al otro lado del mundo, Alba se fue a dormir aliviada de saber que su hijo se encontraba bien.

16.

Cuando Lucía llegó a casa por la tarde se tumbó en la cama. Quiso llorar pero no pudo. Incluso las lágrimas pierden fuerza, se cansan y un día se rehúsan a salir.

—La solución es sencilla —le había dicho Herreros acompañado de sus amigos—. Los tres nos encargaremos de protegerte, de que nadie vuelva a decir nada en tu contra. Seremos tus guardaespaldas en el colegio. Le romperemos la cara a cualquiera que se burle o te ofenda.

—¿A cambio de qué? —preguntó Lucía con un hilito de voz.

—A cambio de nada, ¿verdad, muchachos? —los otros dos asintieron—. O, bueno, a cambio de algo que tú sin presión y voluntariamente harías y que, de verdad, no te costaría nada.

—Habla.

—Es muy sencillo, Lucía. La próxima semana mis papás saldrán de viaje y había pensado en hacer una pequeña reunión de amigos en mi casa. Estaremos sólo los cuatro. Tú serás nuestra única invitada. Lo que queremos es que ese viernes vayas y estés dispuesta a... disfrutar, a relajarte y *a pasarlo bien con nosotros* —al pronunciar ésta última frase Herreros acarició con su dedo la mejilla de Lucía y volvió a soltar su risita irónica.

Lucía sentía que el corazón le latía con fuerza.

Quizá por el miedo, quizá por la indignación, o por las dos cosas juntas.

—¿Pasarlo bien?

—Sí, sólo eso. Divertirnos, escuchar música, tomar algo, ya sabes... dejar que pase cualquier cosa.

—¿Y qué pasa si digo que no?

Herreros la miró y borró su risita de inmediato. La sujetó de la muñeca y respondió:

—Ese sería un grave error, Lucía Faicón. Muy grave. Piénsalo y me avisas, ¿de acuerdo?

De cara contra la almohada, en su cuarto, Lucía no podía comprender cómo había caído en ese agujero tan profundo. Pero lo que más le sorprendía era su incapacidad absoluta para defenderse, para sostener y exhibir la verdad. No tenía idea de cómo hacerlo, ni siquiera sabía si merecía la pena. Los caminos se cerraban. No había escapatoria.

Eran las tres de una tarde gris.

El tono de mensaje de su teléfono sonó, vio la pantalla y ahí leyó el nombre de Álvaro. Lo abrió y sintió que le temblaban las manos. Él ratificaba su propuesta: "Si quieres vivir en paz en el colegio, ya sabes lo que tienes que hacer... un poco de diversión en mi casa, te aseguro que te va a gustar". Lucía apagó el teléfono y no quiso pensar más.

Se acercó a la ventana y desde ahí vio a la vecina que, presurosa, trataba de salvar de la lluvia la ropa colgada en los cordeles. No tuvo suerte y parte de la ropa se mojó.

—Eso a ti no te ocurriría jamás —le dijo a la abuela al sentir su presencia impalpable.

—¿Eso qué?

—¡La ropa! Un minuto antes de que la lluvia cayera, tú ya lo habías guardado todo en la cesta de ropa limpia. ¿Cómo lo hacías?

La anciana sonrió con picardía y respondió:

—La lluvia siempre se anuncia. Yo sólo intentaba estar atenta a las señales, sólo eso.

—¿Señales?

—Si estás atenta, si abres bien los ojos y los oídos, descubrirás las señales de aviso.

—¿De la lluvia?

—De la lluvia, del amor, de la traición, de la noche, del nuevo día, del canalla y del amigo.

—No entiendo.

Pero la abuela ya no dijo nada más. Respiró hondo para recuperar los últimos recuerdos de su aroma, cerró los ojos y pidió:

—Llévame contigo, anda. Ya no quiero estar aquí...

Agarró el bolso y los hilos, y salió rumbo al taller. La parada del autobús estaba repleta.

Las puertas se abrieron y las personas que esperaban subieron a trompicones. Imposible encontrar un asiento libre. Lucía intentó quedarse junto a la puerta, porque el ambiente denso y húmedo de la cabina sólo encontraba alivio durante unos segundos cuando ésta se volvía a abrir para recibir a nuevos pasajeros, pero el ayudante del conductor decía con voz cansina: "¡Hacia atrás, hacia atrás, al fondo hay sitio!", y casi sin darse cuenta Lucía fue desplazándose con el resto de los pasajeros apiñados hacia al fondo. Llevaba los audífonos puestos y el libro de siempre apretado al pecho. A través de la ventana miraba sin mirar.

Antonio, que sin darse cuenta se había subido en la misma parada, al fin logró dejar de lado las migas de pan que se acumulaban en su cabeza y la vio.

Les separaba dos metros, un señor gordo, una monja, un adolescente con *piercings*, una señora despeinada y un niño llorón.

Antonio la vio a través de un resquicio, casi mágico, que lograba abrirse entre el tumulto.

La vio como si la vida le regalara por un instante el ojo de una cerradura para observarla sin que ella fuera consciente de su presencia.

Tenía la cabeza pegada a la ventana y un mechón de cabello le caía sobre la mejilla. Los ojos apagados. La boca ligeramente abierta. El libro apretado a su pecho. Y ese gesto de tristeza que no había cambiado desde la primera vez que la vio.

La gente se movía naturalmente y Antonio no dejaba que la imagen de Lucía se le escapara de la retina. La perseguía en silencio como un cazador. La señora despeinada se movía con inquietud, parecía que no se decidía a bajar en la siguiente parada. "No se mueva, señora", le habría gustado pedir. ¡Que no se mueva el mundo! ¡Que el tiempo se congele!

Entonces recordó la promesa que le había hecho a Leo: una foto.

Pero esa promesa fue sólo un pretexto; guardar una foto de Lucía era para Antonio, en ese momento, como las miguitas de pan que le permitirían encontrar el camino de vuelta a sí mismo, cuando las circunstancias lo aventaran al vacío.

"Todos necesitamos un salvavidas para el alma", solía decir su madre y le mostraba una foto que ella guardaba en su billetera. En ella aparecían Alba, a los 18 años, y Antonio, cuando apenas era un bebé: "Cuando me siento hecha polvo, miró ésta imagen nuestra y todo vuelve a cobrar sentido".

Antonio sacó su celular del bolsillo y con disimulo hizo la primera foto. Un desastre. No se veía nada. Bueno, sí, en realidad se veía a un niño llorón y a media monja.

Eligió rápidamente otro encuadre, aplicó el máximo acercamiento que le permitía esa lente y en medio del movimiento y los frenazos presionó el botón. Bueno... algo mejor.

Luego vino el tercer intento, ese no quedó tan mal. Ahí se veía el perfil de ella, aunque ligeramente borroso. Su mano retiraba un mechón de pelo y sus ojos miraban algo que quizá no existía en realidad.

"¡Hacia atrás, hacia atrás, al fondo hay sitio!", seguía diciendo el ayudante del conductor, y la gente seguía apretujándose en esa lata de sardina con ruedas.

Hasta que en un momento Antonio se dio cuenta que Lucía se preparaba para bajar en la siguiente estación; y no lo pensó dos veces, la acompañaría sin que ella lo notara.

Ya no había entrenamiento, ni piscina, ni vuelta a casa. Se bajó y decidió que recorrería el camino de ella. La acompañaría con gratitud, porque le había salvado la tarde.

La lluvia, la bruma y su propia sensación de pequeñez lo ayudaron a pasar inadvertido.

Caminó.

Y caminó.

Y caminó.

— ¿Qué deseas?

— ¿Yo?

— Sí, tú. ¿Necesitas algo?

— ...

17.

Antonio miró a la mujer que tenía delante y no supo qué decir. Ella sonrió, movió su cabeza hacia un lado y volvió a preguntar:

—¿Necesitas algo? ¿Buscas a alguien? Los de la clase anterior ya salieron y no queda nadie.

Antonio echó un vistazo a su alrededor y se dio cuenta de que no tenía cómo explicar el hecho de que estuviera ahí, parado como un tonto y con la ropa mojada por la lluvia.

Se vio reflejado en un espejo con un extraño marco hecho con tapas de gaseosas, y la imagen que ahí encontró le resultó inquietante.

—Usted debe pensar que estoy loco o que he entrado a robar.

—Lo primero no me preocupa. Y lo segundo no me lo creo. Sería muy tonto de tu parte entrar a robar a un taller como éste. ¡Qué botín tan raro te llevarías de aquí!: unos hilos de colores, botellas recicladas, velas decorativas, pedazos de madera, tacitas de cerámica...

—No sabía que era un taller.

—¿Estás buscando alguna dirección?

Antonio titubeó. ¿Cómo explicarle a esa señora de vestido amarillo (escandalosamente amarillo, a decir verdad) que se había bajado del autobús para seguir las huellas tristes de una chica de cabello largo? ¿Cómo decirle que la única razón de aquella tarde extraña se llamaba Lucía?

—Sí, bueno, estoy buscando la oficina de... de una persona, pero creo que me he confundido.

—Si me dices la dirección podría ayudarte.

—Ah, sí... es en esta avenida, en el número 388.

—Bueno, estás en problemas porque estamos en la segunda cuadra, éste es el número 26. Si vas caminando vas a tardar muchísimo... y parece que va a llover de nuevo.

—Vaya, entonces no podré llegar.

De un vistazo Delfina se dio cuenta de que Antonio era un ser inofensivo. No entendía bien la razón por la que había llegado ahí, pero su olfato le decía que no había nada que temer.

—Si tuviera un paraguas extra te lo prestaría, pero no lo tengo. Puedes quedarte hasta que escampe. Si te aburres puedes entrar a mi clase. Sólo tengo una alumna y no creo que a Lucía le moleste...

Antonio escuchó el nombre y se apresuró a contestar:

—¡Sí! ¡Me gustaría!

—Pero, ¿no quisieras saber de qué es la clase?

—¡No es necesario! Siempre me han gustado los talleres. Creo que soy bueno para eso de... ya sabe... hacer talleres y esas cosas.

En ese punto Delfina no necesita indagar más; experta como era en materia de hilos, fue atando cabos y lo entendió todo. Ese muchacho estaba ahí porque la lluvia siempre tiene sus razones.

—Pero no tengo dinero, y supongo que esto tiene un costo.

—Sí, claro que tiene un costo. Pero digamos que ésta es una clase de prueba para saber si te gusta. Mañana, si quieres continuar, te contaré cuánto cuesta, cuánto dura y de qué manera puedes pagar, ¿de acuerdo?

Y al rato Delfina y el nuevo alumno entraron en la sala. Antonio temblaba, y no precisamente de frío.

Ahí dentro, sentada y acomodando unos hilos sobre una almohadilla, estaba Lucía.

—Tenemos un nuevo compañero —dijo Delfina entusiasta.

Pero Lucía sólo levantó la mirada por un segundo, no dijo nada y volvió a lo suyo.

— ¿Cómo te llamas? —preguntó Delfina.

— Antonio.

— Bien, Antonio te presento a Lucía.

— Hola — dijo él.

— Hola — respondió ella sin mirarlo.

Y ante el silencio incómodo que viene después de un *hola* al que no se le ponen alas, el tintineo de las pulseras y de los collares de Delfina fue el encargado de interrumpir.

— Yo soy la instructora. Aquí hay sólo dos normas... pero como ésta es una clase de prueba no te voy a soltar tanta lata. Ah, me llamo Delfina. Siéntate, elige tus materiales y comienza con tu trabajo. ¿Alguna pregunta?

Antonio intentó que Lucía no lo escuchara y mirando a la instructora, dijo:

— Eh... sí, tengo una pregunta. ¿Qué se supone que voy a hacer aquí?

Delfina soltó una carcajada. Había dado por hecho que lo último que le importaba a ese muchacho era si el taller era de galletas de anís o de fabricación de naves espaciales.

— ¡Tienes razón! Éste taller es para aprender a hacer joyas *hippies* y *bijouterie* étnica, ¿te gusta?

Antonio se quedó en blanco; ni siquiera entendió el nombre del taller, pero sin pensarlo respondió:

— ¡Me encanta! Siempre he tenido la vocación para hacer... eso.

Y al rato Delfina le entregó uno hilos, una almohadilla, un gancho y un muestrario con diseños.

— ¿Te gustan los nudos, Antonio?

Y él sintió que tenía la lengua llena de nudos.

18.

Un día, cuando Antonio era todavía un niño pequeño, Alba y él estaban sentados en la cocina, desayunando.

Alba tomó un trozo de pan y lo convirtió en miguitas que iban desde su sitio hasta el de su hijo.

— ¿Sabes, Antonio? Los caminos se hicieron para llevarnos a casa, donde están las personas que queremos... como en el cuento.

Luego Alba siguió creando otros caminos rectos y sinuosos hasta distintos lugares de la mesa redonda. Algunos de esos caminos iban en paralelo y luego daban giros para cruzarse unos con otros. Antonio lo veía todo con fascinación.

— ¿Qué haces, ma?

— Espera...

Alba se levantó, desapareció de la cocina y en segundos regresó con un montón de objetos. Colocó un portarretratos de la familia en un lugar de la mesa, una caracola marina en otro, un pequeño sacapuntas en forma de globo terráqueo, una torre Eiffel de metal que una amiga le regaló cuando volvió de París... y cuando tuvo todo eso sobre la mesa, miró a su hijo y con una gran sonrisa concluyó:

— Lo mejor de los caminos, Antonio, no es sólo que te llevan de un lugar a otro. Lo mejor de los caminos es que se cruzan unos con otros. El tuyo se cruzó con el mío cuando naciste... ¡y eso ha sido lo mejor de la vida! ¿Te imaginas todo lo que te espera cuando tu camino comience a cruzarse con otros lugares y con otras personas que le hagan bien a tu corazón?

Antonio levantó la vista, miró a Lucía y recordó las palabras de su madre. Horas antes él había salido de casa de su tía Beatriz con la certeza de no pertenecer a ningún lugar y sin saber adónde ir, y de

pronto, sin imaginarlo, su camino se había cruzado con el de Lucía. Algo muy dentro le decía que eso le haría bien a su corazón.

—Esto es como la vida —le dijo Delfina cuando intentaba enseñarle a Antonio la técnica para hacer pulseras con hilos—, todos pensamos que las cosas son ordenadas y que siguen una lógica, pero de pronto ¡zas! aparecen los nudos. En la vida, ya lo verás Antonio, los nudos son inevitables, y todo depende de qué sentido le darás a cada uno de ellos. Yo sólo te puedo dar estas recomendaciones —para la vida y para las pulseras, ¿eh?—: no tengas miedo de sujetar los hilos, no aprietes demasiado, elige bien los colores, deja que cada nudo se vaya colocando en su sitio y... ¡buena suerte!

Y así Antonio se vio sentado frente a ocho hebras de hilo, y sintió el mismo pánico que si hubiera tenido adelante ocho serpientes venenosas. ¡No tenía idea de cómo se libraría del ridículo!

Lucía lo miró de reojo, más por curiosidad que por interés, y enseguida continuó en silencio con lo suyo.

De vez en cuando Delfina se acercaba a cada uno y daba una instrucción o una opinión. Bueno... en el caso de Lucía eran instrucciones y opiniones. Pero en el caso de Antonio eran frases cuidadosamente elegidas, para no dinamitar su moral.

—¿Qué tal? —preguntó él, mostrando su trabajo.

Delfina respiró profundamente y entonces respondió:

—Bueno... es normal que al inicio la técnica aún se te resista, sobre todo porque la dificultad en la presión de cada uno está provocando una ausencia de homogeneidad en el diseño.

—O sea, dicho de otra forma, un asco, ¿verdad?

Delfina rio y dijo:

—La verdad, está horrible. Pero casi siempre la primera pulsera de nudos sale mal. Fíjate en la de tu compañera. Lucía, muéstrale esa pulsera que hiciste el primer día.

Lucía extendió la muñeca y la mostró con desgano.

—¿Lo ves? A Lucía tampoco le salió bien el primer día, y luego de dos semanas está haciendo sus propios diseños y le quedan fenomenales. Todo es cuestión de ser paciente y dejar que los nudos nos vayan enseñando cómo debemos trabajar con ellos. Toma otro juego de hilos y vuelve a intentar, anda.

Antonio vio a Lucía y sintió que el corazón se le salía del pecho. Luego miró a Delfina y le contestó:

—Ser paciente... sí, yo puedo hacer eso, puedo esperar el tiempo que sea necesario. No hay prisa.

Al volver a su sitio decidió romper el hielo con una frase que demostrará interés. Se dirigió a Lucía y le dijo:

—Tu pulsera tiene unos nudos muy interesantes, creo que son los mejores nudos que he visto.

Apenas pronunció "nudos muy interesantes", él mismo se dio cuenta de que en su faceta de galán conquistador todavía no había afinado la técnica. Las palabras le quedaban igual de caóticas y de ridículas que sus pulseras.

Lucía se levantó, contestó con una mueca que Antonio no supo interpretar si significaba "muchas gracias" o "cállate, idiota", y le dijo a Delfina:

—Voy por un café.

—Lo siento —dijo Antonio cuando se quedó a solas con la instructora—, no quise molestar.

—No te preocupes. Estoy segura de que no se ha molestado. Lucía es así, silenciosa y tímida. Todos tenemos nuestros propios nudos...

—Delfina, hay algo que debo decirle.

—No me trates de usted o te anudaré las pestañas.

—¿Perdón?

—Que es broma, no me trates de usted y cuéntame...

—Aprovecho que estamos solos porque he estado pensando en que, aunque le parecerá, perdón, aunque te parecerá que soy muy malo para lo de las pulseras, creo que me gusta mucho hacer esto. Y de verdad me gustaría continuar con el taller pero ahora mismo no tengo dinero, y quería pedirte, por favor, si tú me podrías esperar uno días...

—Pero ni siquiera sabes cuánto cuesta...

—Ya pero cueste lo que cueste, ahora no tengo el dinero, y quisiera seguir viniendo a las clases.

Delfina se quitó sus anteojos con marco de estilo felino, se acercó hasta el sitio de Antonio, lo señaló con un dedo índice y le dijo en voz bajita:

—Sé exactamente por qué estás aquí. Sé que las pulseras te importan un rábano. Y sé que ni con un trasplante de dedos podrías aprender a hacer nudos homogéneos.

—¿Y por qué me dejaste entrar?

Delfina suspiró:

—Porque vi tu cara.

—¿Y qué tiene mi cara? ¿Tengo cara de sentir frío?

—No, Antonio. Tienes cara de sentirte solo.

19.

Cada mañana, cuando Lucía llegaba al colegio, repetía mentalmente: "Hoy todo irá bien, todo irá bien, nadie se meterá conmigo, hoy me dejarán en paz".

Aquel día, Bárbara y ella caminaron juntas hasta el patio central; ese era el punto en el que se separaban y cada una iba a su salón.

— ¿Estarás bien, Lu?

— Sí, no te preocupes.

— Si me necesitas, me buscas.

— ¡Claro que sí!

Lucía caminó mirando al piso, contó los pasos, setenta y siete, "todo irá bien", setenta y ocho, "ya falta poco", setenta y nueve.

Entonces escuchó una voz a cierta distancia:

— Hola, Lucía, acuérdate de lo que te pedí, ¿sí? Te he mandado algunos mensajes y no me has contestado.

Era Herreros; no necesitó mirarlo, el timbre ácido de su voz le sacudió los tímpanos. Lucía levantó la mano rápidamente para responder el saludo y así evitar un problema, aceleró el paso y avanzó hasta el salón de clases. Claro que había recibido sus mensajes ofensivos, claro que los había leído, pero no encontraba fuerzas ni palabras para responderle cuánto lo odiaba.

Al llegar dejó la mochila en el piso, se sentó y continuó con el ritual habitual de cada mañana: tocarse la espalda por si alguien le había colocado un mensaje sin que ella se hubiera dado cuenta; observar las paredes, la pizarra y el techo; revisar su mesa.

Ahí encontró un dibujo hecho con tinta azul. Era uno de esos dibujos como los que llenan las puertas y las paredes de los baños públicos. Vulgar y sin gracia. Lucía pasó la mano por la fórmica y fue borrándolo poco a poco sin llamar la atención.

Cuando creyó haber acabado con él, vio que tenía toda la mano manchada de azul. Una compañera que pasaba por ahí se rio al verla y le dijo:

— Esa mancha no se quita. Al menos no tan fácilmente.

Y Lucía sólo pudo responder:

— Ya lo sé...

Escondió la mano y sintió entonces que jamás podría librarse de esa mancha. Que por más esfuerzos que hiciera por olvidar siempre habría alguien dispuesto a recordarle lo ocurrido. Se miró a sí misma y se vio toda manchada, como si un bote de pintura hubiera caído sobre su cabeza.

Angustiada, comenzó a sacudirse, a intentar limpiarse, sacó una bufanda que llevaba en la mochila y con ella se restregó los brazos y la cara; en eso escuchó unas risitas que venían del fondo del salón, donde un grupo de compañeros estaban reunidos. Sintió que la miraban y se reían de ella.

Lucía se avergonzó y luego los miró con rabia. No pudo disimular. Se levantó, tomó fuerzas y gritó:

— ¡Ya basta!

Hubo silencio en el salón, aún faltaban diez minutos para que iniciara la primera hora de clases.

Los del grupo miraron a Lucía, y alguien tomó la palabra:

— ¿Y a ti qué mosca te picó?

— ¡Estoy cansada de sus risas y de sus comentarios!

Todos se miraron extrañados y una de sus compañeras le dijo:

— Yo creí que ti sólo se te caía la ropa... pero ahora veo que también se te ha caído un tornillo de la cabeza. ¡Estás loca, Lucía Faicón, lo-ca!

Cecilia, que también estaba en el grupo, dio un paso adelante y añadió:

—Y si tú estás cansada de nuestras risas, ¿has pensado que también nosotras estamos cansadas de que por tu culpa el resto del colegio piense que somos igual a ti?

Sin poder dar crédito a lo que estaba escuchando, Lucía dijo:

—Pero Cecilia, tú sabes... tú sí sabes...

—Claro que lo sé... Has querido embarrarnos a todos con tus tonterías. Eres tú la que deberías dejarnos en paz, Lucía. Desaparece, ¿sí?

Lucía se dio vuelta, se vio manchada de azul y salió corriendo al patio. Levantó su rostro, miró al cielo.

"Sólo tengo dos alternativas —pensó—: desaparecer o aceptar la oferta de Herreros".

Antonio llegó a casa luego de su primer día en el taller y pensó que nada ni nadie podrían quitarle la alegría de haber encontrado un camino para llegar hasta Lucía.

No la conocía, no sabía nada de ella, no tenía ni una sola prueba de que ella se hubiera fijado en él. Pero a Antonio no le importaba. Hay momentos en la vida en que ser correspondido no es tan importante como haber encontrado un buen pretexto para sentir.

Y Antonio estaba sintiendo algo que no se parecía a nada que hubiera experimentado antes.

Tenía el vértigo de cada vez que saltaba el trampolín para lanzarse a la piscina, pero tenía la calidez de los buenos recuerdos.

—No es amor —le dijo a Leo—, el amor necesita más argumentos.

—¿Entonces qué es?

—No lo sé... se parece a cuando alguien te ayuda en un examen horrible. Ese alguien te da la respuesta en una palabra, y tú sientes que te ha salvado la vida.

Looking the stars

— ¡Genial!

En ese momento Norberto, con la pipa en la mano, los interrumpió, se dirigió a Antonio y le dijo:

— ¿Dónde estabas?

— Por ahí.

— Por ahí no es un lugar...

— Bueno, he estado consultando si hay alguna piscina municipal por aquí cerca, para poder entrenar. Y... eso es todo. Me voy a la habitación.

— No, aguarda, Antonio, te estaba esperando porque quiero hablar contigo. Leonardo, vete a tu cuarto.

Se quedaron a solas y Antonio dijo:

— Dime...

— Se trata de tus gastos, del dinero que envía Alba y esas cosas. Para evitar inconvenientes se me ha ocurrido una idea magnífica.

— Te escucho...

Antonio conocía bien a Norberto, durante años había toreado sus ironías. Si él decía que tenía una idea magnífica, había que esperar lo peor.

Norberto aclaró la voz. Disimulaba tan mal su gesto de benevolencia que resultaba ofensivo.

— He tratado de ponerme en tus zapatos, Antonio. Vives aquí en mi casa, tu madre está lejos haciendo quién sabe qué cosa...

— Trabajando, Norberto...

— Sí, sí, claro, trabajando. Y cada mes envía un dinero para tus gastos. Pero resulta que he estado analizando algunos detalles y me he dado cuenta de que tú vives aquí como un rey. ¡Prácticamente en un hotel de cinco estrellas!

— ¿Adónde quieres llegar?

— ¡No te exaltes! Yo estoy muy contento porque se me ha ocurrido una idea brillante. Fíjate en éste papel, he sacado unos cuántos números de lo que cuesta tu manutención: el colegio, la natación, alimentos, ropa...

— Sí, Norberto, yo estoy agradecido contigo y con mi tía, pero todos esos gastos se cubren con lo que mi mamá envía...

— Aún no he terminado, Antonio. Todo eso lo paga tu mamá, es cierto, pero hay otras cosas que ella no paga, ni podrá pagar jamás.

— No entiendo.

— Te daré unos ejemplos: tú vives en una casa cómoda, limpia y segura. Duermes en una habitación con todo el confort. Te sientas en la mesa con mi familia y conmigo. Te rodeas de un ambiente intelectual que es lo que yo he querido contagiar a mi familia. ¿Te das cuenta, Antonio, de que eres un privilegiado?

— Ya, pero...

— Espera, que aún no termino y he hecho una larga lista: ves mi televisión, utilizas mi baño, tienes a tu disposición la refrigeradora todo el día, usas la energía eléctrica de mi casa, gastas la madera de mi piso, respiras mi aire... ¡y, todo eso, gratis! Y, bueno, no cuento lo intangible: nuestra permanente preocupación cuando no llegas pronto de la natación, las fiestas a la que a veces tenemos que llevarte, la falta de sueño hasta que regresas de esas fiestas, etcétera, etcétera. Por eso hoy me he puesto a pensar en lo mal que debes sentirte.

— Sí, me siento muy mal — confirmó con ironía Antonio.

— Si yo estuviera en tus zapatos lo llevaría fatal, Antonio. Sentiría que abuso permanentemente de la generosidad y la buena fe de esta familia. Y como pienso que esa no es una sensación saludable, creo que he encontrado una solución para que no te sientas culpable y comiences a compensar todo eso que mi familia y yo te hemos dado.

Antonio lo miró con odio. Norberto tenía una capacidad infinita para sorprenderlo siempre con un veneno más nocivo.

—Gracias por *ponerte en mis zapatos*.

—La idea que se me ha ocurrido, Antonio, es la siguiente: de hoy en adelante vas a tener que cumplir algunas tareas.

—¿Y cuáles son?

—Te las iré contando a medida que se me vayan ocurriendo, por ahora sólo tengo unas cuantas en mente. Ninguna logrará compensar todo lo que te entregamos, pero servirá para quitarte el cargo de conciencia.

—Ajá... mi cargo de conciencia. ¿Y qué quieres que haga?

—Nada complicado: colaborar en las tareas de la casa, arreglar el desván, lavar el auto, ayudar a tu tía en las compras del supermercado... cosas así.

—Está bien. ¿Ya me puedo ir a la habitación?

—No, espera, te tengo un trabajito sencillo para comenzar. Necesito que me ayudes a arreglar algunos documentos que tengo en mi estudio.

—¿Ahora?

—Sí, siéntate, no te tomará demasiado tiempo.

Antonio se sentó en el comedor y al rato Norberto llegó con una caja de cartón que volteó a la altura de su cabeza, desparramando sobre la mesa una montaña de papeles, fotos, cajas de cerillas vacías, revistas, e-mails con correspondencia retorcida que mantenía con distintas mujeres, periódicos con noticias macabras, restos de comida, recortes de mujeres con poca ropa, y mil objetos inútiles y desagradables. Luego trajo una segunda caja y una tercera.

Era un cerro de basura.

Evidentemente a Norberto no le interesaba el orden, sólo quería fastidiar a Antonio, humillarlo.

—Cómo ves, no es nada del otro mundo. Mañana te buscaré algo más. ¿De acuerdo?

El muchacho no respondió, sólo lo miró con frialdad, tratando de demostrarle cuánto lo despreciaba.

Como respuesta recibió la sonrisita de Norberto que, para cerrar con broche de oro, le dijo en voz baja acercándose a su oído, como si no quisiera que nadie en la casa escuchara:

— Ah... es posible que entre todos estos papeles encuentre fotos de tu mamá; esas me las guardas todas juntas, ¿sí?

En ese instante Beatriz llegó del trabajo y preguntó qué era todo ese desastre.

— ¿Te acuerdas de que te hablé de darle tareas a Antonio? A él le ha parecido una fantástica idea, ¿verdad? Comenzará ayudándome a poner en orden mi escritorio.

Beatriz miró a su sobrino y leyó en sus ojos su fastidio, pero a esa hora estaba tan cansada que no quería agregar ni un problema más a la larga lista que ya había tenido que soportar en su oficina. Dijo que le dolía la cabeza y, moviendo su cuerpo lentamente debido al cansancio, al sobrepeso y a los tacones, entró a la cocina en busca de un analgésico.

Antonio fue detrás de ella. Una dosis de solidaridad de parte de su tía no habría estado de más, pero no tuvo suerte. Beatriz, apoyada en el mesón de la cocina, puso una tableta efervescente de aspirina en un vaso de agua y sin siquiera mirarlo dijo:

— Tienes que entenderlo, lo hace por tu bien...

Antonio dio media vuelta, recogió en una gran bolsa todo lo que Norberto había dejado sobre la mesa del comedor y le dijo que durante la noche se dedicaría a organizarlo. Subió a la habitación furioso y ahí se encontró de nuevo con su primo Leo haciendo tareas.

Le habría gustado gritar, lanzar un golpe contra la pared, maldecir y dar un portazo. Pero Leo lo recibió con una sonrisa honesta y le dijo:

— ¿Y? ¿Tienes la foto de la chica del autobús?

Antonio lanzó la mochila y la bolsa al piso, agarró la almohada, se la puso contra su propio rostro, presionó y gritó con todas sus fuerzas. Luego se quitó la almohada y vio que su primo lo miraba con extrañeza.

—Sí, Leo, la tengo.

—¿Te pasa algo?

Habría podido responder que sí, que le pasaba algo muy grande, que estaba harto de todo, que no daba más. Pero pensó que la única persona que no se merecía que le arruinaran la tarde era precisamente Leo.

—No, no me pasa nada. Es sólo la emoción... por la foto.

—¡Y qué esperas! ¡Quiero verla!

Antonio sacó el celular de su bolsillo y se la mostró.

Leo dio vueltas al aparato hasta entender qué era lo que aparecía en esa imagen desenfocada.

—En realidad no se ve bien si es una nariz, una empanada, una pantufla o una chica. ¡Es una foto malísima!

Antonio la miró nuevamente, milímetro a milímetro, suspiró y casi mágicamente la calma volvió a su vida. El veneno de Norberto, la soledad y el cansancio fueron neutralizados. Suspiró y con la pantalla del teléfono muy cerca del rostro, dijo:

—No es una foto, Leo. Es un salvavidas. Créeme.

20.

Parecía como si hubiera construido una barrera con nudos de acero. Un obstáculo impenetrable. Lucía estaba lejos de todo y de todos.

Cualquiera habría pensado que era una pretenciosa, una chica como aquellas que van por la vida como si el mundo les oliera a basura, una mal educada y antipática niña bien. Y claro que sí, cabía la posibilidad de que así fuera, pero Antonio se resistía a creerlo, había algo en ella que se parecía más a la tristeza que a la indiferencia.

—No sé cuándo podré juntar el dinero para pagarte, pero de verdad quiero seguir asistiendo al taller —le dijo Antonio a Delfina en su segundo día de clases.

—¿Y tienes alguna idea de cómo podemos resolver éste asunto? —le preguntó Delfina, tan seria como si estuviera hablando ante la asamblea de las Naciones Unidas.

—Sí, he pensado en algo. Pero no sé si vas a estar de acuerdo. El costo del taller incluye materiales, ¿verdad?

—Sí.

—Bueno, Delfina, he pensado que yo podría hacer esas pulseras y venderlas en mi colegio. Con lo que yo cobre te pagaría la mensualidad y repondría los materiales, ¿qué te parece?

—¿Vender tus pulseras? ¿De verdad piensas que puedas venderla?

—Sí, Delfina, ¿por qué?

Delfina sonrió e intentando ser amable le dijo:

—Bueno es que todavía no dominas la técnica y las pulseras te quedaaaannnn...

—Horribles, ya sé.

—Bueno, digamos que aún no eres un experto.

Looking the stars

— Ya sé que soy malo para esto, y que convino los colores como un daltónico, pero...

— Pero ¿qué?

— Pero puedo decir a mi favor que lo horrible tiene un enorme mercado.

— Dame un ejemplo, Antonio...

— ¡Te doy mil!: la leche, Arjona, las Crocs, los estuches para los teléfono celulares, los programas de concursos, la flores de plástico, las alfombrilla para la tapa de baño...

— De acuerdo, de acuerdo, tienes razón. ¡Trato hecho!

Y así con ese curioso acuerdo, Antonio comenzó a asistir formalmente al taller municipal de artesanía y a diseñar pulseras que le quedaban, invariablemente, horribles.

Cada tarde coincidía en el autobús con Lucía. Siempre intentó aproximarse, saludarle, decirle algo. Pero Lucía, con los audífonos en las orejas y concentrada en su libro, marcaba una distancia de hielo. Antonio no se atrevía a interrumpir. Se conformaba entonces con mirarla.

Luego de la primera semana de clases Antonio sólo consiguió los *holas* y los *adiós* mínimos. Lucía no rompía ninguna de las barreras que había construido a su alrededor, llegaba al salón, se sentaba y comenzaba a anudar hilos en completo silencio. A veces se levantaba, le mostraba el trabajo al Delfina, le hacía algunas preguntas, y nada más.

Pero Antonio se daba por satisfecho con estar cerca de ella. Con mirarla y construir historias imposibles en su cabeza.

Delfina y él se la pasaban como cotorras. Hablaban de todo, desde el clima hasta las predicciones mayas sobre el fin del mundo. Desde los nuevo fichajes del Real Madrid hasta historia de extraterrestres.

Ambos miraban de reojo a Lucía, para ver si descubrían en ella un gesto, una ligera sonrisa o una muestra de molestia., cualquier

cosa que delatara que ella los estaba escuchando. Pero Lucía, ensimismada, sólo miraba sus nudos, movía los hilos delicadamente e iba formando hileras de colores como si en eso le fuera la vida.

Uno de los primeros días de clase compartida, Delfina le preguntó:

—Lucía, ¿y tú qué opinas?

Ella volteó, sacudió la cabeza y dijo:

—¿Qué opino de qué?

—De lo que dice Antonio, sobre el fin del mundo.

—Lo siento, no estaba escuchando; estaba concentrada, no sé, estaba pensando en otra cosa.

—¿Estás bien, Lucía?

Lucía movió su cabeza para responder que no, que no estaba bien ni lo estaría nunca más, y sin poderlo controlar se le llenaron los ojos de lágrimas. En su cabeza se repetían de manera incesante las palabras de Herreros: "Tienes que estar dispuesta a *pasarlo bien con nosotros*".

—¿Estás bien? —volvió a preguntar Delfina.

—Sí, lo siento, no me hagan caso.

Delfina se levantó, se acercó lentamente a su alumna, la sujeto de las manos con cariño y le dijo:

—A veces conviene pensar en otras cosas. A veces es bueno que alguien nos interrumpa, nos aleje de los nudos y nos lleva a otro planeta... O a tomar un café. Antonio, ¿nos invitas?

Y Antonio se levantó, rápido como un rayo.

Esa tarde, cuando Lucía salió del taller y se dirigía a su casa, recibió un mensaje de texto en su teléfono:

Looking the stars

"Es martes y aún no respondes. Te quedan tres días. Mis amigos y yo queremos divertirnos contigo".

Guardó el teléfono en el bolso y sintió que el frío le helaba los huesos. Antes de llegar cruzó la calle y pasó por el portal de la casa en la que había vivido la abuela y que ahora estaba abandonada. Su madre y sus tíos aún no se habían puesto de acuerdo sobre el destino que le darían al inmueble, que ya comenzaba a dar señales de desgastes.

Lucía conocía desde niña el truco para entrar aun cuando la puerta de hierro forjado estuviera cerrada. Si empujaba tres veces, el seguro saltaba y la puerta cedía automáticamente. Eso fue lo que hizo, rodeó la casa por el jardín y caminó hacia la parte trasera. Se acercó a una de las ventanas de la cocina, limpió el polvo y el agua con la mano, y miró hacia adentro: desorden, cajas en el piso, papeles y ropa arrumada en la mesa. Golpeó la ventana a sabiendas de que nadie respondería.

A la abuela le gustaban los pensamientos, esas flores de pétalos de terciopelo con una mancha oscura en el centro. "Son las flores del recuerdo", decía ella, y luego suspiraba.

Lucía vio las macetas y se dio cuenta de que estaban inundadas de agua de lluvia, los pensamientos se había convertido en ramas sin vida.

—Te llevaste las flores cuando te fuiste, abuela. Sabías que nadie las cuidaría como tú.

—Me llevé sólo algunas, pequeña. No vale la pena emprender un viaje con demasiados pensamientos.

Lucía siguió caminando sola por el jardín, rodeando la casa, hasta que dio con las escaleras metálicas, aquellas que subían por fuera hasta la chimenea.

Lentamente ascendió y recordó las muchísimas veces que su madre le había dicho que no lo hiciera, "que te puedes caer, Lucía, te lo estoy diciendo, ¡no quiero repetírtelo!".

Lucía sonrió, convencida de que la travesura no había perdido vigencia, se sujetó del pasamano herrumbroso y así, poco a poco, llegó hasta el tejado.

—¿Por qué no puedo subir, mamá? —preguntó en una ocasión, cuando era niña.

—¡Pero qué pregunta! Son más de diez metros de altura. No puedes subir porque te podrías caer.

—Y si me caigo, ¿qué?

—¡Ay, no, ni lo digas que me da escalofrío! Si te caes te puedes romper un hueso, o algo peor.

—Pero, entonces, ¿por qué la abuela sí puede subir y yo no?

—¡Porque la abuela es una irresponsable, Lucía, por eso! Ya le he dicho que un día de estos nos va a dar un susto.

Lucía se apoyó en un costado de la chimenea de cemento y puso sus pies sobre las tejas, que crujieron pero no se movieron del sitio. Pese a la bruma de la tarde descubrió que desde ese punto preciso se veía la casa del frente, su casa. Ahí estaba su habitación, su ventana con cortinas azules, su lámpara redonda. Lucía vio todo desde esa perspectiva y entonces se dio cuenta del truco secreto de la abuela: siempre había tenido un punto de mira privilegiado para ver a su nieta sin ser descubierta. Y cuando le decía: "Un pajarito me contó que anoche discutiste con tu mamá y te fuiste a la cama llorando", Lucía se quedaba perpleja y no entendía cómo era posible que la abuela lo supiera todo.

Vio la ventana de la habitación y por un instante quiso verse a sí misma desde lejos. Como en un sueño. Como en un desdoblamiento. Quiso ser la espectadora de su propia vida como si asistiera a una función de cine. Quiso saber que haría esa noche Lucía, que decisión tomaría, que le respondería al día siguiente a Herreros.

"Has algo, Lucía, por favor, sal y dime que ya tienes una solución", se dijo a sí misma mientras miraba hacia la ventana vacía de su cuarto.

En ese momento, el teléfono celular la interrumpió. Era su madre. Debía estar furiosa porque ya había tardado más de media hora en regresar del taller.

—Sí, mamá, estoy llegando.

Se incorporó y, al pisar las tejas estas volvieron a crujir y su pie resbaló en un espacio poblado de hongos y musgos. Fue un momento de terror. Lucía perdió estabilidad, el peso de su cuerpo cargó hacia el borde del tejado y sin entender cómo, en un microsegundo, su brazo reaccionó para salvarla de la caída. Como en un milagro, logró sujetarse del borde de cemento de la chimenea y volvió a afirmar sus pies. El corazón le latía aceleradamente. Miró hacia abajo. Más de diez metros.

"Y si me caigo, ¿qué? —Retumbó en su memoria—. Si me caigo, ¿qué?".

21.

Aquella tarde Antonio logró hablar con su madre. Fueron apenas cinco minutos de videoconferencia desde un café net que descubrió cerca de la parada de autobús. Era la promoción del día: un café, un croissant, y cinco minutos de conferencia, todo por dos dólares.

— ¿Estás bien?

— Sí, ma. ¿Tú?

— Bien, sí, trabajando mucho. ¿Cómo van el colegio y las cosas en casa de tu tía?

— Todo bajo control. No te preocupes.

— ¿La natación?

— Ahí sigo.

— Te veo guapo...

— Ya, eres mi mamá; si me dijeras lo contrario tendrías que pagarme una terapia psicológica.

— ¡Lo digo en serio!

— Mamá... ¿cuándo vas a volver? ¿Tienes algo en mente?

— Es lo único que tengo en mente, Antonio, he pensado que quizás en el verano. Aquí las cosas no van bien, la crisis, la gente lo está pasando muy mal, ya sabes... Y yo necesito dinero para poder regresar. De lo contrario esto no habrá valido la pena.

— Ven, ma. No importa si vienes con dinero o sin él, pero ya ven.

— ¿Estás bien? ¿Pasa algo, Antonio?

— Es que... ya quiero que vuelvas. No es fácil... esto no es fácil.

— ¡Dime qué está pasando!

—No pasa nada. No te preocupes. Es sólo que te echo de menos. Son cuatro años viéndote en una pantalla. ¡El tiempo se está terminando, esto se va a cerrar, ma!

Alba abrió sus grandes ojos, pegó la palma de su mano a la cámara y dijo:

—Acerca tu mano a la mía.

Antonio lo hizo, y antes de que Alba pudiera decir algo el sistema desconectó la llamada.

Ya en casa, Antonio subió a la habitación intentado no hacer ruido, lo último que quería era cruzarse con Norberto. Abrió la puerta y encontró junto a su cama un trapo.

—¿Y esto? —preguntó.

—Te lo ha dejado mi papá —le dijo Leo—, dice que cuando termines de ordenar sus papeles quiere que limpies el auto.

Antonio, rabioso, respiró profundamente.

—No te hagas malasangre, ya sabes cómo es mi papá, yo te ayudaré.

—No, déjalo, Leo, no es tan grave. Mañana me encargaré.

—Es que lo que te está haciendo...

—No me está haciendo nada. Él piensa que debo pagar algo por vivir en su casa y ésta es una manera de cobrármelo. Prefiero no deberle nada a nadie. Además, limpiar el auto no es tan complicado, ¿no?

Ambos permanecieron en silencio por unos minutos, y Antonio se dio cuenta de la falta que le hacía la natación. Su cuerpo pedía ejercicio, necesitaba descargar la energía contenida, la rabia acumulada, la frustración se convertía en una montaña más grande que la basura de los cajones privados de Norberto. Por su culpa había dejado de nadar, sus tentáculos perversos no sólo le

habían arrebatado la paz sino que también le habían robado su tiempo en el agua. Tiempo de placer, tiempo de llorar sin ser juzgado, para llevar su energía al límite, tiempo para desahogar tantas cosas que no comprendía, para reconciliarse y recolocar todo en su sitio.

El agua había sido su compañera desde los 12 años, desde que ese empujón al "niño nuevo del salón" puso al descubierto su vulnerabilidad, su soledad. Y en el agua Antonio descubrió su fuerza, y aprendió a sacar la cabeza en el momento preciso para recuperar el oxígeno. Pero Norberto le había robado sus tardes de natación y con eso Antonio se sentía como pez fuera del agua.

De pronto, Leo rompió el silencio. Se levantó, puso el seguro en la puerta de la habitación y se sentó en el piso junto a su primo, que seguía ordenando en carpetas de cartón los papeles de Norberto.

— Hazte a un lado que te voy a ayudar.

— No es necesario, Leo, de verdad.

— Mira, cacatúa, te voy a decir una cosa que he aprendido en mis 14 años de existencia y que forma parte de mi filosofía de vida.

— ¿14? ¡Cumpliste 13 hace dos meses, Aristóteles!

— Bueno, qué más da. ¿Te acuerdas de esa vez que mi mamá no pudo llevarme al ortodoncista para que me ajustara los *brackets*, y tú me acompañaste?

— ¡Claro que me acuerdo! En todo el camino de regreso fuiste maldiciendo a ortodoncista, a su enfermera y a todas las clínicas dentales del planeta. Incluso me pediste que rezáramos juntos para que los hijos, nietos y bisnietos del médico nacieran con los dientes de tiburón.

— ¡Exacto!

— ¿Y eso qué tiene que ver con tu filosofía de vida?

— Tiene que ver porque el dolor y el fastidio de que te remuevan los dientes es lo más horrible que existe, pero cuando te acompaña

alguien que te entiende y que te sigue la pelota, el dolor se vuelve menos desagradable.

—¿Y?

—Y yo sé que mi papá es tu ortodoncia, Antonio.

—...

—Y yo te quiero ayudar con ésta montaña de papeluchos. Así quizá te lo pasas menos mal.

Antonio sonrió y dijo:

—Gracias, renacuajo.

El miércoles por la mañana, Lucía y Herreros se encontraron en el colegio. Él sonrió, la observó lentamente de arriba abajo y le dijo:

—Hola, guapa, ¿me tienes noticias?

Lucía respondió con odio en los ojos:

—No iré.

—¿Ah, no?

—No quiero... no puedo. Desde que pasó lo que pasó mis papás no me permiten salir. Estoy castigada, ¡no puedo!

Herreros bostezó y con eso demostró la importancia que daba a las palabras de Lucía.

—Te lo volveré a preguntar mañana por si has cambiado de opinión.

—¡Que no! ¡Que no iré, Álvaro! Ya te he dicho que...

—Mira, ten éste papelito, aquí está la dirección de mi casa, es fácil llegar. Algo me dice que pronto me darás otra respuesta. Adiós, guapa.

Lucía siguió caminando hacia el salón de clases mientras pensaba en su vida y en las palabras de Herreros. Se preguntó si debía tomarlas como una amenaza, y la única respuesta, conociendo la calaña del personaje, fue que sí, que Álvaro estaba intentando amedrentarla, que en caso de que ella no cediera a sus pretensiones él haría todo lo posible para convertir su vida en un infierno.

"Mi vida ya es un infierno", se dijo a sí misma.

Y, curiosamente, esa certeza le dio tranquilidad. Sintió que había tocado fondo, que ya conocía el lado más denso de la oscuridad. Desde que la foto con su imagen desnuda se había divulgado de pantalla en pantalla, toda la artillería se había orientado hacia ella. Lucía Faicón estaba en el blanco y nadie había fallado el tiro.

"Ya no hay nada que temer —pensó aliviada—, nadie puede amenazarme con destruir mi vida, porque mi vida ya no existe. Nadie puede robarme nada... porque ya no tengo nada. ¡Eso! ¡No tengo nada!".

Lucía sonrió después de mucho tiempo por su pequeño triunfo y al entrar a clases pronunció, con absoluta calma y en voz bajita:

— ¡No iré! ¡Álvaro Herreros, no te vas a salir con la tuya!

22.

Ya eran pasadas las ocho de la noche cuando Bárbara recibió la solicitud de amistad de Chico Loco en su página de Facebook. Vio su foto de perfil, una foto lejana de un chico sobre una tabla de surf en el mar, y le pareció simpático. No pudo revisar sus álbumes ni su lista de amigos porque los tenía bloqueados. Lo único que pudo ver fue que Chico Loco iba a su colegio, y con eso se sintió en confianza. Presionó el botón *Confirmar* y gracias a eso se convirtieron en *amigos*.

A los pocos minutos recibió un mensaje en su muro. Ahí decía:

"¡Hola, Bárbara! Eres igual que tu hermana. ¿Tú también te fotografías desnuda? Ja, ja, ja".

Bárbara se asustó. Apagó la computadora y con un empujón de sus pies alejó la silla del escritorio, como si de esa manera pudiera protegerse de lo que acababa de leer.

Se levantó y dio vueltas en su cuarto. El corazón le latía como un tambor. Recordó que muchas veces sus amigas se reían de su inocencia y le decían que era demasiado lenta para comprender las bromas de los demás.

"¡Sí! ¡Eso! ¡Tiene que ser una broma!", pensó.

En ese momento el tono de mensaje de su teléfono celular sonó; era Ana, su mejor amiga. El mensaje de texto decía: "¡Bárbara, entra a tu Face y mira!".

Pero no pudo hacerlo, porque precisamente en ese instante su mamá entró a la habitación y le dijo:

—¿Acaso estás sorda? Llevo cinco minutos llamándote para que bajes a cenar. Tu papa y Lucía ya están sentados, te estamos esperando.

—No quiero cenar, mamá, gracias.

Su madre la vio tan nerviosa que su actitud le resultó sospechosa.

— ¿Qué estabas haciendo?

— Nada.

— ¿Estabas viendo algo en el computador?

— No, ¡está apagado! Sólo que no quiero cenar.

— Pero estás pálida, pareces un papel, ¿te sientes mal?

— ¡Que no, que no! ¡Estoy bien, pero no tengo apetito, no quiero cenar!

Bárbara se restregaba las manos, nerviosa, y sólo esperaba que su madre diera media vuelta y saliera del cuarto para poder volver a encender el computador.

— ¡Nada de eso! Estás flaca como un espino y ahora te veo pálida y ojerosa. Con todos los problemas que hemos tenido en ésta casa no quiero tener una hija anoréxica, así es que bajas ahora mismo a comer. ¡Vamos!

Bárbara se mordió el labio y agarró su teléfono celular para responder el mensaje de Ana.

— Ah, no, no, no. Deja ese teléfono en la mesita, vamos a comer, es el único momento del día en el que estamos todos en familia y no quiero que los teléfonos interrumpen. Ya lo verás luego.

— Pero, mamá...

— ¡Bárbara, no quiero repetírtelo!

Media hora duró la cena familiar. Lo habitual.

Los espaguetis estuvieron acompañados del discurso del padre, que hablaba de un accidente en el norte de la ciudad, todo por culpa de una señal de PARE que uno de los conductores no vio. La madre pronunció varios ¡qué barbaridad! en menos de cinco minutos.

Lucía y Bárbara masticaban en silencio.

Looking the stars

— ¿Qué tal el colegio, Bárbara?

— Sin novedad, papá.

— ¿Qué tal el taller, Lucía?

— Bien, papá.

Charlaron por un rato más, luego el hombre se limpió los labios con la servilleta, bebió un último sorbo de agua, repartió sendos besos en las cabezas y se retiró a su cuarto.

Tan pronto pudieron escapar, Bárbara tomó la mano de Lucía y le pidió en voz baja que la acompañara a su cuarto.

Entraron, encendieron el computador, Bárbara digitó su contraseña y la página de Facebook apareció.

Media hora es tiempo suficiente para una cena de familia.

Y media hora fue suficiente para que 61 personas presionaran el botón *Me gusta* en el mensaje que Chico Loco había colgado en el muro de Bárbara.

Además:

24 dejaron sus comentarios.

9 lo compartieron y reprodujeron en su muro.

10 utilizaron palabras ofensivas.

Lucía vio la pantalla y la adrenalina le hizo reaccionar. De inmediato eliminó aquello que estaba en sus manos eliminar y bloqueó la página de su hermana.

Bárbara temblaba.

Bárbara lloraba.

"No es una broma —se dijo a sí misma—, esta vez sí lo entendí, y no es una broma".

Lucía abrazó a su hermana.

—No llores, no llores —le pidió—, yo lo voy a resolver, te juro que no volverán a molestarte. Ya bloqueé tu cuenta de Face, la he cerrado. Sólo por un tiempo. No respondas. No digas nada.

Entró a su cuarto como un trueno, sacó el teléfono celular del bolso, buscó el primer nombre de la lista de contactos e hizo una llamada. Del otro lado, una voz chirriante que, evidentemente, estaba esperando escuchar a Lucía, le dijo:

—¡Sabía que llamarías! ¿Te gustó mi nombre artístico? Me queda bien Chico Loco, ¿no?

—Déjala en paz, cobarde. No te metas con ella, Álvaro. Haz conmigo lo que te dé la gana, pero no te metas con ella.

—Estaba seguro de que te lo pensarías mejor, Lucía. Eres una *buena chica* y sabes lo que te conviene. Sólo tú puedes evitarle estos pequeños inconvenientes a tu hermanita.

—¡Que la dejes en paz!

—No grites, tranquila, relájate. ¿Debo entender que tu llamada significa que *sí*?

Lucía respiró hondo, se secó las lágrimas con la manga de la blusa y contestó:

—Ahí estaré.

23.

El jueves por la tarde, mientras Antonio se disponía a salir rumbo al taller, Leo estaba en la mesa del comedor dibujando algo sobre un pliego de cartulina.

— ¡Hey, Leo! ¿Qué cosa rara es esa? —le preguntó Antonio, sorprendido.

— ¡No digas nada, que estoy furioso! Hoy la profesora de ciencias hizo el sorteo para los carteles del laboratorio. En mi colegio se quejan de que no hay presupuesto y en lugar de comprar carteles mi profesora dice que es mejor que los alumnos nos encargemos de hacerlo "con nuestra creatividad artística infantil"... puajjj. Y con cosas tan fáciles de dibujar como las fanerógamas, el cerebro, la fotosíntesis, los insectos... yo fui el afortunado que sacó el papelito que decía "¡aparato reproductor masculino!". Fui la burla de todo el salón.

— ¡Ja! Me imagino. La verdad es que se ve un poco raro.

— Raro, ¿por qué?

— No sé, me parece que el aparato reproductor masculino te ha quedado un poco grande... en realidad es enorme. ¡Salvajemente desproporcionado!

Leo vio su dibujo a los lejos y se dio cuenta de que su primo tenía razón.

— ¡Se van a reír de mí! Es que no quería que me saliera un aparatito reproductor masculinito porque entonces me iban a molestar por el resto de mi vida, diciéndome que me había inspirado en mí mismo. ¡Mis compañeros son muy bestias!

— Bueno, sí, en eso tienes razón.

— ¿Y ahora, qué hago?

— Nada, relájate, vuelvo del taller y te ayudo.

Antonio sonrió, agarró su chaqueta y, cuando estaba listo para salir, Norberto se cruzó en su camino:

— ¿Adónde vas?

— Tengo cosas que hacer.

— Te pregunté adónde vas.

— Al taller municipal.

— ¿Y eso?

— Me he apuntado a unas clases, hasta que pueda volver a pagar las mensualidades de la natación, y tengo el tiempo justo para llegar.

— Eso va a estar complicado...

— ¿Por qué?

— Tengo una cita importante en media hora con un editor que quiere revisar mis poemas y quiero causar una buena impresión. Ya sabes que tengo problemas de columna y no puedo agacharme. Trae el betún, el cepillo y la franela, me vas a limpiar los zapatos que llevo puestos.

Norberto se sentó en una butaca de la sala, levantó la pernera y mostró a Antonio un zapato viejo y empolvado. Sonrió con malicia y dijo:

— Date prisa.

Antonio siguió abotonándose la chaqueta sin retirar la vista de Norberto. Lo desafiaba con su mirada. Luego se colocó la bufanda y revisó en su bolsillo el dinero necesario para tomar el autobús.

— ¿No me has escuchado, Antonio?

— Te he escuchado perfectamente.

— ¿Y entonces? ¿Qué esperas?

— Te dije que te he escuchado, pero no voy a limpiar tus zapatos.

Norberto se levantó violentamente y gritó:

— ¡Maldición! ¡Te he dado una orden y la vas a cumplir!

Desde el comedor Leo, que lo estaba presenciando todo, se acercó a su padre y con el rostro enfurecido le dijo:

— ¡Papá, por favor! ¡Deja que Antonio se vaya!

— ¡Cállate, que a ti nadie te ha dado vela en éste entierro!

Antonio miró a su primo y con un gesto le pidió que no interviniera, pero Leo no obedeció a ninguno de los dos:

— No puedes hacerle esto a Antonio, no puedes humillarlo así. Limpia tú mismo tus zapatos, papá, ¿no te das cuenta de que sólo haces el ridículo?

Norberto giró su cuerpo en un segundo, levantó la mano y le dio una bofetada que lanzó a Leo al piso.

Rápidamente, Antonio ayudó a su primo a levantarse mientras escuchaban los gritos envenenados de Norberto:

— ¡Es la última vez que me faltas el respeto, Leonardo! ¡Eres un estúpido, como tu madre! ¡Vas a ver la que te espera!

En ese instante, harto de todo, Antonio sintió que algo había explotado en su interior, ya nada le importaba. Ver a Norberto golpeando a Leo había sido mucho más de lo que estaba dispuesto a tolerar.

Se acercó al hombre que aún daba gritos, lo sujetó de la camisa y le lanzó un puñetazo en el pómulo con toda la rabia contenida en cuatro años de atropellos.

En ese momento la puerta de la sala se abrió. Era Beatriz que había llegado temprano del trabajo. Antonio miró a Norberto, tumbado en uno de los sillones y le dijo:

— Si vuelves a ponerle un dedo encima, lo vas a lamentar.

— ¡Lárgate de mi casa! —se escuchó en toda la sala. Y no fue precisamente Norberto quien pronunció la frase. Fue Beatriz.

Antonio sonrió. Beatriz era su tía, pero aún así habría sido una locura esperar una reacción distinta. Ella tenía claro a quiénes debía defender.

Ahora sí no cabía duda: Antonio estaba solo. Infinitamente solo.

Agarró su mochila y antes de salir se acercó a Leo y le dijo:

— ¿Estás bien, renacuajo?

— Sí, pero tú...

— Pero nada. Escúchame, yo estaré bien, de verdad. Pero quiero decirte que eres la persona que más me importa y si me necesitas para lo que sea... para el dibujo del aparato reproductor, para ir al dentista o para defenderte de... sólo tienes que llamarme o escribirme un mensaje, ¿de acuerdo?

Leo se restregó los ojos tristes y respondió casi sin voz:

— De acuerdo.

Un nuevo grito retumbó en la sala:

— ¡Que te largues!

24.

Ese fue, quizás, el jueves más gris del año. La ciudad se había rendido a la niebla, y la llovizna, empecinada, caía sin tregua.

A las cuatro y veinte Delfina pensó que ni Lucía ni Antonio llegarían ya. El clima había logrado colapsar el tráfico y dos de los talleres de las tres de la tarde se habían suspendido porque los instructores y la mayoría de los alumnos no habían podido llegar.

Entró a su despacho para apagar la cafetera y tomar su bolso, dispuesta a cerrar las puertas y salir, pero entonces la voz de Lucía la interrumpió:

—Perdón... llego tarde.

— ¡Lucía, qué susto!

—Disculpa, Delfina, es que el autobús venía a reventar y el tráfico está horrible.

—Sí, me imagine que no llegarías. Se han cancelado los dos talleres de las tres de la tarde, yo estaba lista para cerrar las puertas y salir. Antonio tampoco ha venido.

— ¿Y qué vamos hacer?

—Lucía, ya estás aquí, no sería justo que cancelara el taller, ¿no te parece?

Y juntas entraron al salón con sendos vasos de café.

Delfina notó de inmediato los ojos enrojecidos de su alumna, pero no se atrevió a hacer preguntas; Lucía había dado suficientes muestras de mantener bien guardada su intimidad y Delfina no rompería las reglas.

Tan pronto se sentaron, se pusieron a ojear revistas con muestras de pulseras. Luego de unos minutos, Lucía se detuvo en un modelo en el que la pulsera tejida tenía superpuesto un cordón que daba la impresión de envolverla, como una serpiente.

—Esta —dijo la muchacha y le pasó la muestra a Delfina.

La mujer revisó la fotografía y leyó las instrucciones.

Lucía se restregaba las manos inconscientemente, se veía nerviosa. Por su cabeza rondaban el miedo y la impotencia. La voz de Herreros que le decía: "No grites, tranquila, relájate. Lo vamos a pasar bien" resonaba en su cabeza y le provocaba escalofríos.

—No es fácil —dijo Delfina—, pero no es imposible. Como se trata de una pulsera más complicada, lo mejor es hacerla en partes, primero el tejido de la base y luego el cordón que la envuelve. Te advierto que tomará más tiempo de lo habitual. ¿Te atreves?

Pero Lucía no respondió. Delfina se dio cuenta entonces de que su alumna no la había escuchado.

—Lucía...

—¿Perdón?

—Te decía que la haremos por partes.

—¿Qué cosa?

Delfina sonrió y repitió la instrucción:

—La pulsera. Tiene un diseño complejo, y ya sabes que esto es como la vida... cuando hay algo que se presenta demasiado difícil lo mejor es resolverlo por partes, de a poquito.

Lucía se quedó pensando y luego dijo:

—Las pulseras no son como la vida... En la vida hay cosas que son tan complicadas que nunca vas a poder desenredarlas. ¡Hay cosas que no se pueden resolver!

Delfina suspiró, acomodó la silla frente a la de Lucía y le preguntó:

—¿Y no crees que esas cosas pueden dividirse en partes más pequeñas, para ir resolviéndolas paso a paso?

—No —respondió Lucía sin dudarlo, en un extraño chispazo de confianza y apertura—, hay cosas que no puedes dividir las en

partes pequeñas, porque incluso las partes más pequeñas son enormes y tienen la capacidad de aplastarte.

Delfina fue consciente de que aquel era un momento especial. Las pulseras, los hilos y las muestras eran sólo un detonante y Lucía, acaso desbordada por tanta ansiedad, estaba dejando escapar su dolor por las grietas de esa represa que ya no era capaz de contener más terror.

—¿Quieres que hablemos? —preguntó Delfina intentando imprimir en su tono y en sus palabras todo el respeto y la confianza necesarios.

Lucía tomó un sorbo de café, se secó una lágrima desobediente que resbaló de su ojo, y respondió:

—No, gracias. A veces siento que no tengo palabras.

En ese momento se escuchó otra voz en el salón. Era Antonio, que entraba como una esponja mojada. A su paso iba dejando un charquito de agua de lluvia.

—Perdón —dijo él—, sé que llego muy tarde. Es que tuve un problema, y la lluvia, y el autobús, y el tráfico... hoy todo ha salido mal.

Delfina lo miró y, aunque sintió lástima al ver el aspecto de su alumno, no pudo evitar sonreír.

—Son las cuatro y cincuenta, Antonio, a ésta clase le quedan diez minutos.

—Ya. Sé que te gusta la puntualidad, pero por favor has una excepción. ¿Me dejas entrar? Afuera se cae el cielo.

Delfina se levantó, vio a su alumno que parecía un gato mojado y le dijo:

—¡Estás loco, Antonio! ¡Quítate esa chaqueta que te vas a resfriar! Te habría convenido mucho más darte vuelta y regresar a casa.

Antonio hizo una mueca y respondió con ironía:

—¿A casa? ¡Cómo no se me ocurrió antes!

25.

A las cinco y media de la tarde la Avenida de Los Héroes, donde se encontraba el taller municipal, se había convertido en un río torrentoso. Los ocho escalones que ascendían de la antigua casona la habían salvado, hasta ese momento, de que el agua inundara las instalaciones del taller.

Delfina cerró puertas y ventanas tan pronto se dio cuenta de que la lluvia se volvía cada vez más intensa.

— ¡El diluvio nos ha pillado de sorpresa! —dijo intentando una broma—. ¡No he alcanzado a guardar una pareja de animales de cada especie en éste taller, como en el arca de Noé! Sólo los tengo a ustedes dos... que son de una especie bastante extraña.

Lucía interrumpió y dijo:

— Mi mamá tiene que estar muy preocupada, a ésta hora yo ya debería estar en casa, tengo que llamarla: ¿puedo usar el teléfono!

— ¡Claro!

La joven intento comunicarse con su casa, pero no tuvo suerte; el teléfono tenía un ruido como un pitido incesante, y no hubo manera de conseguir tono de llamada.

— La lluvia debe haber afectado la red telefónica —dijo Delfina—, mira si con el celular te va mejor

Lucía probó en repetidas ocasiones pero fue en vano. Antes de que se realizara la conexión, la llamada automáticamente se cerraba y ni siquiera daba paso al buzón de mensajes.

— Si no puedo comunicarme con mi casa, tendré que irme para allá de cualquier manera. ¡Ya son las seis y diez!

— ¡Estás loca! —dijo Delfina mientras escuchaban los truenos y el golpeteo del agua contra las ventanas—. No te lo voy a permitir, no se puede transitar por la calle, ¡es un río!

En ese momento el teléfono de Lucía sonó, ella vio la pantalla y supo que era su madre.

—Mamá... mamá... estoy en el taller, ¿me escuchas? No puedo salir de aquí. Estoy con mi profesora y un compañero. ¿Mamá? Se cortó.

—Prueba con un mensaje de texto —le sugirió Antonio—, si no llega en éste momento quizá llegue cuando la red se descongestione.

—Sí, tienes razón —respondió Lucía y enseguida escribió algo breve: "Sigo en el taller, no podemos salir, la calle está inundada. Estoy bien. No funcionan los teléfonos".

Delfina por su lado, se apresuró a encender el computador y se conectó a Internet.

—¿Quieres enviar un mensaje electrónico?

—Imposible, mi mamá no lee nunca su correo.

—Ya. Pero tienes una hermana, ¿no?

—¡Sí, Bárbara! ¡Ella siempre está conectada durante las tardes!

Al rato envió un mensaje a su hermana y, como un milagro, recibió su respuesta en menos de cinco minutos:

"Lucía, dice mi mamá que no te muevas del taller. No intentes salir. Por aquí todo está inundado. Mi papá pudo llegar con un compañero de oficina. Cuando la tormenta pase él te irá a buscar".

Cinco minutos después un potente rayo iluminó la ciudad y el ruido del trueno remeció a todos sus habitantes. Automáticamente el servicio eléctrico se cortó y todo quedó en tinieblas.

—¡Lo que nos faltaba! —gritó Delfina—. Sin Luz no funciona la computadora y no podemos entrar a Internet. Tampoco funcionan el teléfono fijo ni los celulares. ¡Bienvenidos a la era de las cavernas!

—¿Y ahora que vamos hacer? —preguntó Lucía evidentemente nerviosa.

Delfina encendió una vela aromática que tenía sobre su escritorio y con eso logró iluminar de manera precaria un metro cuadrado. Miró a Lucía y respondió:

—Sólo nos queda esperar. Esperar a que el cielo deje de llorar.

Enseguida, con repentina preocupación, se dirigió a Antonio y le dijo:

—¡Por Dios! ¡No has llamado a tus padres! ¡Ya cayó la noche y tú sigues aquí! ¡En tu casa deben estar preocupadísimos esperándote!

Sin pintar su palabra con ninguna emoción, Antonio contestó:

—No lo creo.

—¿Ah, no? ¿Por qué?

El muchacho se levantó, caminó hacia la ventana y dijo:

—Mis padres están demasiado lejos y desde esta tarde oficialmente me he quedado en la calle. Nadie me espera.

Por suerte a Delfina se le había ocurrido la idea de guardar el café caliente en un termo que tenía en su escritorio. Si lo hubiera dejado en la cafetera se habría enfriado a los pocos minutos.

—Tenemos café y galletas suficientes para toda la noche —dijo, como si con eso estuviera garantizando la vida de un ejército.

La casona se había puesto fría como un témpano y el temporal no cedía.

—¿Podemos encender la chimenea? —preguntó Antonio, que ya había recorrido cada rincón gracias a una vela decorada con una mariposa de plástico.

—Supongo que sí. Nunca la he encendido pero imagino que estará en buenas condiciones. Ah... y deja esa vela que es de una alumna que se siente orgullosísima de su trabajo decorativo.

—¿Orgullosa de esta cosa horrible? Entonces debo suponer que el taller se llama *Taller de velas. Nivel 1: Cómo pegar una mosca, una cucaracha u otro elemento decorativo similar y pensar que eres decoradora de interiores.*

—Ya, no te burles, que tu como diseñador de pulsera no sales muy favorecido...

Al rato Antonio y Delfina lograron encender la chimenea, gracias a algunos retazos de madera que habían sobrado del taller de carpintería.

—Qué suerte que en el taller no tiramos nada a la basura, intentamos reciclarlo todo —dijo Delfina, con clara conciencia ecológica.

Antonio echo un vistazo a las cosas que estaban arrumadas en el salón y que pertenecían a los alumnos de los distintos talleres: objetos de madera, de cartón, de papel, de cerámica, de lana... Vio todo eso y dijo:

—¿Sabes qué pienso, Delfina? Que ésta chimenea puede ser un muy buen pretexto para tirar un montón de cosas que ni reciclándolas se salvan. Por ejemplo éste horrible cuadro de Hello Kitty.

—¿Qué tienes contra Hello Kitty?

—Contra ella nada, ¡pero es que éste dibujito es una mezcla retorcida entre Hello Kitty y Schwarzenegger! ¡Mírale los hombros... ésta no es una gatita, es un rinoceronte Kitty!

Delfina no pudo evitar reír con el comentario de Antonio.

Pero no fue la única.

También Lucía rio.

Y su risa, desconocida hasta ese momento, devolvió dos grados de calor a esa noche helada.

26.

Eran más de las diez de la noche y, aunque la tormenta ya había perdido algo de fuerza, aún caía agua sobre la ciudad. Las goteras en la antigua casona obligaron a Delfina, Lucía y Antonio a colocar recipientes en distintos puntos.

El servicio eléctrico no se había restablecido y los celulares continuaban agonizando.

Por suerte, Delfina recordó que la radio que estaba en su oficina era a pilas y con eso pudieron escuchar en la emisora *La Sabrosona* los avances noticiosos que hablaban de desastres en toda la ciudad.

En ciertos lugares se reportaban casas anegadas, autos que flotaban en los cruces de avenidas, muros que habían cedido a la lluvia, árboles que se habían desplomado causando atascos y accidentes. El subsecretario de Seguridad Civil pedía a toda la ciudadanía que se mantuvieran en sus hogares e informaba que se estaban haciendo todos los esfuerzos necesarios para restablecer la luz eléctrica en los barrios que estaban sufriendo el apagón. Los hospitales y los albergues estaban en alerta máxima. Los bomberos se trasladaban con sus sirenas por toda la ciudad y la radio había abierto sus líneas telefónicas para recibir llamadas de auxilio y emergencias. Y en medio de todo ese alboroto, se escuchaba de manera intermitente a los locutores de *La Sabrosona*, que leían el boletín de prensa enviado desde el Ministerio de Educación y que seguramente para muchos era la buena noticia de la noche: "En el día de mañana quedan suspendidas las clases en los establecimientos públicos y privados en toda la ciudad; repetimos, en el día de mañana no hay clases".

Antonio entró en el salón de la chimenea con un extraño arreglo de flores de papel en las manos.

—Delfina, supongo que son girasoles, pero parecen cascaras de plátano; ¿crees que podemos hacerle un bien a la humanidad y echarlos a la chimenea?

Delfina asintió, ya en ese punto del desastre.

Ella sabía que el calor y el humor eran los únicos remedios para pasar la noche, y acaso la vida, sin sobresaltos.

De rato en rato Lucía volvía a intentar con el teléfono celular. Las llamadas resultaban imposibles, pero algún mensaje de texto sí pudo enviar y recibir.

—Creo que mis papás se han quedado tranquilos al saber que estoy aquí contigo, Delfina. Les he dicho que eres mi profesora y que la casa es muy segura.

Delfina sonrió y dijo:

— ¡Ja! Si tus padres me vieran, con esta pinta estrambótica de *hippie* vieja que tengo, no se quedarían nada tranquilos, te lo aseguro.

Estuvieron durante un largo rato en silencio, mirando el fuego. En primera fila Delfina iba alimentándolo con bolitas de papel, retazos de madera y cartón. Su rostro estaba lleno de luz. Habían decidido mantener la radio apagada por temor a que las pilas se agotaran; sólo la encendían durante unos minutos, cada hora, para escuchar las noticias sobre la tormenta.

En ese silencio Antonio miraba de reojo a Lucía. Lucía miraba el fuego. El fuego miraba a Delfina. Y Delfina parecía hipnotizada por sus propios pensamientos.

Fue precisamente ella quien rompió el silencio, se dirigió a Antonio y le dijo:

—Si no quieres hablar, no hables, Antonio, pero ¿cómo es eso de que oficialmente te has quedado en la calle?

Antonio tragó un sorbo de café. Se sintió avergonzado, pero pensó que la pregunta de Delfina no respondía sólo a la curiosidad, sino también a la preocupación.

—No tengo casa. Sólo sé eso, Delfina. Cuando ésta tormenta termine, yo comenzaré a vivir otra, mi tormenta propia.

—Pero... ¿discutiste con tus padres? ¿Qué pasó?

—Mi mamá vive en Madrid. Se fue hace cuatro años porque aquí perdió el empleo y no pudo conseguir otro. A mi papá no lo conozco y, la verdad, no tengo ganas de conocerlo. No estoy seguro, pero supongo que el día que se enteró que yo venía en camino prefirió salir corriendo. No lo juzgo. No, estoy mintiendo, a veces sí lo juzgo. Con frecuencia pienso que ha sido un cobarde, un irresponsable, un desgraciado. Pero luego me digo a mí mismo que si en realidad él es cobarde, irresponsable y desgraciado, me alegra no tenerlo cerca. Una vez, un compañero de clases me dijo que yo era afortunado: "Tú no conoces a ese tipo que te abandonó antes de que nacieras, ¡eso es tener buena suerte! En cambio yo vivo con un señor que, siendo mi padre, me revienta y me abandona todos los días". Y la verdad es que yo pienso que mi amigo tiene razón.

—¿Y con quién has vivido durante éste tiempo?

—Con mis tíos y mi primo. Pero se acabó. Esta tarde tuve un problema con mi tío y me echó de casa.

—¡Se le pasará, Antonio! Las peleas se olvidan. Te aseguro que mañana te recibirá con abrazo, beso y frases cursis.

—No lo creo, Delfina. Pero si así fuera, si a él se le pasara, a mí no. No quiero volver a verlo.

—¿Te ha hecho daño?

—Supongo que sí... me ha golpeado más de una vez. Pero esos golpes, esas bofetadas, no me importan tanto. Esas duelen dos o tres días. Pero las palabras que me ha lanzado, esas duelen por meses. Años.

Lucía, que hasta ese momento nunca se había dirigido a Antonio, lo hizo por primera vez:

—¿Y qué pasó?

—¿Perdón? —preguntó él sin comprender adónde iba dirigida esa pregunta.

—Ésta tarde, qué pasó ésta tarde para que te echara de casa.

Antonio suspiró.

—Creo que le rompí el pómulo de un trompón.

Delfina y Lucía se miraron automáticamente con cierta preocupación.

—¡No, no, tranquilas! —aclaró Antonio—. No soy un tipo violento, ni un loco asesino en serie, ni un violador de señoritas en talleres artesanales, ¡de verdad!

—Vaya... qué alivio que lo aclares —añadió Delfina con una sonrisa.

—Es una historia demasiado larga y no quiero aburrirlas. Sólo les diré que mi tío ha usado toda su creatividad y su tiempo libre para ofenderme. Supongo que le molestaba mi presencia en su casa y creó una estrategia para deshacerse de mí.

—¿Una estrategia? —preguntó Delfina.

—Sí y le ha salido muy bien. Luego de años de veneno concentrado, lo ha conseguido. Esta tarde intento su última humillación y yo no caí en la trampa. Mi primo de 13 años, que es en realidad la única persona de ésta historia que me importa, intentó defenderme y su padre le lanzó una bofetada que le tiró al piso. Yo reaccione y le di un trompón. Eso es todo.

—No puedes quedarte en la calle —dijo Delfina—, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé. Supongo que mañana, tan pronto pueda, me comunicaré con mi mamá. Juntos encontraremos la solución. Recuerdo que hace años que caí a una piscina y estuve dando patadas de ahogado durante un minuto. Al día siguiente mi mamá me inscribió en un curso de natación y me dijo que debía aprender a salvarme solo de mis problemas. Todos los días intentó recordar eso.

Delfina volvió a intervenir:

—Pero eso no se soluciona de un día a otro, ¡tu madre está muy lejos! Además tienes que ir al colegio, no puedes irte de casa como si nada. Me temo que, si no tienes más familiares, te tocará regresar adonde tus tíos y pedir perdón.

En ese instante, y sorpresivamente, Lucía habló en voz alta y con tono de indignación:

—¡No! ¡No pidas perdón! ¡Pedir perdón a los culpables sólo para que todo quede en paz es lo peor que puedes hacer! Ellos se vuelven más poderosos, y nunca, nunca, nunca, dejan de aplastarte.

Lucía aplastó a su vez el vaso de cartón que tenía en la mano y lo lanzó a la chimenea.

27.

A medianoche seguía lloviznando y la bruma cubría toda la ciudad.

El servicio eléctrico se restableció por unos minutos, pero lo hizo con tanta potencia que repentinamente las luces de la casona se encendieron y, enseguida, la mayor parte ellas volvió a apagarse. Los focos no resistieron la sobrecarga y volvieron a las tinieblas.

El taller municipal estaba ubicado en una parte ligeramente alta de la ciudad, lo que permitió que la casa no se inundara, pero la avenida de Los Héroes estaba llena de ramas de árboles, lodo y basura que el agua había arrastrado.

—Es una sensación rara... —dijo Antonio.

—¿A qué te refieres?

—No sé, Delfina, ahora me parece que es raro saber que no hay un lugar al que puedas regresar. ¡Que no tienes casa! Es como si una tormenta estuviera pasando por mi vida y a mí sólo me quedara esperar, como estamos esperando los tres a que escampe. No lo digo para que sientan lástima. No. Es sólo que van pasando las horas y algo raro me da vueltas por dentro... algo extraño, como no tener los pies en la tierra. Pero luego me da risa, ¡como si no fuera tan grave! Mi mamá siempre decía eso... "no es tan grave, vas a ver que salimos de esta". Si hoy ella estuviera conmigo, ya estaría diseñando un plan B para encontrar un lugar en el que pudiéramos quedarnos. Pero a mí... a mí no se me ocurre nada en éste momento. En fin, no me hagan caso, supongo que ninguna de ustedes puede entenderme.

Delfina se levantó, se desperezó y dijo:

—Es curioso..., qué traviesa puede ser la vida. Tú no tienes una casa adonde regresar y yo tengo una a la que ya no quiero volver.

Lucía volvió a romper el silencio y preguntó:

Looking the stars

— ¿Por qué?

— Porque la persona que debería estar ahí esperándome ya no está. Y me hace mucha, mucha falta.

— ¿Quién? ¿Tu esposo? — preguntó Antonio.

— No — dijo Delfina sonriendo —, a mí no me hace falta un esposo, te lo aseguro.

— ¿Entonces de quién hablas?

— He vivido toda mi vida en la misma casa. Cincuenta y tres años sin mudarme. Ahí nací, ahí crecí y ahí me estoy haciendo vieja.

— ¿Con quién vives?

— Soy hija única, Antonio. Mis padres fueron estupendos, se querían y me querían muchísimo. Mi madre murió hace diez años luego de una larga enfermedad, y yo me quedé a cuidar a mi padre, con quien siempre tuve una relación muy linda.

— ¿Nunca te casaste?

Delfina movió su cabeza.

— No, nunca me casé. La vida a veces falla en la puntería. El que a mí me gustaba resultó que era *gay*. Y el que se enamoró de mí era más tonto que un burro. Así es que elegí seguir soltera. Y fue una buena elección.

— ¿Y qué pasó con tu padre?

— Cuando mi papá tenía 75 años comenzó a perder la memoria. Poco a poco lo vi desconectarse de sus recuerdos, de sus afectos, del mundo que compartíamos. Como yo tenía que trabajar contrate a una persona para que lo cuidara hasta que yo volviera a casa por las tardes. A mí nunca me pesó atenderlo; era mi padre, mi viejo convertido en un niño al que había que sujetarle la cuchara para que no se olvidara de comer. A veces tenía chispazos de lucidez, abría los brazos y me decía: "Ven, Delfi, dame un abrazo, anda". Yo llenaba su cuarto con fotos de la familia, imágenes de su boda, de sus hermanos, de un perro que tuvimos. Le ponía sus viejos discos de tango. Le rodeaba de sus libros. Todo

por si él podía hacer el viaje de regreso y recordaba. Entrar a mi casa era como entrar a un túnel del tiempo... estaba llena de cosas viejas. Mis amigas se burlaban de mí y me decían que yo estaba inventando la tendencia decorativa *vejestorio oul*; por eso un día decidí que, al menos, a la parte exterior de la casa había que darle una mano de gato. Contraté a unos pintores, elegí un color vainilla muy discreto, y por fuera la casa quedó como nueva. Todo iba bien, hasta que un día recibí en el trabajo la llamada de la persona que cuidaba a mi papá. Estaba nerviosa y lloraba. Me contó que ella estaba en la cocina preparando una infusión y que, cuando volvió al cuarto de mi viejo, no lo encontró. La puerta de la casa estaba abierta. Alguien, quizá yo, quizás ella, había olvidado cerrarla con seguro. Lo buscamos, lo buscamos días, semanas, meses, pero nunca apareció. Recorrimos hospitales, albergues y cárceles. Los oficiales de la policía se aburrían de verme todos los días en su oficina para preguntarles si tenían alguna noticia, una pista, por si había encontrado a algún anciano en pijama vagando por la ciudad. La respuesta siempre fue que no, que había desaparecido como un fantasma. De eso han pasado tres años. Volví a pintar la casa con el color antiguo, un celeste pálido, pensando en que él podría volver en cualquier momento y así la reconocería más fácilmente. Decidí vestirme de colores estridentes por si él, en la calle, volteaba a mirarme. Una tarde, semanas antes de que se extraviara, yo me acerqué para saludarlo y le llamó la atención una pulsera con cuentas de colores que chocaban unas con otras y provocaban un sonido agradable. Por eso hoy soy un cascabel ambulante, llevo collares, pulseras y pendientes que suenan, por si ese tintineo me trae de vuelta a mi viejo.

Delfina tragó en seco, Lucía se tapó la cara para que no la vieran llorar. Y Antonio no supo qué hacer.

—Cuando tú dices, Antonio, que no tienes una casa adonde regresar, pienso que desde hace tres años yo tengo una casa a la que ya no quiero volver. Porque duele mucho. Duele llegar a ese lugar y saber que sigo esperando a alguien que simplemente cruzó la puerta y salió a dar un paseo, pero no encontró el camino de vuelta.

Delfina se levantó y se acercó a la chimenea.

Sin poder evitarlo Antonio recordó el cuento que su madre le leía en la infancia, el de esos dos niños que no recuerdan el camino de vuelta a casa porque los pájaros se han comido las miguitas de pan. Miró a Delfina y le dijo:

—Quizás encontró otro camino, uno que le permitió reencontrarse con tu madre.

Delfina sonrió con tristeza y respondió:

—Sí, lo he pensado también. Ojalá sea así y, en alguna nube feliz, estén juntos y sonrientes escuchando un tango.

En ese momento un timbrado del teléfono los asustó a todos. Delfina se lanzó al aparato y contestó. Era la madre de Lucía, que necesitaba saber que todo iba bien.

Pasada la una de la mañana, la lluvia por fin cesó. La casa estaba iluminada a medias, solo con los focos que habían resistido.

Delfina, Lucía y Antonio subieron al segundo piso para revisar el estado de las goteras; más de diez recipientes improvisados recogían el agua, que en algunos casos ya se había desbordado.

En el segundo piso se realizaban los talleres de dibujo y pintura. En las paredes se encontraban en exhibición algunos autorretratos pintados al óleo por los propios estudiantes, y para verificar la aproximación a los rasgos de la realidad, junto a cada cuadro estaba la fotografía que había servido como muestra a su autor o a su autora.

—No te enojés, ¿eh? —le dijo Antonio a Delfina—, pero yo opino que en éste taller engañan a la gente.

—¡Pero qué dices, bicho!

—Fíjate, Delfina, éste alumno es feo. La foto lo delata, ¿verdad?: feo más feo que una patada. Tiene la nariz gorda y acné juvenil.

—¿Y?

—Y ahora mira el retrato: se ha eliminado todos los granos, tiene la piel tersa de un bebé, y se ha dejado la nariz de Michael Jackson. ¿Éste es un taller de pintura o de auto ayuda? Mira a ésta señora de acá: en la foto tiene un peinado tipo ventarrón, pero en el retrato se ve como en un comercial de champú: cabello dócil, brillante y sin *frizz*.

Lucía, que escuchaba todo desde un costado del salón, miró los cuadros, sonrió y sólo pudo agregar:

—Creo que tiene razón, Delfina.

Y Antonio se sintió extrañamente feliz de saber que, al menos en ese ínfimo detalle, Lucía estaba de su lado.

Pero Delfina ya había avanzado unos pasos rumbo a las puertas que conducían a la terraza. Y desde ahí pidió ayuda para correr los cerrojos que hacía mucho tiempo que no se abrían.

Lucía y Antonio fueron en su ayuda y la puerta, que en un principio se resistió, terminó cediendo.

Los tres salieron, se apoyaron en la barandilla y respiraron el aire helado de la noche.

Luego de la lluvia todo se veía apacible. Parecía que con su fuerza y su energía se había llevado una parte de la locura de la ciudad. Todo se veía manso, sereno, inofensivo. La luna se escondía detrás de la niebla. La ciudad estaba en silencio. Sólo a lo lejos se escuchaban las sirenas de ambulancias y bomberos.

—Nunca imagine que el día terminaría de ésta manera —dijo Delfina—: aquí, los tres, encerrados en la casa, cercados por la tormenta, sin luz, sin teléfono, y con la señal de la radio *La Sabrosona* como único nexo con el mundo. Es como la escena de una película de...

—¿De terror? —preguntó Antonio.

—No.

—¿De amor?

—¡Tampoco! Es como la escena de una película absurda. En fin... quién sabe por qué hoy los tres fuimos elegidos para pasar éste momento juntos.

Delfina abrazó a los dos jóvenes, a quienes tenía cada uno a un costado, y concluyó...

—Sólo la lluvia sabe por qué.

Así estuvieron, disfrutando del silencio durante unos minutos, hasta que Antonio, contagiado por la paz del momento, dijo:

—Creo que lo peor ya pasó, ¿verdad?

Y Lucía, que no había dejado de pensar en sus propios problemas, sintió que la respuesta se le escapaba como una cascada:

Looking the stars

—No. Lo peor no ha pasado todavía...

Se dio media vuelta avergonzada por el desliz, dijo que sentía frío, que prefería ir al salón de la chimenea, y se alejó rápidamente.

Delfina y Antonio se quedaron en la terraza sin entender el significado y el alcance que tenían las palabras de Lucía. Los dos se miraron extrañados y él preguntó:

—¿Qué hacemos? ¿Vamos con ella?

Delfina le dio una palmadita en la espalda y le dijo:

—*Vamos* es mucha gente. Ve tú, sé muy bien que llegaste al taller siguiendo sus huellas. No sé si tienes la receta para que ella se sienta mejor, pero sí sé que no serás capaz de hacerle daño. Eres un desastre con las pulseras, Antonio, pero te pido que bajes e intentes ayudarle con sus nudos.

Y sin pensarlo dos veces, Antonio fue en busca de Lucía.

El salón estaba iluminado por el fuego tenue de la chimenea y por algunas velas.

Cuando Antonio entró, encontró a Lucía sentada en el piso, cerca de la chimenea, con la espalda apoyada en una columna de madera. Él se sentó a su lado con las piernas recogidas y fue directo al grano:

—Lucía, ¿te pasa algo? ¿Quieres hablar?

En otro momento quizás ella habría respondido de manera seca y displicente que no le pasaba nada y que la dejaran en paz, pero luego de las horas que había compartido con Antonio en las clases y durante la extraña noche de tormenta que estaban pasando, ella misma tuvo que admitir que no le resultaba un chico desagradable. Incluso le caía bien. Pero todo eso no alcanzaba para

contarle el panal de avispas en el que se había convertido su cabeza.

—Estoy bien. No te preocupes.

—¿Sabes? La supervisora de mi colegio es una bruja malévola que en otra vida debió haber sido portero de discoteca. Sin embargo, en su despacho tiene un póster de conejitos que dice: “Si tienes un problema, compártelo conmigo; si no puedo ayudarte al menos te habrás desahogado”.

—¿Y?

—Es una frase horrible, lo sé, y el dibujo de los conejitos rosados es tan cursi que dan náuseas; pero lo que quiero decirte, Lucía, es que a veces es bueno hablar con otra persona. Mi primo Leo dice que yo todo lo hago mal, salvo una cosa... él dice que soy bueno para escuchar. Y creo que tiene razón.

Lucía se incorporó y con poco ánimo respondió.

—Quizás es como tú dices, Antonio, y no te ofendas, por favor, pero yo no quiero hablar. No quiero pensar. Sólo quiero cerrar los ojos y sentir que desaparezco.

Sentado en el piso, con los brazos alrededor de sus piernas recogidas, Antonio dijo:

—Está bien, cierra los ojos entonces...

Lucía lo hizo, echó su cabeza hacia tras y la apoyó en la columna de madera. Antonio se quedó cerca, mirándola en silencio por largos minutos.

La miró mientras el fuego de la chimenea dibujaba distintas pinceladas de luz en su rostro.

La miró sin pestañar, pidiéndole a su memoria que registrara ese rostro para siempre.

Tanto la miró que en un momento llegó a sentir vergüenza, como si a través de sus ojos estuviera irrumpiendo en su intimidad.

Entonces recordó la ocasión en que su primo Leo se había burlado de su intención de encontrar *el momento preciso* para hablar con Lucía en el autobús. “Tienes la misma agilidad de movimientos que un caracol subiendo a un poste”, le había dicho Leo en aquella oportunidad.

Antonio suspiró y suavemente dijo:

— ¿Estás dormida?

— No.

— ¿Puedo decirte algo?

— Dale — respondió ella.

Antonio tomó fuerzas, llenó de oxígeno sus pulmones y dijo:

— Lo que quiero decirte es que... odio las pulseras de nudos.

— Bueno, eso tiene solución. Hay más alternativas aquí mismo, creo que el taller de vitrofusión es más divertido.

— ¡No! No entiendes, Lucía. El taller municipal, las pulseras de nudos, los servilleteros de madera y las velas con flores de plástico me importan un rábano. Y no sirvo para esto. Tengo la misma motricidad fina que un elefante.

— ¿Y entonces por qué te inscribiste en el taller?

— Porque necesitaba un salvavidas, Lucía.

— ¿Qué?

— Me imagino que no entiendes lo que te digo, es que soy un desastre cuando intento hablar. Lo que quiero decirte es que la primera vez que yo te...

— ¡Te entiendo, Antonio! ¡Claro que te entiendo! Yo vine aquí por lo mismo. El taller es el único espacio en el que me permito no pensar... y no pensar me ha salvado la vida hasta ahora.

Lucía volvió a cerrar los ojos y Antonio se quedó en silencio, no encontró las palabras justas para decirle que su salvavidas era ella.

Se sintió como un caracol subiendo a un poste.

29.

En algún momento de la noche Delfina se quedó dormida en un incómodo sofá del segundo piso. Antonio encontró una manta de un antiguo taller de *patchwork*, y con eso la arropó.

Lucía y Antonio se quedaron junto a la chimenea. Ambos bostezaban pero ninguno se rendía al sueño.

De pronto, en medio del silencio, varias ideas atropelladas cruzaron por la cabeza de Antonio mientras miraba por la ventana a través de la bruma. Él no alcanzaba a imaginar cómo cambiaría su vida cuando al fin amaneciera y tuviera que salir de la casona del taller. El futuro estaba nublado. Verse, de repente, en la calle es un punto de partida demasiado incierto. Tendría que ocuparse de dónde dormir, dónde comer, cómo conseguir dinero. Un mal presentimiento le decía que era posible que no regresara más al taller y eso significaba que no volvería a ver a Lucía.

De nuevo se acercó a ella y le dijo:

— ¿Duermes?

— Casi.

— Tengo que decirte algo importante... y ésta vez no tiene que ver con las pulseras de nudos.

— Dale.

— Mira, Lucía, no sé qué va a pasar con mi vida mañana, no sé si podré regresar al taller y no quiero irme de aquí sin decirte que estoy agradecido contigo.

— ¿Agradecido? Pero qué tonterías dices, ¿agradecido por qué? Si hasta hoy no habíamos cruzado palabra...

— No te contaré los detalles porque la historia es demasiado larga, pero hace unas semanas, antes de que yo llegara a éste taller, te vi

por primera vez en el autobús. Tú llevabas auriculares, tenías un libro en las manos.

— ¿En el autobús? Yo no me acuerdo.

— Claro, ni me miraste. Pero no importa. No te lo digo como reproche. Tú ni siquiera te diste cuenta de que yo estaba ahí frente a ti.

— Lo siento, yo...

— No, espera, déjame seguir, para entonces yo ya tenía problemas con mi tío. Cosas muy feas, ¿sabes? El mundo se me había convertido en un monstruo peludo con el que no sabía luchar, y cuando te vi ¡paf! sentí que mis problemas se hacían más pequeños. Que nada importaba demasiado.

— Yo no te vi, Antonio... perdona.

— Ya, no te preocupes, no soy precisamente el tipo de chico al que todos voltean a mirar. Mi primo dice que no me miran ni las arañas... y eso que ellas tienen ocho ojos. No te fijaste que yo estaba frente a ti y tampoco te diste cuenta de que ese primer día te seguí hasta tu casa porque te vi llorando. No quería hacerte daño sino asegurarme de que llegaras bien... adonde fuera.

— ¿Me seguiste a mi casa? ¿Cuándo?

De pronto la imagen apareció en su mente y recordó:

— No puede ser, ¿eras tú? ¿El hombre de la chaqueta...?

— Sí, de la chaqueta negra con capucha, ésta que ves aquí. No quería asustarte, perdóname, sólo quería hablar contigo y decirte que cualquier cosa que te estuviera ocurriendo seguro se solucionaría. Quería devolverte el favor que me habías hecho. Tú no lo sabías, Lucía, pero ese día tú me salvaste... y yo sólo conseguí asustarte.

Lucía se mostraba perturbada, como si no entendiera adónde iba Antonio con sus palabras. Él comenzó a sentir escalofríos; quizá se debía al clima... o a la ansiedad por la confesión que estaba haciendo.

—Mira, Lucía, dentro de poco va a amanecer y cada uno se irá de aquí a continuar con su vida. No tengo nada que ganar ni que perder, por eso hoy no quiero cruzar la puerta sin decirte que no estoy aquí por las pulseras ni por los nudos ni por las joyas *hippies*. Llegué al taller siguiendo tus pasos.

—¡No entiendo! ¿Por qué?

—Sería muy fácil disfrazar éste discurso de declaración de amor y decirte que “desde el día en que te vi no he dejado de pensar en ti” y que he tomado el bus de la línea 4 sólo para que me vuelvas a salvar cada tarde. Pero, aunque todo eso es cierto, lo que quiero decirte es más grande, es más poderoso que una declaración de telenovela tonta.

—¡Antonio, no entiendo nada, no sé por qué me estás diciendo todo esto! Tú no me conoces. No sabes quién soy. ¡Yo no te he salvado nada!

—¡Escúchame, por favor! Sólo quiero que me escuches, sólo eso, saldar la cuenta y decirte que en estos días en que me he sentido como un gusano, con unas ganas de mandarlo todo por un tubo, de pronto apareciste tú. Y me devolviste algo que no sé cuándo lo perdí... algo que se parece a la alegría. Y a la ilusión. Mi mamá decía que la ilusión es un motor más grande que el de cualquier cohete espacial.

Lucía comenzó a dar vueltas por el salón. Era demasiado para ella. Demasiadas palabras, demasiada historia en la que ella no creía merecer ningún protagonismo.

En un momento se detuvo, se acercó a Antonio y, sin querer ofenderlo, dijo:

—Lo siento. Lo siento mucho. Pero yo no...

Él la interrumpió:

—No importa, Lucía. No importa que tú no sientas nada. No es una declaración de amor, ya te lo dije, y no estoy esperando a que me digas *sí, no o te aviso el jueves*. No sé dónde voy a estar mañana, no tengo más que un billete y unas monedas en el bolsillo, y mi

mamá, que es la única que puede ayudarme, está a miles de kilómetros de aquí. Pero hoy, hace un momento, mientras escuchaba las noticias, el locutor de *La Sabrosona* dijo algo que me llamó la atención. Él dijo: “Las nubes han estado acumulando agua por demasiado tiempo, hasta que hoy han descargado con toda su fuerza”. Y yo sentí que también he acumulado cosas durante mucho tiempo, y entendí que no podía irme de casa de mi tío sin demostrarle con un reverendo puñetazo lo que siento por él. Y que no me iré de ésta casa vieja sin decirte que, de alguna manera extraña e inexplicable, yo te quiero. Y que eso me ha salvado.

Antonio volteó y miró por la ventana. Comenzaba a amanecer.

—Te estás equivocando, Antonio, yo no soy lo que tú piensas — dijo Lucía con la voz entrecortada.

Antonio sacó su celular del bolsillo y le mostró la foto que le había tomado el primer día.

—¿Qué es eso?

—Te la robé cuando te vi por primera vez.

Ella miró la foto en la pantalla y sintió terror; de inmediato volvió a su mente la otra foto, aquella que se había convertido en su peor pesadilla.

—La tomé sin que te dieras cuenta. Perdón por eso. Pero quiero que sepas que he regresado a esta foto en cada momento de rabia o de tristeza. Y mágicamente me ha devuelto la paz. Por eso digo que te estoy agradecido.

Ella le quitó el teléfono de las manos con la intención de borrar la imagen, pero no pudo hacerlo. No después de la honestidad que había creído descubrir en sus palabras.

—¡Estás cometiendo un error, Antonio! Yo soy un problema inmenso. ¡Tú no sabes quién soy!

Él sonrió y respondió:

—No me importa quién eres, Lucía, me importa quién yo decido que seas.

Ella sacudió su cabeza como si tratara de aclarar sus ideas y entonces dijo:

—Hay una cosa en la que tienes razón, Antonio, tú y yo no nos volveremos a ver. Como la lluvia de ésta noche, yo también siento que mi vida se ha desbordado. Ya no puedo controlarla. Se me ha escapado de las manos y la Lucía que un día fui ya no existe. Creo que yo tampoco volveré al taller. Ya ni siquiera sé si volveré a alguna parte.

Ambos voltearon a mirar por la ventana. Un rayo de sol entró con fuerza.

—Ya es viernes —dijo Antonio, sintiendo que ese rayo era un punto de partida.

Pero Lucía, por el contrario, sintió que el sol le anunciaba que el plazo había terminado. Era viernes. Y Herreros, junto a sus amigos, la estarían esperando en unas horas para *pasarlo bien*.

En silencio se acercó a Antonio, lo tomó de las manos, se puso de puntillas, y mientras una lágrima resbalaba por su mejilla le dio un beso en los labios, más como un gesto de gratitud que de amor.

Intentando disimular su tristeza, sujetó su rostro y le dijo:

—Ojalá tú me hubieras podido salvar.

30.

Cuando ese viernes por la mañana Lucía llegó a casa, desayunó y durmió un par de horas.

Tan pronto cargó la batería de su teléfono y lo encendió, en la pantalla apareció el mensaje de Álvaro Herreros: “Ésta noche te estaremos esperando, no nos falles”.

Ella sabía exactamente lo que esos canallas estaban buscando. Entendía lo que le esperaba en esa noche con Herreros y sus dos amigos. Y sabía también que si ella no cedía, la gran perjudicada sería su hermana Bárbara.

“No quiero ir, no quiero ir, no quiero ir. ¡No lo quiero hacer!”, se dijo a sí misma, pero no encontró ninguna puerta de escape para su problema.

Abatida, salió de casa aprovechando que sus padres habían salido al supermercado para abastecerse de agua y otras cosas por si la tormenta se repetía.

Caminó como un robot. Se subió a un autobús. Luego a otro.

Descendió en la gran avenida y subió los escalones del puente peatonal con el viento revolviéndole el cabello, mientras en su mente repetía “no iré, no puedo, no iré, no iré”.

El ambiente estaba limpio. Luego de la tormenta de la noche anterior parecía que toda la contaminación se había escondido como una alimaña en su madriguera.

Lucía se apoyó en la barandilla y vio pasar los autos a gran velocidad. Cada uno con un silbido como un suspiro.

Desde la altura se sintió hipnotizada.

—Quiero huir, abuela —dijo, sollozando—. Quiero saltar la barda como lo hizo Fredo. Quiero irme contigo.

Pero la abuela no respondió.

Sus lágrimas cayeron al vacío, y Lucía pensó que una parte de ella había comenzado a emprender el viaje en cada lágrima que se desvanecía.

Respiro, como si fuera la última vez que sus pulmones pudieran llenarse de aire, y pidió en silencio perdón a su hermana por no poder salvarla.

Pero en ese momento Lucía escuchó las voces de una mujer mayor y de una niña que subían dispuestas a cruzar el puente. Las dos iban charlando muy animadas. Cuando pasaron a su lado, Lucía escuchó que la mujer decía: “Qué barbaridad, ¡este clima está loco! ¡Anoche tormenta y hoy sol!”. La niña miró al cielo, sin soltar la mano de la mujer, y respondió: “Me gusta la luz, abuela”.

Casi sin pensarlo, Lucía dejó de ver el abismo, levantó su mirada y descubrió la luz.

Miró al otro extremo del puente, pero abuela y nieta habían desaparecido. Como por arte de magia.

Una hora más tarde Lucía entró al taller y ahí encontró a Delfina ordenándolo todo.

Lucía se quedó mirando a su instructora unos segundos, y como si tuviera las palabras atoradas en la garganta, sintió que las lágrimas se le escapaban sin control y entonces tomó fuerza para hablar:

—Necesito desatar un nudo muy apretado, ¿me ayudas?

—Claro que sí —dijo Delfina, y abrazó con toda su humanidad y collares sonoros a Lucía—. No hay nudo que sea imposible, vamos a hacerlo poquito a poquito. Cuéntame...

31.

El viernes a las ocho en punto de la noche Álvaro Herreros escuchó el timbre de la puerta de su casa. Antes de abrir brindó con sus amigos haciendo chocar sus botellas de cerveza, se restregó las manos como el ladrón ante el tesoro que ha usurpado, y abrió la puerta del salón.

Caminó los cuatro metros que le separaban de la calle y cuando se acercó a la puerta, con el corazón latiendo a mil por hora, descubrió que ahí se encontraba una señora con pinta de loca, vestida con un traje fucsia, collares enormes y un pañuelo naranja.

— ¿Sí? — preguntó él, seguro de que se trataba de un error.

— ¿El señor Álvaro Herreros?

— Sí, soy yo.

La mujer extendió su mano y le dijo:

— Esto es para ti — y le entregó un sobre amarillo, de aquellos que se usan para el envío de documentos.

La mujer dio media vuelta, se subió a un auto, que en realidad era una carcacha vieja, y desapareció.

Cuando ya se habían alejado lo suficiente, Lucía, que temblaba como un papel, se incorporó en el asiento del copiloto donde había permanecido escondida. Delfina le sujetó la mano con cariño y le dijo:

— Ya está, se lo he entregado en sus manos. No te preocupes. Todo terminó.

En su casa, Álvaro Herreros abrió el sobre y en el interior encontró un mensaje escrito a mano, con grandes letras, que decía: “No iré”.

Arrugó el papel y gritó:

Looking the stars

— ¡Hija de...!

Pero en ese momento se dio cuenta de que en el interior del sobre había algo más.

Era una carta...

32.

Señora Licenciada

Ruth Saldaña

Departamento de Psicología y Orientación

Colegio del Bosque

Ruth:

Hace unos días, en su oficina, usted me dijo que necesitaba elaborar un informe psicológico para adjuntarlo en mi expediente escolar, y me pidió que escribiera en un papel detalles sobre mi familia. Le pedí unos días para hacerlo, y ésta semana usted me recordó que seguía esperando mi respuesta.

Con mucho gusto le voy a hablar de mi familia.

Mi papá y mi mamá son dos de las mejores personas que he conocido. Se casaron hace veintidós años y yo creo que se quieren mucho. A veces discuten, sobre todo cuando mi papá deja el champú destapado. Y también cuando mi mamá tarda demasiado decidiendo qué ropa se va a poner. Usted quería saber si me molesta cómo me mira mi papá o si no me gusta que se me acerque, y yo le respondo que mi papá es un poco cegatón, pero siempre que me mira, lo hace con cariño. Y cuando se me acerca, casi siempre lo hace para contarme un chiste o para decirme que me quiere.

Usted me preguntó también si mi mamá hacía algo mal, algo que me hiciera sentir infeliz. He pensado mucho y creo que lo único que mi mamá hace mal es el pastel de coliflor. Todo el resto lo hace bien.

Mi hermana Bárbara es lo mejor que tengo en la vida. De ella sólo puedo decirle cosas buenas.

Mi familia es así, señora psicóloga, una familia normal en la que siempre me he sentido feliz.

Y yo también soy una persona normal, pero hace algunas semanas ocurrió algo que me borró la felicidad. Me lanzó al lugar más horrible de la vida.

Eso fue lo que le dije a la directora cuando me pidió explicaciones sobre el incidente de la fotografía en la que aparezco con el torso desnudo y que luego se difundió por Internet. Le dije lo que le digo a usted, que esa foto me las tomaron mis compañeras, como una broma en una pijamada de chicas, y que, sin querer, esa foto fue enviada accidentalmente al teléfono del estudiante Álvaro Herreros, que era el primero que aparecía en mis contactos de teléfono, y que en menos de veinticuatro horas se reprodujo masivamente por Internet sin que yo lo autorizara y sin que la pudiera detener. Eso le dije, pero la señora directora no me creyó.

Tampoco me creyó que a partir de ese día he sido acosada y humillada de muchas maneras en el colegio; y me obligó a escribir una carta pública en la que yo asumía la culpa de todo lo ocurrido. Luego me obligó a disculparme por una falta que yo no había cometido.

En la charla que tuvimos en su despacho, usted no me preguntó cómo ha sido mi vida éstas semanas, pero yo le voy a resumir así: ¡ha sido un infierno! Y nadie me ha creído.

Hace unos días comencé a recibir amenazas del estudiante Álvaro Herreros; ésta carta va acompañada de copias de mensajes de textos recibidos en mi teléfono, en mi correo electrónico, etcétera (*sigue la carta...*).

Finalmente, usted me pidió que se lo contara todo con confianza, como una amiga. Yo no espero que usted sea mi amiga, yo sólo

espero que usted y las demás autoridades del instituto hagan bien su trabajo.

He hablado con mis padres. Ellos me han escuchado, me han creído y me apoyan. Les pedí que a mi hermana y a mí nos cambiaran de colegio, pero juntos concluimos que no sería justo que nos fuéramos los inocentes y se quedaran los culpables.

Le agradezco por haberme preguntado tantas cosas de mi familia; gracias a eso me he podido dar cuenta de lo afortunada que soy y de que no estoy sola.

He hecho varias copias de esta carta.

Una para usted, otra para la señora directora y otra para el estudiante Álvaro Herreros, a quien se la ha entregado, en sus propias manos y en su domicilio, una buena amiga mía.

Ah, también he enviado una copia de esta carta al señor supervisor del Ministerio de Educación.

Ahora soy yo la que espera una respuesta de las autoridades.

Atentamente,

Lucía Faicón García

Estudiante de segundo de Bachillerato

El café net tenía flores de plástico decorativas en cada mesa y un calendario con una mujer desnuda que abrazaba una botella gigante de anisado. Antonio reparó en estos detalles y supo que tenía una buena oportunidad para el trueque.

Cuando el encargado del negocio vio las dos pulseras que Antonio le ofrecía a cambio de diez minutos de videoconferencia, dudó:

—Me gustan pero... ¿me puedes hacer una de esas pulseras tejidas, pero que tenga el dibujo de un corazón y la palabra *LOVE*? Es para mi gatita. O sea, mi novia, es que me gusta llamarla así, ¿sabes?

—¡Claro! —respondió Antonio—. Yo te la hago. Por ahora te puedo dar éstas dos, y la próxima vez que venga te traigo la que me pides.

—¡Hecho, hermanito! —le dijo el encargado, y enseguida habilitó por diez minutos la computadora para que Antonio pudiera conectarse con su madre.

No había mucho tiempo, así que se lo dijo sin disfraces, sin palabras que maquillaran la historia. La conversación tuvo instantes de angustia, de preocupación y de rabia. Alba se enjugaba las lágrimas, sentía el dolor de cada palabra que Antonio le contaba y de las que de seguro callaba.

—No te preocupes, mamá. Hay una persona que ésta mañana me ha invitado a quedarme en su casa hasta que podamos resolver éste problema. Es una buena amiga.

—¿Te quedarás con una amiga? ¿Quién es ella, Antonio? No me asustes.

—Ya la conocerás. Se llama Delfina, tiene 50 y tantos, y tiene un corazón tan grande como su mal gusto de vestir. Es mi profesora de *Joyas hippies* y es muy buena onda. Te pasaré un mensaje con su número de teléfono para que puedas hablar con ella. ¡Te va a caer muy bien!

—¿*Joyas hippies*?!

—Larga historia, ma. Ya te contare. ¡Se está acabando el tiempo! Sólo me queda un minuto. Mañana nos conectamos otra vez, ¿sí?

Y antes de que el sistema cortara la llamada, Alba alcanzó a decirle a su hijo:

—Lo primero: dame el teléfono de esa persona que te recibirá en su casa. Y lo segundo: escúchame bien, Antonio, lo único que me importa en la vida eres tú. Hoy mismo comienzo a hacer las maletas y te prometo que serán las últimas. Tengo unos ahorros, no es mucho, pero servirán para que comencemos de nuevo. Dame unos días y estaré ahí. Vas a ver que salimos de ésta.

La videoconferencia se cortó y Antonio se sintió feliz y aliviado... los pájaros no se habían comido las migas de pan que marcarían para Alba el camino de regreso a casa.

Antes de salir del café net, el encargado, como gesto de simpatía, le regaló una caja de cerillas que tenía la misma publicidad del calendario con la señorita desnuda abrazada a una botella de anisado.

Antonio agradeció el regalo horrible, lo guardó en su bolsillo y le confirmó que pondría manos a la obra con la pulsera con la palabra *LOVE* para su gatita.

Al salir, sacó su teléfono y envió un mensaje a su madre: “Mis tres palabras del día son: *ven, ven, ven*”

Antes de irse al taller para encontrarse con Delfina decidió que pasaría por casa de su tía Beatriz, necesitaba ver a Leo.

Tocó la puerta y cuando su primo salió ambos se dieron un abrazo tan fuerte que parecía que no se hubieran visto en diez años.

—He venido a llevarme algo de ropa, luego vendré por lo demás.

—Sí, ya te preparé una mochila, y te he puesto algo de dinero de mis ahorros, ya me lo pagaras algún día. ¿Ya sabes dónde te quedarás?

—¡Gracias, Leo! Sí, ya tengo donde quedarme, no te preocupes. Te escribiré un mensaje contándotelo todo y te apuntaré mis datos para que sigamos en contacto. Pero además he venido porque tengo que contarte algo, renacuajo.

—¡Cuéntame!

—¡La bese!

—¿La besaste? ¿A la chica del autobús?

—Bueno, no exactamente, fue ella la que me besó...

—¡Lo sabía con tu *agilidad* no me sorprende! ¿Y ahora qué?

—No lo sé... ya veremos.

—Mira, cacatúa, en la gente normal *ya veremos* quiere decir *en una semana ya estará definida la relación*, ¡pero en tu caso *ya veremos* puede durar hasta cuando mi papá gane un Nobel de literatura!

—¡No exageres! Y hablando de tu padre, ¿está en casa?

—No salió a una cita.

—Le he traído algo. ¿Puedes dejarlo sobre su escritorio?

Cuando se despedían, Antonio insistió una vez más:

—Bueno, Leo, y al fin, ¿me vas a contar de quién estás enamorado?

Leo sonrió y antes de cerrar la puerta le guiñó un ojo con picardía y dijo:

—*Ya veremos...*

Una hora más tarde cuando Norberto llegó a casa encontró un sobre en su escritorio.

Ahí dentro había una caja con cerillas con una nota que decía:

“Norberto: estas cerillas no son para la pipa. Son para las cosas que escribes, para las que lees y para todas las demás que guardas en tu escritorio. (Ah... las fotos me las he llevado yo.)”

34.

Una vez la abuela le había dicho que casi todo en la vida se anuncia: la lluvia, el amor, la traición, la noche, el nuevo día, el canalla y el amigo. Le había dicho, además, que siempre debería estar atenta para descubrir las señales.

El día que la escuchó por última vez, Lucía estaba sembrando unos pensamientos en las macetas que habían quedado abandonadas.

—¿Te gustan? —le preguntó.

Y la abuela, sin dudarle, respondió:

—¡Son preciosos! ¡Has elegido los pensamientos más bonitos! Y eso es bueno.

Se quedaron en silencio durante un instante.

Lucía presionaba con sus manos la tierra en las macetas, hasta que, con un nudo en la garganta, se atrevió a hacer la pregunta:

—¿Volverás, abuela?

Y la abuela, con una sonrisa traviesa, contestó:

—No lo sé, pequeña. Pero, por si acaso, mantente atenta a las señales...

Lucía cerró los ojos, sintió una caricia y un cálido beso en la frente, y enseguida supo que ésta vez la abuela sí se había ido para siempre. Poco a poco el aroma a flores que anunciaba su presencia se fue desvaneciendo.

Al rato un mensaje de texto apareció en su teléfono y la sacó de su tristeza. El mensaje decía: “¿Tus tres palabras del día?”

Lucía sonrió y, aunque todavía no era lo suficientemente ágil en el juego, supo que su primera palabra sería *Antonio*. Las demás palabras bonitas que contaran su día ya las irían descubriendo juntos...